PERICO

NACHO LEON GALIANO OLIVEIRA



Perico

Primera edición, 2025

© Nacho León Galiano Oliveira, 2026
Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta: Sheila Zambrano Jaén
© Sheila Zambrano Jaén, 2026

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización del titular de los derechos de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Olga.
Me dijiste que ordenara la cabeza y la novela se acabaría sola.
Es un poco molesta tu manía de tener razón.
Gracias por creer en mi.

La incautación

La cocaína llegó al puerto de Vigo un martes por la mañana, entre cuatrocientas cajas de "pimientos de Padrón" (procedentes de Marruecos), y Perico la encontró por casualidad, que es como se encuentran la mayoría de las cosas importantes.

Eran las siete y cuarto. El muelle olía a gasoil quemado, a salitre y al café de termo que el agente Ferreiro llevaba en la mano derecha sin beber desde hacía veinte minutos. El cielo era de ese gris particular que tiene Vigo en octubre, un gris que no amenaza lluvia sino que la recuerda. Los contenedores apilados al fondo parecían bloques de hormigón a medio construir.

Perico llevaba allí desde las seis y media.

El camión era un Mercedes Actros del noventa y ocho, matrícula portuguesa, con una empresa de transportes de Vila Nova de Gaia en el lateral. El conductor, un hombre cuadrado con las manos de alguien que ha cargado cosas toda su vida, esperaba apoyado en la cabina con una expresión de resignación absoluta. Conocía el protocolo. Esto era rutina.

Era rutina.

Perico subió a la caja del camión con una linterna aunque ya había luz suficiente. La costumbre, más que la necesidad. Las cajas de pimientos estaban apiladas con esa precisión de quien sabe que la carga va a ser inspeccionada: etiquetas visibles, separación correcta entre palés, nada fuera de sitio. Demasiado correctas, quizás, aunque ese pensamiento lo apartó de inmediato. En cinco años de Crimen Organizado había aprendido que la paranoia útil y la paranoia inútil se parecen exactamente igual al principio.

Sacó la hoja de carga y empezó a contar.

No contaba cajas. Contaba el peso.

La factura declaraba ocho mil kilos de pimiento verde de Padrón, primera calidad, origen Herbón. Ocho palés de cincuenta cajas cada uno, a veinte kilos la caja. Los números cuadraban en el papel. Perico sacó del bolsillo del anorak una libreta y anotó los números antes de hacer nada más.

Ferreiro asomó la cabeza desde abajo.

—¿Algo?

—Dame el pesaje del muelle de entrada.

Ferreiro desapareció. Perico siguió mirando las cajas.

Había algo en la geometría del camión que no terminaba de sentarse bien en su cabeza. No era nada que pudiera nombrar todavía. Era más bien una sensación de espacio mal distribuido, como cuando una habitación tiene los muebles en su sitio pero aun así algo no encaja. Empezó a medir el camión por fuera con pasos largos. Cuatro pasos y medio de anchura. Contó mentalmente la profundidad de la caja desde la puerta trasera.

Ferreiro volvió con el tique del pesaje del muelle.

—Ocho mil doce kilos.

Perico calculó. Cuatrocientas cajas a veinte kilos debería dar ocho mil kilos de carga bruta, más el camión vacío que según la ficha técnica pesaba ocho mil quinientos. Total: dieciséis mil quinientos kilos en báscula.

El tique del muelle decía dieciséis mil quinientos doce.

—Volvemos a pesar —dijo.

—Ya hemos pesado dos veces —dijo el agente de la Aduana, un hombre que Perico no conocía y que miraba el reloj cada tres minutos.

—Una más.

El camión volvió a la báscula. El conductor seguía sin hablar. Dieciséis mil quinientos catorce kilos esta vez. La diferencia era ruido de báscula. No era el problema.

El problema era que cuatrocientas cajas de pimiento a veinte kilos debían pesar ocho mil kilos, no ocho mil doce. El camión llegaba con sobrepeso y la cabina estaba completamente vacía, puede que incluso aligerada. O había algún añadido en la mecánica, lo cual era absurdo, o había algo más en ese camión que no estaba en la factura.

Perico volvió a subir.

Esta vez no miró las cajas. Miró las paredes.

En la pared delantera de la caja del camión, detrás del último palé, había una separación de unos cuarenta centímetros entre la carga y el metal. Normal en un camión de reparto: espacio para el movimiento de la carga, para las correas de sujeción. Perico se metió entre el palé y la pared con la linterna. Golpeó el metal con los nudillos. El sonido cambió a mitad de la pared: de hueco a sólido, y luego otra vez a hueco.

Llamó a Ferreiro sin levantar la voz.

—Trae la palanca pequeña.

Tardó cuatro minutos. En esos cuatro minutos el conductor de la cabina no se movió. El agente de aduanas consultó el teléfono. Perico no hizo nada: se quedó de pie en la oscuridad de la caja del camión con la linterna apagada, mirando la pared que no sonaba igual que las demás.

Con la palanca encontró el panel a la primera. Estaba atornillado por dentro con cuatro tornillos de cabeza hexagonal que alguien había pintado del mismo color que la pared. Trabajo de taller, no de aficionado. La cavidad detrás medía aproximadamente un metro de

largo por cuarenta de alto. Dentro había doce bloques rectangulares envueltos en plástico negro y cinta americana.

Perico bajó del camión.

El conductor ya no estaba apoyado en la cabina. Estaba mirando hacia el fondo del muelle, hacia la ría, con las manos metidas en los bolsillos.

—Que no se mueva —dijo Perico al agente de uniforme más cercano. Lo dijo en voz baja, sin urgencia. La urgencia viene después: primero hay que entender qué tienes.

Sacó el teléfono.

La inspectora Nieto cogió al segundo tono, lo cual significaba que llevaba un rato despierta.

—Tenemos algo raro.

—Raro cómo.

—Raro en los pesos. Y en la pared delantera.

Hubo una pausa de dos segundos.

—¿Cuánto?

—Doce paquetes. No los he abierto.

—Espera ahí. No toques nada más.

Perico colgó.

El análisis de campo confirmó cocaína en el primero de los doce bloques: doce kilos aproximados en total, pureza sin determinar aún. La empresa de transportes de Vila Nova de Gaia tenía licencia, dos años de actividad y una página web con fotos de camiones que parecían sacadas de un banco de imágenes. El conductor pidió un abogado antes de decir su nombre.

La documentación del cargamento era perfecta. Eso era lo que no cuadraba.

No la droga: la documentación perfecta.

Quien movía doce kilos de cocaína en un camión con una cavidad de taller no era un novato que metía paquetes en maletas. Era alguien que había pensado en los números, que sabía que los pesos se comprueban, y que aun así había cometido un error en los decimales de la factura. Un error pequeño. Un error que en noventa de cada cien inspecciones nadie encuentra porque nadie hace la multiplicación completa.

Perico hizo la multiplicación completa.

Lo hacía siempre. No porque esperara encontrar algo, sino porque ese era el trabajo: hacer la multiplicación completa aunque no lleve a ningún sitio. La mayoría de las veces no lleva a ningún sitio.

Esta vez llevaba a doce paquetes detrás de una chapa pintada del color del chasis.

A las once de la mañana, cuando el sol había conseguido atravesar el gris suficiente para que la ría brillara un momento como si la hubieran pulido, Perico estaba apoyado en la barandilla del muelle mirando el Atlántico. El agua era verde oscura y se movía despacio. En el horizonte había un carguero que podía estar saliendo o llegando, era imposible saberlo desde aquí.

Cogió la libreta y repasó los números. Ocho mil kilos declarados. Ocho mil reales. Doce de diferencia en la droga. El resto era espacio vacío, geometría falsa, un camión que pesaba lo que debía pesar pero no llevaba lo que decía llevar.

El problema no era la cocaína.

El problema era el resto del espacio vacío.

Doce kilos de cocaína no justificaban una cavidad de taller profesional en un camión con documentación perfecta. La cavidad medía lo justo para meter cincuenta kilos. Habían viajado doce.

Alguien había dejado espacio libre. Alguien que esperaba llenar ese espacio en otro viaje. O alguien que en este viaje había cargado menos de lo habitual.

Menos de lo habitual implicaba que había un hábito.

Perico cerró la libreta y miró el carguero en el horizonte hasta que desapareció hacia el norte, en dirección a algún puerto que no era este. El viento del Atlántico olía a sal y a algo vegetal que venía de las rías. Oyó detrás la radio del agente de guardia, el ruido de una furgoneta de la Científica. El trabajo normal del día continuaba.

Volvió a abrir la libreta.

Escribió una sola pregunta en la última página: *¿Qué pasa con los otros treinta y ocho kilos?*

El sancocho del domingo

El olor llegaba desde el corredor: cilantro, yuca hirviendo, la grasa de la gallina criolla que llevaba desde el sábado en la olla. Era un olor que no tenía nada que ver con el hambre. Era un olor que tenía que ver con el domingo.

La cocina de La Esmeralda era el cuarto más grande de la casa después del comedor, y Amparo, que llevaba veintidós años cocinando para la familia, no permitía que nadie entrara mientras terminaba el sancocho. Ni Ernesto. Esa era la única norma de la finca que Ernesto respetaba sin negociar.

A las doce y media la olla llegó a la mesa.

Ernesto ya estaba sentado. Se había puesto una camisa limpia para el almuerzo del domingo, azul de cuadros, los dos primeros botones abiertos. Tenía las manos sobre el mantel antes de que sirvieran, no

con impaciencia sino con la disposición de quien lleva muchos años esperando cosas buenas con calma. A su derecha, Camilo doblaba la servilleta con una precisión autorregulatoria, simplemente la de un hombre que necesita tener algo en las manos. Enfrente, Yolanda miraba a su padre con esa atención lateral que usaba cuando estaba pensando en otra cosa y no quería que se notara. Al fondo de la mesa, en el extremo que quedaba más cerca de la ventana que daba al corral, Gustavo sirvió el primer plato sin esperar a que Amparo terminara de repartir.

Los cuatro nietos llegaron después, en desorden, los dos mayores con barro en las rodillas.

—Se lavan —dijo Ernesto sin levantar la voz.

Se lavaron.

El sancocho era el de siempre: la gallina desmenuzada en el fondo, los trozos de yuca blancos y blandos, el maíz tierno, la papa criolla que se deshacía. Amparo lo servía con el caldo aparte en una jarra de barro, para quien quisiera añadir más. Ernesto añadía siempre. Era el único que lo hacía.

—Está bueno, Amparo —dijo sin mirar hacia la cocina.

—Gracias, don Ernesto —llegó desde el corredor.

El ritual era el mismo desde hacía treinta años, o desde hacía los años que cada uno llevaba sentándose en esa mesa. Para los nietos era simplemente el almuerzo del domingo. Para Ernesto era otra cosa, aunque no habría sabido describirlo sin que sonara a más de lo que era.

La conversación empezó despacio, como siempre. El lote de novillas que había parido esa semana. El precio del café en la cooperativa, que había subido cuatro puntos pero no los suficientes para compensar el costo del transporte desde la parte alta de la finca.

Uno de los peones que había pedido un adelanto para arreglar el techo de su casa y que Ernesto le había dado sin mucho trámite.

—Ese techo lleva dos años pidiéndolo —dijo Yolanda.

—Y dos años tardé yo en saberlo —dijo Ernesto—. Eso tampoco está bien.

Camilo no comentó lo del adelanto. Miraba el plato con la atención de quien está en la conversación pero pensando en otra cosa. Comía despacio y con cuidado, la cuchara siempre en el mismo ángulo.

Desde donde estaba sentado Gustavo se veía la ventana del corral y el primer tramo del camino que bajaba hacia la carretera principal. Cada vez que un carro pasaba por ese camino, que no era frecuente en domingo, Gustavo lo registraba sin que su expresión cambiara. Era una costumbre tan antigua que probablemente ya no era una costumbre sino simplemente la forma en que sus ojos funcionaban.

El nieto mayor, Sebastián, nueve años, derramó el jugo de lulo.

No fue un accidente espectacular. Fue el vaso inclinándose despacio, con esa lentitud de las catástrofes domésticas que te da tiempo a ver lo que viene pero no a impedirlo. El jugo llegó al mantel, se extendió en dirección a Camilo, y Camilo apartó el brazo con un movimiento reflejo que fue más rápido que cualquier cosa que hubiera hecho en todo ese año.

Sebastián miró a su abuelo.

Ernesto lo miró a él.

—¿Se murió alguien? —preguntó Ernesto.

—No.

—Entonces no es para tanto.

Amparo apareció con un trapo antes de que nadie se levantara. Sebastián ayudó a limpiar con una seriedad excesiva, muy

consciente de que está siendo observado. Camilo retiró su plato y esperó a que pasara el desastre con la paciencia de alguien que ha calculado que intervenir costaría más que esperar.

La conversación continuó como si nada, porque en esa mesa las cosas continuaban como si nada, que era precisamente lo que Ernesto había construido durante treinta años: una mesa donde las cosas continuaban.

Fue después del segundo plato, cuando Amparo trajo el arroz con leche y el café, cuando Camilo habló de lo que había venido a hablar.

Lo hizo despacio, sin artificios, como si fuera una continuación de la conversación sobre el precio del café.

—He estado pensando en la gestión de los lotes del norte —dijo—. La forma en que llevamos los registros es del siglo pasado. Hay sistemas que automatizan eso. Que te dicen en tiempo real qué pesa cada lote, cuándo moverlo, a qué precio.

Ernesto tomó el café antes de responder. Lo tomaba solo, sin azúcar, en taza pequeña.

—Los registros del norte los lleva Chucho desde el noventa y seis.

—Chucho lleva un cuaderno.

—Chucho lleva un cuaderno infalible. —Contestó Ernesto ya visiblemente enfadado. —

—Eso no lo sabemos —dijo Camilo—. No tenemos forma de verificarlo.

—La verificación es que el norte ha funcionado siempre.

Yolanda mojó una galleta en el café y no dijo nada. Conocía esa conversación. Llevaba tres versiones de esa conversación en los últimos dos años, y sabía que tenía una estructura fija: Camilo proponía algo nuevo, Ernesto respondía con algo que había funcionado antes, Camilo argumentaba que lo que había funcionado

antes no era argumento suficiente, Ernesto decía que sí lo era, y en algún punto intermedio la conversación se detenía sin que ninguno cediera del todo.

Lo que cambiaba cada vez era el lote. Antes había sido el lote sur. Antes todavía, la rotación de los peones. Esta vez era el norte.

—No digo que Chucho se equivoque —dijo Camilo—. Digo que si algo falla, no lo sabemos hasta que ya falló. Con un sistema puedes verlo antes.

—¿Ver qué antes?

—Desviaciones. Cosas que no cuadran.

Ernesto dejó la taza.

—Las cosas que no cuadran se ven en el lote —dijo—. No en una pantalla.

Camilo asintió de una manera que no era acuerdo sino reconocimiento de que la conversación había llegado a donde siempre llegaba. Ernesto lo miró un momento más de lo necesario. No con enojo: con la atención de quien está leyendo algo que ya leyó antes y comprobando que dice lo mismo que la primera vez.

Gustavo había terminado el arroz con leche. Miraba el corral.

—El contador de la Vega me tiene preocupado —dijo Ernesto, y el tono fue el mismo que había usado para el precio del café y para el techo del peón. Informativo. Sin énfasis particular.

—¿Qué pasó? —preguntó Yolanda.

—Nada todavía. Pero anda haciendo preguntas a gente que no tiene por qué saber las respuestas.

—¿Le hablaste?

—No hace falta hablarle todavía.

Yolanda asintió. Camilo no preguntó nada. Gustavo seguía mirando el corral, pero algo en la forma en que sostenía la taza vacía cambió, un ajuste imperceptible en los dedos, como cuando se afina un instrumento antes de tocarlo.

Los nietos habían terminado y pedían permiso para salir. Ernesto los dejó ir con un gesto. La mesa quedó en el rumor de los adultos terminando el café, las cucharas en los platos, el sonido de la finca que entraba por la ventana: los pájaros, el mugido lejano de alguna vaca, el motor de un tractor que alguien estaba usando en la parte baja aunque fuera domingo.

—¿Cuándo vuelves a Medellín? —le preguntó Ernesto a Camilo.

—Mañana en la tarde.

—Quédate a dormir entonces.

—Tengo reunión temprano.

—Una reunión.

—Sí.

Ernesto no dijo nada más sobre eso. Tampoco preguntó qué reunión. Las reuniones de Camilo en Medellín eran de Camilo: eso también era parte de lo que Ernesto había construido, aunque no era la parte que más le gustaba.

Yolanda se quedó a ayudar a Amparo a recoger. Era un gesto que hacía siempre y que Amparo siempre rechazaba y que Yolanda hacía igualmente. Las dos mujeres tenían una negociación antigua sobre eso que funcionaba sin palabras: Yolanda fregaba los vasos, Amparo hacía como que no lo veía.

Camilo salió a hacer una llamada al porche lateral, el que daba a la carretera, no al que daba al Eje Cafetero. Gustavo fue al cuarto. Los nietos gritaban en algún lugar detrás de la casa.

Ernesto se quedó solo en el porche principal.

Era el porche que daba al occidente, hacia donde el terreno bajaba en terrazas de café y potrero hasta perderse en el verde más oscuro del bosque. Desde allí, en días claros, se veían las cumbres del suroeste, las que en diciembre se ponían azules a cierta hora de la tarde. Este domingo había algo de neblina en los valles, una neblina baja que no tapaba el cielo sino que se quedaba metida entre los pliegues del terreno como algodón húmedo.

Se sentó en la silla de madera que tenía allí desde hacía tanto tiempo que los apoyabrazos tenían la forma exacta de sus brazos.

El sancocho había quedado bueno. Eso era lo primero. Amparo tenía mano con el cilantro, que era la parte donde la mayoría fallaba: demasiado o demasiado poco, y el caldo se iba para un lado o para el otro. El de hoy había estado en el punto exacto.

Camilo tenía razón en lo de los sistemas. Eso Ernesto lo sabía, y lo sabía desde antes de que Camilo empezara a proponerlo. El problema no era si los sistemas funcionaban: era que los sistemas dejaban rastro, y el rastro de las cosas que funcionaban era exactamente lo que había que cuidar. Eso no se lo podía explicar a Camilo de una manera que Camilo aceptara, porque Camilo pensaba en eficiencia y Ernesto pensaba en permanencia, y esas dos palabras no tienen la misma definición aunque rimen.

Lo del contador de la Vega sí le preocupaba. No mucho todavía. Pero sí.

Un hombre que hace preguntas por fuera de su cargo es un hombre que o bien está buscando algo para él o bien está buscando algo para otro. En ninguno de los dos casos era una situación que se resolviera esperando. Aunque tampoco era una situación que se resolviera apresurandose.

En el potrero de más abajo, una garza blanca aterrizó entre las vacas con esa precisión de las garzas, que siempre parecen haber calculado exactamente dónde van a poner las patas antes de llegar.

Las vacas no se movieron. Las vacas nunca se movían cuando llegaban las garzas.

Ernesto observó la garza hasta que empezó a caminar entre los animales buscando algo en el suelo, y luego dejó de observarla y miró el horizonte.

La neblina en los valles se estaba levantando. Eso significaba que la tarde iba a ser despejada, lo cual era bueno para los que tenían café en secado. Para él también, aunque los lotes en secado esta semana eran pocos. La mayor parte estaba todavía en el árbol, esperando.

Todo estaba esperando algo, en la finca. Era la naturaleza del trabajo: plantar, esperar, recoger. Plantar, esperar, recoger. La diferencia entre un buen finquero y un mal finquero no estaba en lo que plantaba ni en cómo recogía. Estaba en lo que hacía mientras esperaba.

Ernesto sabía lo que hacía mientras esperaba.

Desde la cocina llegó el sonido del agua corriendo, Yolanda y Amparo, y desde el lado de la carretera llegó el murmullo bajo de Camilo hablando, las palabras indescifrables a esa distancia pero el tono reconocible: el tono que Camilo usaba cuando hablaba de trabajo. Los nietos habían callado, lo que probablemente significaba que estaban haciendo algo que no debían o que se habían cansado y habían entrado al cuarto a ver televisión.

La garza blanca levantó el vuelo sin previo aviso y cruzó el potrero en línea recta hacia el bosque del fondo.

Ernesto la siguió con la vista hasta que desapareció.

Luego sacó del bolsillo de la camisa el rosario que llevaba siempre, el que le había dado su madre cuando tenía dieciséis años y que había sobrevivido a todo lo que había sobrevivido, y lo sostuvo en la mano derecha sin rezar, simplemente sosteniéndolo, que era lo que

hacía cuando pensaba en cosas que todavía no tenían forma definitiva.

El contador de la Vega podía esperar hasta el miércoles. No más.

La lonja

El sonido llegaba antes que la luz: las botas de agua en el suelo de hormigón mojado, un golpe sordo y regular que se multiplicaba hasta convertirse en algo parecido al ritmo, aunque sin serlo. Olía a mar vivo, que es distinto al olor a mar muerto que conoce cualquiera que haya pasado por una playa en verano. El marisco vivo huele a yodo y a piedra húmeda, a algo mineral que no tiene nombre en castellano aunque los marineros de la ría saben exactamente de qué se trata.

Manuela llegó a la lonja de Cambados a las seis menos diez.

Aparcó el Volkswagen Touareg en el mismo sitio de siempre, junto al muro que da a la carretera, y sacó del maletero dos bolsas de tela con las asas reforzadas. Las bolsas eran de un verde oscuro que el tiempo había desteñido hasta el gris. Las había comprado en una feria de Vilagarcía hacía quince años y todavía aguantaban. Manuela no cambiaba las cosas que todavía aguantaban.

Dentro de la lonja, los lotes de la madrugada ya estaban sobre las mesas de acero. Los centollos en cubetas azules, los mejillones en redes que goteaban, las navajas en bandejas planas con el filo de las conchas hacia arriba y las lenguas saliendo a explorar un espacio hostil. Bajo los tubos de luz fría, el marisco tenía un color que fuera

habría sido diferente, más oscuro, más propio. Dentro era simplemente mercancía esperando precio.

El encargado de la lonja era Manolo Barreiro, cincuenta y dos años, de Cambados de toda la vida. La saludó desde el fondo levantando la tablilla donde anotaba los lotes.

—Doña Manuela.

—Manolo. ¿Qué tal los centollos esta semana?

—Regulares del tamaño pero buenos de carne. Los de la Currás vinieron bien.

Manuela se acercó a la cubeta más cercana y metió la mano. Levantó un centollo por la parte posterior del caparazón, lo giró, lo sopesó.

—Este pesa bien.

—Ese es de los buenos, sí.

Lo devolvió a la cubeta con cuidado. Siguió caminando por las mesas con las manos libres, mirando sin tocar, que era como miraba cuando todavía estaba calculando.

Había una decena de personas en la lonja a esa hora: marineros que habían entrado con la mercancía y se habían quedado a esperar no sabía uno muy bien qué, compradores de hostelería como ella, un par de mayoristas de Pontevedra que llegaban siempre juntos y nunca saludaban a nadie. Los marineros sí la saludaban. Todos por el nombre.

—Buenos días, Manuela.

—Manuela, ¿vai levar navallas hoxe?

—Doña Manuela, que tengo mejillón de primera si le interesa.

Respondía a cada uno sin detenerse, con esa economía de movimiento de quien ha pasado muchos años hablando con mucha

gente y ha aprendido que la atención tiene que repartirse de forma que nadie sienta que le falta su parte. Era una habilidad que no se enseña. Se adquiere o no se adquiere.

Se detuvo junto a Anxo Casal, que estaba apoyado en el marco de la puerta de atrás con los brazos cruzados y la chaqueta impermeable sin abrochar. Anxo tenía la barca O Vicenzo y salía al marisqueo cuatro días a la semana desde hacía veinte años. Era un hombre que hablaba poco incluso para los estándares de los hombres que hablan poco.

—¿Cómo fue la noche? —preguntó Manuela.

—Tranquila. Algo de viento del nordés al anochecer pero luego nada.

—¿Guardia?

—La Salvamar estuvo por la zona de las Cíes hasta las dos. Luego ya no la vi.

Manuela asintió mirando los mejillones de la mesa de al lado, como si la conversación fuera un comentario de paso y no una pregunta.

—¿Y la barca de Suso? Que me dijeron que salió el jueves y no la he visto por aquí.

Anxo tardó un momento antes de responder. No porque dudara, sino porque era el tipo de hombre que procesa las preguntas antes de contestarlas.

—La del Suso salió el jueves, sí. A las cuatro de la tarde.

—¿Y?

—Estará por la zona de Sálvora, supongo. Eso me dijeron.

—Supones.

—Eso me dijeron —repitió Anxo, sin énfasis.

Manuela lo miró entonces, no más de dos segundos.

—Bueno —dijo—. Ya aparecerá.

Se alejó hacia las navajas.

Las navajas eran lo más delicado de la lonja: si las conchas estaban rotas o entreabiertas, el animal ya había muerto en el transporte y no valían para servicio de restaurante, solo para cocina. Manuela revisó las bandejas una por una, levantando las de encima para ver las de abajo, que eran las que llegaban más golpeadas. Cuatro bandejas de diez, contó. Cogería dos.

—Ponme estas dos —le dijo al chico que llevaba el inventario, un muchacho de Ribadumia que no tendría veinticinco años y que la miraba con la expresión de quien no está seguro de si debe hablar o esperar.

—¿Algo más?

—Los centollos. Cuatro de la cubeta de los grandes. Y diez kilos de mejillón, que los de la semana pasada estaban muy bien.

El chico lo anotó.

Manuela fue a buscar a Barreiro para preguntarle por los precios de la semana. Era un trámite que no necesitaba hacer en persona, podría llamar por teléfono como hacían los otros compradores de hostelería, pero Manuela siempre venía en persona. Barreiro se lo agradecía sin decírselo: en la lonja, la presencia regular de alguien que compra bien y paga puntual es una forma de respeto que no necesita palabras.

—Están subiendo los centollos —dijo Barreiro—. Para la semana que viene más todavía, le digo yo. Con el puente que viene.

—Pues me pones cuatro más de los grandes.

—Hecho.

Mientras Barreiro rellenaba el albarán, Manuela miró hacia la puerta de acceso al muelle. La luz de fuera empezaba a ser ya otra cosa

que oscuridad, ese gris anterior al amanecer que en la ría tiene una textura distinta al gris del día: más suave, más provisional, como si el mundo todavía estuviera decidiendo qué color ponerse.

Por la puerta entró Paco Viéitez, que tenía la Menciña y era de los que salían a la sardina cuando había temporada y al pulpo el resto del año. Viéitez era de los pocos marineros de Cambados que hablaba por los codos, una rareza que en la lonja lo convertía a la vez en entretenimiento y en fuente de comentarios.

—Manuela, ¿xa oíches o de Suso? —dijo, y en la pregunta había el tono de quien sabe algo y está esperando que le pregunten.

—Que estará por Sálvora, me dicen.

—Por Sálvora. —Viéitez hizo un sonido con la boca que no era exactamente una risa—. Sálvora. O Suso leva tres días sen dar señais e están todos aquí tan tranquilos.

—Que habrá tenido algún problema con la radio —dijo Barreiro desde su tablilla, con el tono de quien ha dicho lo mismo varias veces y prefiere no seguir diciéndolo.

—Problemas con la radio. Claro.

Manuela recogió el albarán y lo dobló.

—Estas cosas pasan —dijo—. Ya aparecerá con alguna historia.

No dijo nada más. Tampoco miraba a Viéitez cuando hablaba: miraba los centollos que el chico de Ribadumia estaba metiendo en la cubeta portátil con hielo. Era importante que estuvieran bien puestos, sin que se aplastaran unos a otros.

Pagó en efectivo, como siempre. El recibo lo guardó en el bolsillo del abrigo sin mirarlo.

Tardó veinte minutos más en salir. Los empleó en hablar con otros tres marineros, en comentar el tiempo con Barreiro, en esperar a que el chico de Ribadumia terminara de preparar el pedido con el

cuidado suficiente. Era tiempo que cualquier otro comprador habría considerado tiempo perdido. Manuela no consideraba perdido ningún tiempo que se pasara escuchando.

La barca del Suso llevaba tres días sin dar señales.

La barca del Suso era la Nosa Señora do Carme, once metros, matrícula VI-4-831, y el Suso era Jesús Carballo Pedreira, cuarenta y ocho años, que llevaba quince trabajando de manera intermitente para ciertas operaciones de carga en zona de Sálvora que no tenían nada que ver con el marisqueo. Era un hombre discreto y puntual. No desaparecía tres días.

O desaparecía cuando algo salía mal.

O desaparecía cuando alguien quería que desapareciera.

Ninguna de las dos opciones era buena, pero eran opciones distintas que requerían respuestas distintas, y Manuela no era de las que respondían antes de saber cuál de las dos opciones era la real. Eso era para gente con menos paciencia o más miedo, y Manuela no tenía ni lo uno ni lo otro en cantidad suficiente como para que le cambiara el comportamiento.

Cargó las bolsas en el maletero del Touareg.

El chico de Ribadumia la ayudó con la cubeta de los centollos, que pesaba.

—Gracias, meu —dijo ella, y él volvió adentro.

Manuela cerró el maletero. Se quedó de pie junto al coche mirando la ría.

Desde el aparcamiento de la lonja se veía la dársena y, más allá, la lámina abierta de la ría de Arousa. El agua estaba quieta a esa hora, sin viento, con ese color gris verdoso que tiene el agua de las rías cuando la luz es todavía escasa. Había dos barcas de marisqueo

saliendo hacia el canal principal, sus luces de navegación todavía encendidas aunque ya empezara a no hacer falta.

La barca del Suso no estaba en su amarre.

Manuela lo había comprobado cuando llegó, antes de entrar a la lonja, sin que nadie lo notara porque había comprobado también las otras barcas y el estado del muelle con el mismo gesto de curiosidad general con que cualquier persona mira un puerto por la mañana.

El amarre de Suso estaba vacío desde el jueves.

Se metió en el coche. Arrancó. Salió del aparcamiento sin prisa, tomó la rotonda en dirección a O Grove, que era por donde tenía que pasar para volver a casa. La radio sonó un momento y la apagó. Le gustaba conducir en silencio cuando pensaba.

Por la carretera de la costa, con la ría a la derecha apareciendo y desapareciendo entre las casas y los pinos, Manuela condujo a ochenta por hora exactos, que era lo que marcaba el límite y lo que ella siempre hacía.

Tenía hasta el miércoles para saber qué había pasado con el Suso.

Después del miércoles, tendría que tomar decisiones sin saber.

Los números no cuadran

El café de la máquina de la segunda planta salía a una temperatura que no era ni caliente ni fría sino a la temperatura de la máquina de la segunda planta, reconocible e invariable desde hacía cuatro años.

Perico lo cogió sin mirarlo, volvió a su mesa y abrió el expediente por la primera página, que era la que ya se sabía de memoria.

Eran las ocho y doce minutos de un miércoles.

El fluorescente del techo parpadeaba cada veinte segundos aproximadamente, un parpadeo tan breve que no llegaba a molestar pero sí a registrarse. Perico llevaba tres semanas esperando que alguien lo cambiara y había llegado a la conclusión de que nadie lo iba a cambiar, que ese fluorescente iba a parpadear hasta que se fundiera del todo y entonces sí lo cambiarían, y que para entonces él ya no lo notaría porque se habría acostumbrado al parpadeo completamente. Así funcionaban muchas cosas.

El expediente tenía once páginas más los anexos. La empresa de transportes figuraba como Luso-Atlântico Transportes Lda., con domicilio social en Vila Nova de Gaia, número de identificación fiscal portugués, tres años de actividad declarada. Perico había pedido a Lisboa los registros mercantiles el martes por la tarde y habían llegado a las siete de la mañana, lo cual era una velocidad inusual que probablemente se debía a que el funcionario portugués que los procesaba era madrugador o a que el sistema automático los había clasificado como urgentes por error. En cualquier caso habían llegado, que era lo que importaba.

Los registros decían que Luso-Atlântico tenía un administrador único: una sociedad limitada española con domicilio en Vigo.

Perico tomó nota en la libreta. Todavía en papel, siempre en papel para la primera fase: el papel obliga a escribir solo lo que cabe, que es otra forma de decir lo que importa.

Empresa española en Vigo. Administradora de empresa portuguesa en Vila Nova de Gaia. Camión de Vila Nova de Gaia con cocaína en el puerto de Vigo. El triángulo era tan limpio que parecía descuidado, aunque probablemente no lo era: probablemente parecía descuidado

porque lo habían diseñado para que a alguien que no mirara bien le pareciera normal.

Perico miraba bien.

Llamó a Ramos, que estaba en el despacho del fondo.

Ramos era el analista técnico del turno de mañana, treinta y ocho años, especialidad en registros mercantiles y financieros, que era una especialidad que en la Brigada de Crimen Organizado de Vigo nadie había pedido tener pero que resultaba necesaria con una frecuencia que seguía sorprendiendo a los que llevaban más tiempo. Ramos tenía la costumbre de aparecer con el teclado portátil en la mano como si acabara de levantarse de otra tarea, aunque en realidad solía estar esperando que alguien lo llamara.

—La empresa española —dijo Perico—. Transportes y Logística Ría Alta S.L. Necesito el registro completo. Socios, administradores, domicilio real, declaraciones de IVA de los últimos tres años.

—¿Cuándo lo quieres?

—Cuando puedas.

Ramos desapareció. Perico volvió al expediente.

El conductor detenido se llamaba Tiago Ferreira Nunes, cuarenta y uno, portugués, dos años sin antecedentes documentados en España, dirección en Matosinhos que había resultado ser un piso de alquiler donde llevaba tres meses empadronado. El contrato de trabajo con Luso-Atlântico era de seis meses, renovable, con una nómina que en términos absolutos no era llamativa. El tipo de contrato que una persona acepta cuando necesita trabajo y no hace demasiadas preguntas, o cuando sabe exactamente lo que está aceptando y prefiere que el papel diga lo mínimo posible.

Ferreira Nunes no había dicho nada desde que pidió el abogado. El abogado, que era de oficio y había llegado a las diez de la noche del martes, tampoco había dicho nada de interés. Eso era previsible. Los

conductores que hacen este trabajo saben que hablar no mejora su situación, y los que no lo saben aprenden rápido.

Ramos volvió a los veinte minutos con dos páginas impresas.

—Transportes y Logística Ría Alta —dijo, poniéndolas sobre la mesa —. Constituida hace cuatro años en Vigo. Socio único y administrador: Ramón Pedrosa Doval. Domicilio social en la calle Policarpo Sanz. Declaraciones de IVA normales hasta hace dieciocho meses, luego la empresa entra en una fase de inactividad declarada. Pero.

Perico levantó la vista.

—Ramón Pedrosa Doval murió hace catorce meses. Infarto. Está en el registro civil de Vigo.

Perico miró las páginas.

—¿Y la empresa?

—La empresa sigue activa administrativamente. Nadie ha iniciado proceso de liquidación. Sigue como si existiera, solo que el administrador no existe.

Una empresa cuyo administrador único lleva catorce meses muerto y que nadie ha liquidado. Que sirve como capa entre el camión portugués y cualquier búsqueda que no llegue a la segunda página del registro. Qpue tiene dirección en Vigo.

Perico copió el nombre de la calle en la libreta. Luego cogió el café, que estaba frío, y se lo bebió igualmente.

—¿Quién presentó las últimas declaraciones fiscales de la empresa?

—Un gestor. Tengo el NIF del gestor.

—Búscalo.

Ramos volvió a desaparecer. Perico se quedó mirando el triángulo en la libreta: Vigo, Vila Nova de Gaia, Vigo. El camión había salido de

Portugal pero la empresa que lo mandaba estaba en Galicia, administrada por un muerto, gestionada por un tercero que todavía no tenía nombre en el papel pero que lo iba a tener en veinte minutos.

Las capas eran de diseño estándar, el tipo de estructura que montan los que saben lo que hacen y esperan que nadie haga más de dos preguntas. El problema de las estructuras estándar es que tienen puntos de fragilidad estándar: el administrador muerto era un problema que alguien había decidido no resolver, lo cual significaba o que no habían tenido tiempo o que habían considerado que el riesgo era aceptable. Ninguna de las dos opciones era propia de una organización que movía cocaína con cavidades de taller en camiones con documentación perfecta.

La cavidad de taller y la empresa con administrador muerto no encajaban en el mismo nivel de profesionalidad.

Perico lo anotó.

A las diez y media llamó a la puerta del despacho de Nieto.

La inspectora Nieto tenía el despacho de la esquina, el que daba a la calle Lalín por un lado y al pasillo interior por el otro, lo cual le proporcionaba una visión razonablemente completa de los dos mundos que convivían en la segunda planta. Estaba al teléfono cuando Perico asomó la cabeza. Le hizo un gesto con dos dedos que significaba dos minutos y efectivamente dos minutos después colgó.

—¿Qué tienes?

Perico dejó la libreta abierta sobre la mesa. Nieto la miró sin tocarla.

—La empresa del camión lleva a una empresa en Vigo cuyo administrador lleva catorce meses muerto —dijo Perico—. La cavidad es de taller profesional. La documentación del cargamento es perfecta excepto por un error de peso que requería hacer la multiplicación completa para encontrarlo.

—¿Y?

—Que el error es demasiado pequeño para ser descuido y demasiado obvio para ser intencional. Lo que me pregunto es si el camión no iba a pasar por aquí.

Nieto esperó.

—Los doce kilos no justifican la cavidad —continuó Perico—. La cavidad está diseñada para cincuenta. Alguien mandó un camión con una cuarta parte de la carga que podría llevar. O es un primer viaje de prueba o algo cambió en el último momento.

—O alguien contó mal.

—La gente que hace cavidades de taller no cuenta mal.

Nieto cruzó los brazos. Era un gesto que en ella no significaba resistencia sino cálculo.

—¿Qué pides?

—Expediente abierto. Acceso a los registros mercantiles de la empresa gallega y rastreo del gestor. Y quiero saber si hay más camiones de Luso-Atlântico que hayan pasado por puertos españoles en los últimos dos años.

—¿Cuánto tiempo necesitas para la fase inicial?

—Dos semanas.

—Una —dijo Nieto—. En una semana me dices si hay algo o si es un camión suelto con un montaje de segunda. Si hay algo, seguimos. Si no lo hay, cerramos y a otra cosa.

—Una semana.

Nieto ya estaba mirando la pantalla antes de que Perico recogiera la libreta. Era su forma de decir que la conversación había terminado y que el expediente estaba autorizado, dos cosas que en ella ocurrían simultáneamente.

Ramos lo esperaba en el pasillo con otra hoja impresa.

—El gestor se llama Aurelio Sánchez Vázquez. Tiene una gestoría en la calle Uruguay. Lleva gestionando la empresa cuatro años, desde la constitución. Sin antecedentes, sin ninguna alerta en el sistema.

—¿Otras empresas que gestione?

—Cuarenta y siete.

—¿Alguna con el mismo perfil?

Ramos dudó un momento.

—Hay tres que tienen socios o administradores fallecidos y que siguen activas. Las tres constituidas en los últimos seis años.

Perico cogió la hoja. Cuatro empresas, incluyendo Ría Alta. Cuatro empresas activas cuyos administradores habían muerto y que nadie había liquidado, gestionadas todas por el mismo hombre en una gestoría de la calle Uruguay.

Lo guardó en el expediente.

—Bien —dijo—. Gracias, Ramos.

Bajó las escaleras, recogió el anorak de la percha junto a la puerta y salió a la calle.

Llovía, lo cual en Vigo no era una información sino una condición climática por defecto. Era una lluvia fina que no empapaba rápido sino que iba entrando despacio, del tipo que hace que la gente no abra el paraguas porque no parece suficiente y luego llega a casa calada. Perico no tenía paraguas. Llevaba el anorak, que era impermeable hasta cierto punto y luego dejaba de serlo.

Caminó hacia el puerto.

Cuatro empresas con administradores muertos. Un gestor. Un camión con documentación perfecta y un error de peso calculable. Una cavidad de taller diseñada para cincuenta kilos que había

llevado doce. Y en algún lugar de esa cadena, alguien en Vigo que sabía lo que estaba haciendo y que llevaba al menos cuatro años haciéndolo con la suficiente discreción como para que nadie lo hubiera encontrado todavía.

El puerto olía igual que el martes: a gasoil y a salitre. La lluvia añadía un tercer olor que no era de ningún sitio concreto sino de la mezcla del agua con el suelo mojado del muelle.

Perico se quedó mirando el agua hasta que dejó de sentir el frío.

Luego sacó la libreta y escribió debajo del triángulo: *Cuatro empresas. Un gestor. Una semana.*

Era suficiente para empezar.

Camilo en El Poblado

El restaurante olía a leña y a cilantro quemado, ese olor de los asadores del Poblado que mezclan la parrilla abierta con la cocina de mercado y producen algo que no termina de ser ninguna de las dos cosas pero que en Medellín de noche resulta completamente normal.

Camilo llegó a las ocho menos cuarto, que era diez minutos antes de lo acordado.

La mesa estaba reservada a su nombre, en la zona del fondo donde las mesas tienen más separación entre ellas y los comensales de al lado no pueden oír sin esfuerzo. El metre lo conocía: le señaló la mesa con un gesto breve y no preguntó si quería algo mientras esperaba porque ya sabía que no quería nada mientras esperaba. Camilo se sentó con la espalda a la pared, no por instinto sino por costumbre construida, y revisó el teléfono durante los ocho minutos que tardaron en llegar los otros dos.

Hernán Posada era abogado corporativo, cuarenta y cuatro años, bufete propio en el barrio de Manila, clientes que en sus conversaciones aparecían siempre por el nombre de sus empresas y nunca por el suyo propio. Llegó con Mauricio Estrada, que tenía una firma de consultoría financiera en Bogotá y que viajaba a Medellín cada tres semanas con una regularidad que sus clientes valoraban como profesionalismo y que era, entre otras cosas, exactamente eso.

Se saludaron con el apretón de mano de los hombres de negocios, que es diferente al apretón de los amigos y al de los desconocidos y tiene su propia duración y presión.

—¿Cómo estuvo el viaje? —le preguntó Camilo a Estrada.

—Bien. El vuelo de las seis, directo.

—¿Tomamos algo antes de pedir?

Tomaron algo antes de pedir. Aguardiente para Posada, quien era de Medellín y bebía aguardiente en las cenas de trabajo como si fuera agua, sin que le cambiara nada visible. Vino para Estrada, un Malbec argentino que el sommelier recomendó con el entusiasmo moderado de quien lo ha recomendado muchas veces. Camilo pidió agua con gas.

No bebía en las cenas de trabajo. Era una norma que no había enunciado en voz alta nunca y que los dos hombres que cenaban con él conocían perfectamente después de tres años de cenas similares.

La conversación empezó con lo que siempre empezaba: el mercado inmobiliario del Poblado, que llevaba dos años en una fase de valorización que los tres consideraban insostenible pero que ninguno de los tres había dejado de aprovechar. Posada tenía un proyecto de apartamentos en Envigado que buscaba socios. Estrada tenía un cliente en Bogotá interesado en diversificar hacia Medellín. Camilo escuchaba con la atención parcial de quien está siguiendo la conversación y procesando en paralelo otra cosa.

—El problema de Envigado ahora mismo es el suelo —dijo Posada—. Todo lo que queda disponible en las zonas buenas tiene un precio que hace difícil el retorno en el plazo que quieren los inversores.

—¿Qué plazo quieren?

—Cinco años.

—En cinco años es posible —dijo Estrada—, pero ajustado.

—Ajustado es otra forma de decir que no.

Camilo intervino por primera vez en diez minutos.

—Depende de qué estés poniendo en la ecuación. Si el proyecto tiene estructura de arrendamiento durante la fase de valorización, el retorno se ve diferente.

Posada lo miró con la expresión de quien acaba de escuchar algo que ya sabía pero que necesitaba que alguien más dijera.

—Exactamente lo que le decía yo al cliente.

—¿Y el cliente?

—El cliente quiere ver los números.

—Los números se pueden hacer —dijo Camilo.

Pidieron. Posada tomó una bandeja de mariscos que llegó con el olor del mar mezclado con ajo y mantequilla. Estrada tomó lomo de res. Camilo tomó corvina a la plancha, que era lo que tomaba casi siempre en ese restaurante porque la corvina allí estaba bien hecha y él prefería comer bien algo simple que mal algo elaborado.

Durante la cena la conversación se movió. El proyecto de Envigado, la situación del dólar, un caso fiscal que Posada llevaba y que no podía detallar pero cuyos contornos generales eran reconocibles para los dos que lo escuchaban. En ningún momento de la conversación apareció ningún nombre que no fuera el nombre de una empresa, un edificio, un barrio o un instrumento financiero.

Eso también era parte del protocolo, aunque nadie lo hubiera llamado así.

Estrada mencionó, hacia el final de la cena, mientras esperaban el postre, que tenía un cliente que buscaba colocar liquidez en estructuras de inversión en Europa. Mercado europeo, dijo. Buenas condiciones regulatorias, dijo. Buscando socios con conocimiento del territorio.

—¿Qué volumen? —preguntó Camilo.

—Variable. Depende del vehículo.

—¿Qué tipo de vehículo busca?

—Flexible. Con capacidad de escalar.

Camilo asintió. Tomó el último sorbo de agua.

—Puede ser interesante —dijo—. Que me mande la información.

—Se la mando esta semana.

El postre llegó. Posada pidió otro aguardiente. La conversación volvió al proyecto de Envigado y luego al fútbol, que era el tema hacia el que derivaban cuando la parte importante había terminado y quedaba tiempo de sobremesa que llenar con algo que no requiriera atención.

A las diez y cuarto Camilo pidió la cuenta.

Pagó él, como siempre. Era un gesto que no era generosidad sino administración: quien paga controla el ritmo de la salida y no queda en deuda de nada.

En la calle, los tres se despidieron con los mismos apretones de mano de la llegada. Posada cogió un taxi. Estrada tenía coche con conductor esperando. Camilo caminó los cuatro minutos que separaban el restaurante del apartamento que tenía en El Poblado, en una torre nueva con portería veinticuatro horas y garaje privado.

El ascensor tardó. Camilo esperó sin sacar el teléfono.

El apartamento era del tamaño justo para lo que necesitaba: dormitorio, sala, cocina equipada que usaba poco, terraza con vista al oeste. El edificio tenía quince años menos que La Esmeralda y el doble de metros cuadrados de zonas comunes, y en él Camilo dormía mejor que en la finca, aunque nunca lo habría dicho en voz alta delante de su padre.

Se sirvió agua en la cocina. Abrió el portátil en la mesa de la sala.

Tenía tres mensajes sin leer en la plataforma cifrada que usaba para ciertas comunicaciones, la que corría en un servidor fuera de Colombia y cuyos registros no aparecerían en ningún proceso de

descubrimiento legal estándar. Leyó los tres. Respondió al segundo con cuatro palabras. Los otros dos podían esperar hasta mañana.

Cerró el portátil.

Cogió el teléfono y llamó a Valentina.

—¿Llegaste bien? —preguntó ella.

—Bien. ¿Cómo está el proyecto del Chapinero?

—Avanzando. Mañana tengo reunión con el contratista.

—¿Cuánto tiempo más?

—Dos semanas, dice él. Yo calculo tres.

—Calcula tres y dile dos —dijo Camilo.

Valentina se rió. Era un matrimonio que funcionaba en esos términos, entre los proyectos que ella llevaba y los viajes que él hacía, con la suficiente distancia como para que la presencia fuera siempre algo que se agradece.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana en la tarde.

—Bien.

—Bien —dijo él.

Colgó. Se quedó de pie en la terraza los cinco minutos que tardó en terminar el vaso de agua, mirando las luces de Medellín extendidas hacia el norte en el valle. Desde el piso diecisiete las luces de la ciudad tenían una continuidad que desde la calle no existía: todo parecía parte de lo mismo, la zona residencial y la comercial y los barrios del fondo que desde aquí eran solo puntos luminosos sin nombre y sin diferencia visible.

Camilo observó las luces el tiempo suficiente para que dejaran de ser luces y se convirtieran en un patrón, que era como él miraba la

mayoría de las cosas.

Luego entró, apagó la terraza y se fue a dormir.

En la mesa de la sala, el portátil cerrado tenía en su historial de conexión una dirección IP de un servidor en Ámsterdam y cuatro palabras enviadas a las veintidós cuarenta y siete, que eran: *Jueves. Misma cantidad. Confirma.*

Las filloas de Manuela

La masa llevaba desde el mediodía reposando en el bol de barro, y cuando Manuela la removió por primera vez a las cinco de la tarde el olor subió directo: harina, huevo, leche entera, sal y la pizca de anís que su madre había puesto siempre y que ella ponía también sin haberlo decidido conscientemente en ningún momento, simplemente porque era lo que se hacía. El humo de la primera filloa en la sartén de hierro llenó la cocina en treinta segundos. Rosario abrió la ventana dos dedos, lo justo para que saliera el humo sin que entrara el frío de la ría, que a esa hora de noviembre ya no era un frío de aviso sino un frío de verdad.

La cocina de la casa grande era el cuarto que más había cambiado desde que Manuela la había reformado hacía doce años y el que menos había cambiado en lo que importaba: los fogones de gas en el mismo sitio, la mesa de madera en el centro con las marcas de treinta años de uso, los azulejos blancos que en invierno reflejaban la luz del techo y hacían el espacio más luminoso de lo que era. Rosario se sentó en el taburete de siempre, el que estaba junto a la

ventana, y puso los brazos sobre la mesa con esa disposición de quien va a estar allí el tiempo que haga falta.

Llevaban haciendo las filloas juntas los jueves desde mucho antes de que Manuela necesitara compañía para hacerlas. Era uno de esos rituales que se establecen sin que nadie los proponga y que continúan sin que nadie los cancele.

—A ver si esta semana salen mejor que la anterior —dijo Rosario.

—La anterior salieron bien.

—Salieron un poco secas.

—A ti te gustan crudas.

—A mí me gustan bien.

Manuela vertió la primera cucharada de masa en la sartén caliente y la extendió con el movimiento de muñeca que hace que la filloa quede fina y pareja. Era un movimiento que no se aprende en ningún sitio excepto haciéndolo, y que ella tenía automatizado desde los doce años. La masa chisporroteó un segundo y luego se asentó un momento antes de empezar a hacer burbujitas.

Rosario era la viuda de Xosé Valeira, cuñado de Manuela por el lado de su marido, muerto hace once años de un problema de corazón que nadie había visto venir. Desde entonces vivía en una casa a trescientos metros de la casa grande, lo suficientemente cerca para que los jueves llegara caminando con el abrigo abierto aunque lloviera, y lo suficientemente lejos para que cada una tuviera su propio espacio durante los otros seis días de la semana. Era un equilibrio que ninguna había negociado explícitamente y que funcionaba precisamente por eso.

—¿Fuiste al médico? —preguntó Manuela sin apartar los ojos de la sartén.

—Fui el lunes.

—¿Y?

—Que tengo que tomar la pastilla por la mañana y no por la noche. Que eso cambia la cosa.

—¿Y cambia?

—Dice él que sí.

Manuela dio la vuelta a la filloa. El otro lado estaba dorado en el punto exacto.

—Los médicos de ahora —dijo Rosario— te cambian la pastilla, te cambian el horario, te cambian lo que comes. Antes mi madre tomaba una aspirina y santas pascuas.

—Tu madre murió con setenta y dos.

—Murió contenta.

Manuela no respondió a eso. Puso la primera filloa en el plato que tenía al lado y vertió la segunda cucharada.

Estuvieron un rato sin hablar. Afuera, el viento movía algo en el jardín, una maceta o una rama, un golpe sordo e intermitente. La televisión del salón estaba apagada. En la cocina el único sonido era el de la masa en la sartén y el de las sillas cuando alguna de las dos se movía.

—¿Fuiste a ver a Brais? —preguntó Rosario.

—El sábado pasado.

—¿Cómo lo viste?

Manuela tardó un momento.

—Bien —dijo—. Lo vi bien.

Era verdad en parte. Brais había tenido mal color el sábado, ese color grisáceo que dan los meses sin luz natural suficiente, y había adelgazado algo desde la última vez, no mucho pero sí lo suficiente

para que ella lo notara aunque no dijera nada. Lo había visto bien en el sentido de que seguía siendo él, que hablaba con la misma calma de siempre, que no había desesperación en sus ojos ni en sus manos. Bien era una palabra que cabía en muchos sitios.

—El chico tiene temple —dijo Rosario.

—Lo tiene.

—De su padre.

Manuela giró la segunda filloa.

—De los dos —dijo.

No era una corrección sino una precisión. Rosario lo entendió así porque llevaba suficientes años conociéndola como para entender la diferencia entre las dos cosas cuando venía de ella.

—¿Cuánto le queda?

—Dieciséis meses.

—Pasan.

—Pasarán —dijo Manuela.

Siguieron. La pila de filloas en el plato fue creciendo. Rosario se levantó a buscar el azúcar en el armario de la derecha, que era donde siempre había estado el azúcar, y lo puso en la mesa sin preguntar si hacía falta porque hacía falta siempre. Luego volvió al taburete y miró por la ventana abierta los dos dedos, donde la luz del exterior empezaba ya a ser la luz de la tarde tardía, más naranja que amarilla, la que duraba veinte minutos en esta época del año antes de convertirse en oscuridad directamente.

—Roi estuvo por aquí el martes —dijo Rosario.

—Lo sé.

—Llegó con un coche nuevo.

—Lo vi.

—Ese chico —dijo Rosario, y dejó la frase ahí, que era donde Rosario dejaba siempre las frases sobre Roi, en el punto justo antes de decir lo que pensaba, que era lo mismo que pensaba Manuela y que por tanto no hacía falta decir.

—Ese chico —coincidió Manuela.

Dio la vuelta a la filloa número ocho. Estaba en el ritmo ahora, el ritmo que se establece cuando llevas suficiente tiempo haciendo algo y el cuerpo lo lleva solo y la cabeza puede ir a otro sitio mientras las manos siguen.

—Va a meterse en un lío que no va a poder con él —dijo Manuela.

No lo dijo con alarma ni con enfado. Lo dijo con el tono de quien está describiendo el tiempo que va a hacer mañana basándose en el cielo de esta tarde.

—¿Le dijiste algo?

—Le digo siempre.

—¿Y?

—Y me escucha a su manera.

Rosario asintió. Había visto a Roi de pequeño, cuando venía a la casa grande los veranos con su madre, y había visto en él desde entonces esa cualidad de los que escuchan lo suficiente para no parecer que no escuchan pero no lo suficiente para enterarse bien. Era un chico listo. Los listos a veces son un problema.

La pila de filloas llegó a treinta. Manuela apagó el fuego y limpió la sartén con un paño doblado, el mismo gesto de siempre, sin dejar que se enfriara primero porque enfriar la sartén entre tanda y tanda era una costumbre que a ella le parecía innecesaria y que nunca había adoptado.

Puso la mesa para dos. Platos, tenedores, el azúcar en el centro, un vaso de agua para cada una.

Se sentó.

—Oye —dijo, mientras Rosario se servía la primera filloa—. ¿Vas a pasar por la gasolinera de Vilagarcía esta semana?

—Puedo pasar. ¿Qué necesitas?

—Dile al de la gasolinera que el jueves que viene el camión sale a las doce y no a las dos.

Rosario asintió mientras doblaba la filloa en cuatro, el azúcar por encima.

—¿Algo más?

—No, con eso ya está.

No hubo pausa, no hubo tono diferente, no hubo nada que marcara ese intercambio como distinto a los que habían tenido antes sobre el médico y sobre Brais y sobre Roi. Rosario lo recibió como lo que parecía ser y lo guardó donde guardaba estas cosas, que era en el mismo sitio donde guardaba los encargos del mercado y los recados de la farmacia: en la memoria funcional de saber que hay cosas que se hacen y no se comentan porque comentarlas añade tiempo sin añadir utilidad.

Comieron.

La televisión del salón seguía apagada. Afuera el viento había parado y la oscuridad ya era completa, de esa manera en que oscurece en noviembre en la ría, de golpe, sin aviso. Por la ventana abierta dos dedos llegaba el olor del mar, que a esa hora no era el olor de la lonja sino el olor propio de la ría cuando no hay gente cerca: salado, frío, con algo de alga.

Cuando terminaron, Rosario recogió los platos y Manuela los lavó. No lo habían acordado nunca de esa manera: era simplemente lo

que hacía cada una.

—Bueno —dijo Rosario, cogiendo el abrigo del gancho de la puerta —. Hasta el jueves que viene.

—Hasta el jueves.

Rosario salió. Manuela oyó sus pasos en el camino de grava del jardín hasta que dejó de oírlos.

Encendió la televisión del salón desde el mando que estaba en el aparador de la cocina. Las noticias de las nueve. Un político hablando de algo, la cara seria y los gestos medidos de quien ha practicado la cara seria y los gestos medidos. Manuela no prestó atención al contenido. Dejó el sonido de fondo mientras terminaba de ordenar la cocina, guardaba el bol de barro, doblaba los paños.

La instrucción estaba dada.

El jueves que viene a las doce.

Manuela apagó la luz de la cocina y fue al salón a ver las noticias, que a esas alturas eran otra cosa pero seguían siendo ruido de fondo útil.

La pista atlántica

El papel salió de la impresora todavía caliente, ese calor seco y leve que tienen los documentos recién impresos y que desaparece en treinta segundos. Perico lo cogió por el borde superior con dos dedos, como si necesitara que se enfriara antes de leerlo, aunque en realidad lo estaba leyendo ya desde el momento en que lo tocó.

Era una factura de transporte marítimo. Cuatro páginas. Membrete de una empresa naviera con sede en Panamá, fecha de emisión hacía seis semanas, número de referencia que Perico anotó en la libreta antes de seguir leyendo. Puerto de origen: Buenaventura, Colombia. Puerto de destino: Las Palmas de Gran Canaria, con trasbordo declarado hacia Vigo. Mercancía declarada: material de construcción, cuatrocientas cajas, peso bruto cuatro mil doscientos kilos.

Cuatro mil doscientos kilos.

El mismo peso que figuraba en la factura del camión de Vila Nova de Gaia.

Perico dejó la factura en la mesa y se quedó mirándola un momento sin tocarla. Luego fue a buscar el café, que estaba frío, y volvió al escritorio.

La factura había llegado con tres semanas de retraso porque la Agencia Tributaria la había clasificado en el sistema como documentación complementaria de un expediente de importación que estaba en una bandeja de verificación rutinaria, y la bandeja de verificación rutinaria se procesaba cuando había tiempo, y había habido poco tiempo porque había habido dos inspecciones simultáneas en el puerto de Barcelona que habían concentrado los recursos de análisis durante ese período. Esto lo sabía Perico porque había llamado al funcionario responsable esa mañana y el funcionario se lo había explicado con una mezcla de eficiencia y disculpa que sugería que era consciente del problema sin estar en posición de resolverlo estructuralmente.

Era la clase de retraso que en el noventa por ciento de los casos no importaba porque en el noventa por ciento de los casos la documentación complementaria no cambiaba nada. Este era el otro diez por ciento.

Sacó del cajón un mapa en papel de la costa atlántica, el que tenía doblado desde hacía meses y que había usado otras veces para trazar rutas marítimas. Lo extendió sobre la mesa, encima del expediente, y cogió el bolígrafo azul.

Buenaventura. Marcó el punto en la costa pacífica colombiana, en el departamento del Valle del Cauca, donde el mapa mostraba una ciudad que desde aquí era solo un nombre y una coordenada. Trazó una línea hacia el norte, bordeando Centroamérica, pasando por el Caribe, cruzando el Atlántico. Las Palmas de Gran Canaria. Otro punto. Luego la línea continuaba hacia el noreste, siguiendo la costa ibérica, hasta Vigo.

La ruta tenía tres mil seiscientas millas náuticas desde Buenaventura hasta Las Palmas y otras mil cien hasta Vigo. Tres semanas de navegación en un carguero de velocidad media. La mercancía llegaba a Canarias, cambiaba de barco, llegaba a Vigo. En Vigo pasaba a un camión con matrícula portuguesa y cruzaba a Vila Nova de Gaia, y desde Vila Nova de Gaia volvía a Vigo por carretera con una empresa pantalla y una documentación que era perfecta en todo excepto en los pesos, si sabías dónde mirar.

El círculo era casi literal en el mapa: Vigo, Lisboa, Vigo. El arco atlántico era la parte que no se veía.

Perico lo trazó con el bolígrafo, una línea azul que cruzaba el océano de izquierda a derecha. Luego se quedó mirándola.

Llamó a Decker.

Decker era alemán, cuarenta y seis años, analista de la unidad de tráfico atlántico de Europol en La Haya, con quien Perico había trabajado en un caso de hachís marroquí dieciocho meses antes. No eran amigos en ningún sentido convencional del término pero sí eran el tipo de contacto que coge el teléfono cuando llamas porque sabe que no llamas sin motivo.

—Buenaventura a Las Palmas —dijo Perico—. Rutas activas en los últimos dos años. Navieras con antecedentes.

—Dame el número de referencia de la factura.

Perico se lo dio.

—Te llamo mañana —dijo Decker.

Colgó.

Eran las once y veinte. Perico dobló el mapa, lo guardó en el cajón, cogió la factura y el anorak y salió de la comisaría.

Fuera llovía con esa constancia de la lluvia de noviembre en Vigo que no tiene urgencia pero tampoco tiene intención de parar. La calle Lalín estaba mojada y casi vacía a esa hora de la mañana entre punta, con solo un par de personas que caminaban rápido y con los hombros encogidos. Perico puso el anorak y no encogió los hombros.

Caminó hacia el puerto.

Tardó doce minutos. Los empleó en no pensar en nada concreto, que era su forma de pensar en todo: dejar que los datos se ordenaran solos mientras el cuerpo hacía algo mecánico. Había aprendido esto de su padre sin que su padre se lo enseñara, simplemente observando que el hombre llegaba al muelle una hora antes de que saliera la barca y se quedaba mirando el agua y luego subía al barco sabiendo lo que tenía que hacer.

En el muelle la lluvia tenía otro sonido que en la calle: caía sobre el agua y sobre el metal de los contenedores y sobre la cubierta de las barcas de pesca que estaban amarradas, y cada superficie le devolvía un tono diferente, de manera que el conjunto era algo parecido a una percusión sin ritmo fijo.

El Atlántico estaba gris verdoso y se movía con esa lentitud de la marea que sube. En el horizonte no había nada visible. Perico lo

miró igualmente.

Buenaventura.

No había estado nunca en Colombia. Sabía lo que sabía de leer expedientes y de lo que otros le habían contado, que era información útil pero incompleta sobre los lugares donde no has estado. Buenaventura era el puerto más importante de Colombia en el Pacífico. Era también, según los informes de la DEA que circulaban por los canales de cooperación, uno de los principales puntos de salida de cocaína hacia Europa por la ruta del Atlántico sur. Puerto industrial, alta conflictividad, presencia de estructuras criminales con control territorial parcial en algunas zonas.

En algún lugar de ese puerto, alguien había cargado cuatrocientas cajas en un barco y había escrito en el manifiesto que eran material de construcción.

Alguien que sabía que el manifiesto iba a ser revisado y había preparado la documentación para que resistiera una revisión estándar. La misma persona, o la misma organización, que en el otro extremo de la ruta había preparado una empresa pantalla con un administrador muerto y una cavidad de taller en un camión de Vila Nova de Gaia.

No era una organización que usara la misma ruta una sola vez.

Perico sacó el teléfono.

—Necesito hablar —dijo cuando Nieto cogió.

—Estoy en reunión.

—Cuando puedas.

Nieto llamó veinte minutos después.

—Llegó la documentación del origen —dijo Perico—. Buenaventura. Naviera panameña. La misma cantidad declarada que en la factura del camión.

—¿Qué pides?

—Autorización para viajar a Colombia.

Silencio de dos segundos.

—Eso es otro nivel —dijo Nieto.

—Lo sé.

—Necesito más que una factura para llevarle eso a la jefatura.

—Tengo la factura, tengo el mapa de la ruta, tengo cuatro empresas pantalla con el mismo gestor y tengo una cavidad de taller profesional diseñada para el cuádruple de lo que llevaba. Si esto es un envío aislado, que lo sea. Pero si no lo es, el origen está en Colombia y sin ir a Colombia no vamos a encontrar nada que sirva para un juicio.

—¿Contacto allí?

—Ospina. DIJIN. Trabajé con él en el caso del año pasado.

—¿Ospina te va a recibir?

—Ospina me va a recibir.

Nieto tardó.

—Una semana —dijo—. Te doy una semana en Bogotá. Sin recursos adicionales por ahora. Gastos de desplazamiento estándar. Si en una semana tienes algo concreto, volvemos a hablar. Si no tienes nada, vuelves y cerramos el expediente a nivel nacional.

—Entendido.

—Y Pedro.

—Sí.

—Esto no sale de aquí hasta que yo lo diga.

—Claro.

Colgó.

Perico se quedó en el muelle otros cinco minutos. La lluvia había amainado levemente, no lo suficiente para que cambiara nada pero sí lo suficiente para que el ruido fuera menos. Un marinero pasó por el muelle con una caja de herramientas y le hizo un gesto con la cabeza que Perico devolvió sin pensar.

El Atlántico seguía ahí, igual que antes de la llamada. Era la misma agua que llegaba a Buenaventura por el otro lado, aunque llegara de otra manera y con otro nombre y con otra temperatura, que eran diferencias suficientes para que a la gente que vivía en cada orilla le costara pensar que era el mismo océano.

Volvió caminando a la comisaría, recogió el expediente y el mapa y se fue a su piso.

El piso era un segundo en el barrio de Coia, a diez minutos a pie de donde había crecido, lo cual no había sido un plan sino el resultado de que cuando buscó piso en Vigo el que encontró estaba allí y era razonable y lo cogió. Tenía las paredes del salón con una humedad en la esquina inferior derecha que el casero iba a arreglar desde hacía dos años y una calefacción que funcionaba bien si le dabas tiempo suficiente para calentarse, que era media hora más de lo que decía el termostato.

Mero estaba en el sofá cuando llegó. Era una perra de tamaño mediano y pelo corto, con las orejas de un perro más grande que el resto del cuerpo, que le habían dado en adopción tres años antes cuando alguien de la comisaría había encontrado una camada abandonada en el polígono de Balaídos. Mero no era un nombre de perra, o sí lo era dependiendo de cómo se mirara. Perico se lo había puesto el primer día sin pensarlo mucho.

Mero lo miró desde el sofá sin moverse.

—Buenas —dijo Perico.

Abrió el portátil en la mesa del salón. Buscó vuelos a Bogotá. El más barato que salía en los próximos días tenía escala en Madrid y llegaba a las seis de la mañana hora local, lo cual era una llegada incómoda pero aceptable. El siguiente directo desde Madrid costaba el doble y llegaba a una hora razonable.

Perico cogió el de la escala.

Mientras esperaba a que cargara la página de reserva, miró el mapa que había extendido de nuevo sobre la mesa. La línea azul del bolígrafo cruzaba el Atlántico de derecha a izquierda esta vez, que era la dirección en que la recorrería él.

Mero saltó del sofá y se tumbó encima de sus pies.

Perico reservó el vuelo para el jueves.

Yolanda en el puerto

A las ocho de la mañana el calor de Buenaventura ya era un hecho consumado. No el calor que llega y avisa sino el que amaneció antes que uno y estaba esperando: húmedo, pegado a la ropa desde el primer paso fuera del carro, con ese olor específico del Pacífico colombiano que mezcla el salitre con algo más denso, más vegetal, que viene de la selva que termina justo donde empieza el puerto y que en los días sin viento se queda quieto sobre la ciudad como una segunda atmósfera. El Pacífico no huele como el Atlántico de La Esmeralda. El Atlántico de La Esmeralda era una idea, algo que el abuelo mencionaba. Este era un hecho físico que entraba por la nariz sin pedir permiso.

Yolanda llegó a la zona de carga del muelle cuatro a las ocho y diez con la carpetilla de documentación bajo el brazo y las gafas de sol puestas aunque la luz directa todavía no daba en esa zona del muelle. Era un hábito de Buenaventura: los lentes no son siempre para el sol.

Freddy Angulo la esperaba junto a la grúa del lote norte. Cuarenta y dos años, jefe de patio del operador logístico que manejaba los despachos de este muelle, un hombre que en doce años de trabajo en el puerto había desarrollado la capacidad de calcular los tiempos de carga con una precisión que ningún software replicaba exactamente. Yolanda lo había conocido cuatro años antes, en su primer despacho independiente, y desde entonces trabajaban juntos con la eficiencia de las personas que no necesitan explicarse las cosas dos veces.

—El contenedor del lote cinco lleva retraso —dijo Angulo antes de que ella preguntara—. Cuarenta minutos. El inspector de Dian tuvo un problema con el manifiesto secundario.

—¿Qué problema?

—Que el código arancelario de la carga no coincidía con la descripción. Ya lo corrigieron pero perdieron el turno de revisión.

—¿Cuándo entra de nuevo al turno?

—Diez y media, si hay espacio.

—¿Y si no hay espacio?

—Después del mediodía.

Yolanda abrió la carpeta y revisó la hoja de programación de zarpe. El barco salía a las seis de la tarde con marea. Entre las seis de la tarde y el mediodía había seis horas, que eran suficientes si el proceso corría normal desde las diez y media y completamente insuficientes si se empujaba hacia la tarde.

—Habla con Gómez de la Dian —dijo—. Que si puede priorizar el turno de las diez y media.

—Gómez no me debe nada.

—Gómez le debe a mi primo el favor del año pasado. Recuérdaselo.

Angulo asintió sin preguntarle nada sobre el favor del año pasado, que era información que no necesitaba tener y que Yolanda no iba a darle. Así funcionaba la mayoría de las cosas en el puerto de Buenaventura: por capas de favores y deudas que nadie anotaba en ningún sitio porque anotarlas hubiera cambiado su naturaleza.

Los otros cuatro contenedores del despacho estaban en orden. Yolanda los revisó uno por uno con Angulo, los códigos, los sellos, la posición en el patio. El barco era el Atlántico Star, bandera panameña, que hacía la ruta Buenaventura-Manzanillo-Las Palmas con una regularidad que sus clientes habituales valoraban porque en el negocio de la exportación la regularidad vale más que la velocidad.

A las nueve Angulo se fue a hablar con Gómez.

Yolanda se quedó junto al lote revisando los documentos. Había una brisa que venía del mar y que movía los papeles si uno no los sujetaba, de manera que trabajó con el folder abierto sobre una caja de plástico que había puesto en el suelo como improvisada superficie plana. A su alrededor el muelle funcionaba con el ruido y el movimiento constante de los muelles en horario de carga: las grúas, los carretones eléctricos, las voces de los operarios, el pitido de los vehículos en reversa.

Uno de los barcos del muelle de al lado hizo sonar la bocina.

Era un sonido largo y grave, de los que se producen cuando un barco grande maniobra en espacio reducido, y duró cuatro o cinco segundos antes de disolverse en el ruido general del puerto. Yolanda no lo registró conscientemente. Pero algo en ese sonido, en esa frecuencia, abrió una puerta que ella no había abierto voluntariamente.

Buenaventura, 2014. Yolanda tiene dieciocho años y lleva dos semanas en la ciudad visitando a su amiga Paola, que trabaja en la

lonja de pescado del mercado central y vive en el barrio Lleras con su madre y dos hermanos menores. Es la primera vez que Yolanda pasa tiempo sola en Buenaventura sin su familia, y la ciudad le parece más grande y más ruidosa que en las visitas cortas de antes.

Es martes por la noche. Yolanda y Paola vuelven del centro, donde han ido a comprar tela para un vestido que Paola quiere hacerse para una fiesta. Son las nueve y cuarto. El bus las deja a seis cuadras de la casa de Paola y caminan por una calle que Paola conoce y que de noche tiene menos luz de lo que debería pero que es la más directa.

En esa calle, a media cuadra por delante de ellas, hay un grupo de cuatro hombres parados junto a una camioneta. Paola los ve y baja el ritmo sin decir nada, ese ajuste de velocidad que las personas que conocen una ciudad aprenden a hacer cuando el instinto dice que hay que calcular el espacio antes de seguir. Yolanda lo nota y baja el ritmo también, siguiendo a Paola, sin saber exactamente por qué.

Entonces llegan los otros dos hombres desde la dirección contraria.

No corren. Caminan con una normalidad que en ese momento le parece a Yolanda más extraña que si corrieran, porque la normalidad en ese contexto es una información en sí misma. Los cuatro hombres junto a la camioneta los ven llegar. Uno de los cuatro da un paso atrás. Los otros tres no se mueven.

Lo que ocurre después ocurre en menos tiempo del que lleva describirlo.

Yolanda oye los disparos antes de entender que son disparos, porque en la vida real los disparos no suenan como en las películas sino como otra cosa, algo más seco y más corto, y el cerebro tarda un instante en clasificarlos. Paola la agarra del brazo y las dos se meten en el primer portal que encuentran, que está abierto, y se quedan allí sin hablar, apretadas contra la pared del fondo.

El silencio que viene después de los disparos dura quizás veinte segundos.

Luego hay voces, pasos que se alejan rápido, el ruido de una camioneta que arranca. Y después de eso, otro silencio, distinto al primero: el silencio de las personas que estaban en la calle y que ahora están quietas, esperando a que alguien haga algo que ninguna va a hacer.

Yolanda sale del portal.

A tres metros de donde ella estaba caminando hace dos minutos hay un hombre en el suelo. Tiene cuarenta años, quizás menos, una camisa azul de cuadros que ahora tiene algo oscuro en el lado izquierdo. Está mirando hacia arriba, hacia el cable de luz que cruza la calle, con los ojos abiertos y una expresión que no es ninguna expresión reconocible sino simplemente la ausencia de expresión, que es lo que queda cuando la expresión se va.

Hay otras ocho o diez personas visibles en la calle. Nadie se acerca al hombre. Nadie llama. Nadie se mueve hacia él. Están a distancias distintas, en distintos puntos de la acera, y todos miran y nadie hace nada, y ese nadie hace nada no es cobardía ni indiferencia sino algo más complicado que Yolanda no puede nombrar en ese momento porque tiene dieciocho años y nunca ha visto esto.

Paola la coge de nuevo del brazo. Tira hacia la dirección contraria. No corren: caminar rápido es menos visible que correr, y las dos lo saben aunque ninguna lo piense en esos términos, es un conocimiento que está en el cuerpo antes que en la cabeza.

Esa noche, en la casa de Paola, Yolanda no duerme. Se queda mirando el techo con la certeza de que el hombre de la camisa azul sigue allí, en ese asfalto, aunque ya lo hayan recogido, porque hay cosas que se quedan en un lugar aunque el lugar cambie.

Tres días después, de vuelta en La Esmeralda, su padre le pregunta cómo estuvo el viaje. Yolanda le dice que bien. Y luego, sin saber exactamente por qué lo hace, le describe lo que vio. El hombre, la calle, el silencio.

Ernesto la escucha sin interrumpir. Cuando ella termina, él le pregunta en qué calle fue. Ella se lo dice. Él asiente una vez, despacio.

—Era un hombre que andaba haciendo cosas que no debía —dice Ernesto.

No dice más. No explica qué cosas. No explica cómo lo sabe. Yolanda lo mira y en ese momento, sin que su padre diga nada más, entiende exactamente qué significa lo que acaba de decir, y entiende también que el espacio que hay entre lo que su padre sabe y cómo lo sabe no es un espacio que ella pueda fingir que no existe.

Tiene dieciocho años. No hace las maletas. No llama a nadie. No dice nada.

Eso es lo que no puede perdonarse. No lo que hizo. Lo que no hizo.

La bocina del barco sonó una segunda vez, más corta.

Yolanda volvió a los papeles.

Angulo llegó a las nueve y cuarenta con la confirmación de que Gómez había movido el contenedor cinco al turno de las diez y cuarto. Quince minutos de diferencia con lo pedido, que era un resultado aceptable dado el margen disponible.

—Bien —dijo Yolanda.

Pasó la mañana en el muelle. Supervisó la entrada al turno de revisión, firmó los documentos de salida de los cuatro contenedores que estaban en orden, esperó al cinco. A la una y veinte los seis contenedores estaban certificados y en posición de carga. El

Atlántico Star zarparía a las seis con la marea y llevaría lo que tenía que llevar.

A las dos y media Yolanda dejó el muelle y fue al edificio de la calle Caracas donde la ONG tenía sus oficinas.

La sala de reunión olía a café y a papel húmedo, que era el olor de todas las oficinas de Buenaventura que no tenían aire acondicionado suficiente. Había doce personas en la reunión, entre ellas tres abogadas de derechos humanos, un representante de la diócesis, dos líderes comunitarios del barrio Lleras y varios asistentes con carpetas. La reunión era sobre el protocolo de documentación de casos de desaparición forzada en la zona portuaria.

Yolanda presentó durante veinte minutos. Conocía el tema, había trabajado en él durante dos años, tenía los datos y sabía organizarlos para que fueran comprensibles sin perder precisión. La sala la escuchaba con la atención que se da a quien habla con autoridad sobre algo que importa.

Al final, una de las abogadas le hizo una pregunta sobre la coordinación con la Fiscalía en casos donde los presuntos responsables tenían vínculos con estructuras económicas legales.

—Es el problema central —dijo Yolanda—. La línea entre lo legal y lo ilegal en esta ciudad no está donde los mapas dicen que está.

La abogada asintió. Tomó nota.

En la segunda fila, un estudiante de Trabajo Social de la Universidad del Pacífico que hacía sus prácticas en la ONG escuchaba a Yolanda con la concentración de quien está aprendiendo algo que no está en los libros. No sabía quién era el padre de Yolanda. No tenía ninguna razón para saberlo.

Yolanda siguió hablando.

Roi y la noche de Vigo

La música del Mercado Negro tenía ese volumen calculado para que la conversación fuera posible pero costara algo, de manera que todo el mundo hablaba un poco más alto de lo normal y al cabo de una hora ya no lo notaba nadie. La luz era azul en la barra y amarilla en las mesas del fondo, y el olor mezclaba el alcohol de las copas con la colonia de docenas de personas en un espacio que a las doce de la noche ya no tenía aire que no hubiera pasado por alguien antes. Roi llevaba allí desde las once y no sentía ninguno de esos olores porque llevaba suficientes viernes en ese local como para que fueran parte del paisaje, indistinguibles del resto.

Había pedido la mesa del rincón, que era la que tenía el banco corrido y cabían seis sin apretarse. Sentada a su izquierda estaba Carla, que llevaba el pelo recogido de una manera que Roi no habría sabido describir pero que reconocía como la que más le gustaba. A su derecha, Marcos Conde, que trabajaba en la empresa de transporte de la familia desde hacía tres años y que en contextos como este era simplemente Marcos, el amigo. Frente a ellos, Hugo Barroso y su chica, cuyo nombre Roi sabía pero con la que nunca había tenido una conversación que durara más de diez minutos.

La quinta persona en la mesa era una botella de Moët que Roi había pedido al llegar sin consultar a nadie, lo cual nadie había cuestionado porque era el tipo de gesto que Roi hacía con suficiente naturalidad para que pareciera que era lo que correspondía hacer en ese momento y no una decisión unilateral.

—Brindamos —dijo Roi, y levantó la copa.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Carla.

—Por el viernes.

—Muy original.

—Funciona todos los viernes, que es lo importante.

Carla se rió. Era una risa que Roi conocía bien, la risa de cuando algo no le parece especialmente gracioso pero está de buen humor y el efecto es el mismo. Llevaban dos años, ella con su estudio de diseño en la calle Príncipe y él con los negocios que ella conocía en términos generales y no había profundizado en examinar, que era un equilibrio que habían encontrado sin negociarlo explícitamente y que funcionaba porque los dos preferían que funcionara.

Brindaron. La conversación se repartió: Marcos y Hugo hablaban de un partido que había habido ese día, los detalles técnicos de algo que a Roi le importaba poco pero que seguía con la atención suficiente para poder intervenir si hacía falta. Carla le contaba algo sobre un cliente nuevo, una marca de ropa que quería rehacer toda su identidad visual desde cero.

—¿Les diste precio? —preguntó Roi.

—Les di precio.

—¿Y?

—Dijeron que lo pensaban.

—Eso es que les parece caro.

—O que lo están pensando.

—Las dos cosas son lo mismo.

—No son lo mismo.

Roi la miró. Tenía esa manera de estar en desacuerdo sin que fuera una discusión, sin que el tono cambiara, lo cual era una habilidad que él reconocía aunque no la compartía porque él no tenía mucha paciencia con los desacuerdos que se extendían.

—Súbeles el precio —dijo.

—¿Cómo?

—Que si lo están pensando es porque les interesa pero quieren ver si cedes. No cedas. Súbeles un diez por ciento y diles que el presupuesto inicial tenía un error.

Carla lo miró durante un momento.

—Eso es un poco…

—¿Un poco qué?

—No sé. Agresivo.

—Es lo que funciona.

Carla volvió a su copa sin responder, que era su forma de decir que había escuchado sin confirmar que iba a hacer lo que le decían. Roi lo sabía y no insistió. Había aprendido con ella que insistir dos veces era el límite, que la tercera vez tenía un coste que no compensaba.

Marcos pidió otra ronda. Roi negó con un gesto hacia la botella, que todavía tenía.

A la una menos cuarto se excusó.

Fue al baño, que estaba en el pasillo del fondo pasando la barra secundaria, un pasillo estrecho donde la música llegaba amortiguada y el olor cambiaba. Entró, comprobó que los dos cubículos estaban vacíos, y salió al pasillo. Buscó la zona con menos ruido, que era el metro y medio entre la puerta del baño y la pared del fondo, y marcó.

Camilo cogió al segundo tono.

—Soy yo —dijo Roi.

—Dime.

—Lo del jueves. ¿Confirmado?

—Confirmado. Misma ventana, distinta cantidad.

—¿Cuánto distinta?

—El doble del último.

Roi procesó eso un momento. El doble del último era una variación que no había esperado, que lo obligaba a recalcular algunas cosas en el lado de recepción, aunque no era un problema irresoluble sino uno de los que requerían una llamada más antes del jueves.

—Necesito dos días para ajustar el lado de acá.

—Tienes hasta el miércoles.

—¿Y el otro tema?

—Resuelto —dijo Camilo.

Eso hizo sonreír a Roi, no una sonrisa visible para nadie sino el tipo de relajación muscular que ocurre cuando una preocupación que llevaba días instalada en algún sitio del cuerpo se suelta de golpe. El otro tema llevaba dos semanas siendo el otro tema y que Camilo dijera resuelto con ese tono plano que usaba para todo significaba que efectivamente estaba resuelto y que no había que preguntar más sobre ello.

—Bien —dijo Roi.

—Miércoles —repitió Camilo, y colgó.

La conversación había durado dos minutos y cuarenta segundos. Roi guardó el teléfono y volvió al pasillo. Antes de entrar de nuevo al ruido del local se quedó diez segundos en ese espacio intermedio, el pasillo donde la música era todavía manejable. Era un hábito que había adquirido sin proponérselo: el momento de transición entre lo que hacía fuera de la mesa y lo que hacía en la mesa.

Volvió.

—Otra botella —le dijo al camarero al pasar por la barra.

—¿Misma referencia?

—La misma.

En la mesa Marcos estaba contando algo que había provocado que Hugo se riera con esa risa de quien está un poco bebido y todo le parece más gracioso de lo que es. Carla miraba el teléfono con la expresión de concentración que ponía cuando revisaba algo de trabajo aunque fuera viernes a la una de la mañana, lo cual era algo que Roi había dejado de comentarle porque ella no lo comentaba cuando él revisaba los suyos.

—¿Todo bien? —dijo ella sin levantar los ojos del teléfono.

—Todo bien.

La segunda botella llegó. Roi sirvió. La conversación continuó con esa inercia de las noches de viernes que han encontrado su velocidad de crucero y ya no necesitan esfuerzo para sostenerse. Roi era bueno en eso, en ser la presencia que hace que las cosas continúen: sabía cuándo hablar y cuándo escuchar, sabía cuándo pedir otra copa y cuándo proponer marcharse a otro sitio, tenía ese calibrado social que su tía Manuela tenía también pero que en ella era invisible y en él era todavía un poco visible si uno sabía dónde mirar.

A las dos Marcos dijo que se iba, que tenía el coche cerca. Hugo y su chica se marcharon con él. Quedaron Roi y Carla.

—¿Nos quedamos? —preguntó Roi.

Carla miró alrededor del local, que a esa hora estaba en su punto más lleno y más ruidoso.

—Un rato más.

Un rato más fue una hora. Hablaron, o más bien estuvieron en la misma mesa con la música de fondo haciendo el trabajo de llenar el silencio, que era perfectamente cómodo y no necesitaba ser llenado con palabras. Roi pagó la cuenta cuando Carla fue al baño, en efectivo, porque pagaba en efectivo en este tipo de sitios por

costumbre, una costumbre que su tía le había transmitido sin explicarle por qué y que él había adoptado sin preguntarlo.

Fuera hacía el frío de Vigo en noviembre, ese frío húmedo que no es el más intenso del invierno pero que tiene una presencia constante, sin picos, de la que es difícil protegerse del todo. Cogieron un taxi en la parada de la calle Uruguay.

Carla se apoyó en él desde el primer semáforo. En cinco minutos se quedó dormida, o en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia que produce la combinación del alcohol con el calor del taxi y el movimiento. Tenía el pelo suelto ahora, que se había recogido durante la noche en algún momento y que él no había visto soltarse. La respiración era regular y algo más profunda que cuando estaba despierta.

Roi miraba por la ventanilla.

El taxi bajaba hacia el centro por la avenida de Madrid y desde allí tomaba hacia el puerto. A esa hora había poca circulación y el conductor iba a buen ritmo, de manera que el paisaje de la ciudad pasaba a una velocidad que permitía verlo sin que se detuviera. Los bloques de viviendas con algunas ventanas todavía encendidas, los bares cerrando, la luz de los semáforos en una ciudad que a las tres de la mañana se regía por su propio protocolo.

Cuando el taxi giró en la rotonda del puerto, Roi vio las luces del muelle.

Las grúas del puerto seguían encendidas aunque no hubiera operación visible a esa hora, esas luces altas de los focos que iluminan los contenedores y que desde la distancia tienen un brillo particular, más blanca y más fría que cualquier otra luz de la ciudad. Más allá, donde las luces terminaban, estaba la ría, que de noche no se veía pero se intuía por la oscuridad diferente que tenía esa zona del horizonte, una oscuridad sin edificios ni postes que era la del agua abierta.

El miércoles tenía que hacer dos llamadas. Una a Sindo, que manejaba el punto de recepción en la zona de Vilagarcía y que necesitaba saber el cambio de volumen con suficiente antelación para ajustar el almacén. Otra a Luís, que coordinaba el transporte en tierra desde la costa hasta los puntos de distribución y que era el eslabón más sensible de toda la cadena porque era el que más tiempo pasaba en movimiento con la mercancía y el que menos margen tenía si algo salía mal.

El doble del último.

Era buena noticia. Era lo que Roi había pedido que sucediera, que el volumen subiera, que la operación escalara hacia lo que debería ser en lugar de mantenerse en el nivel conservador que su tía había impuesto durante años. Manuela pensaba en la permanencia, en no llamar la atención, en que lo que funciona se deja como está. Roi pensaba que lo que funciona se puede hacer funcionar más, y que la diferencia entre una operación pequeña y una mediana no era solo de cantidad sino de estructura, de qué tan sólida quedaba la red cuando había más nodos.

No se lo había dicho así a Manuela. Con Manuela había aprendido que las conversaciones directas sobre estas cosas tenían un coste. Era una lección que había tardado en aprender y que todavía aplicaba con más esfuerzo del que le gustaría.

Carla respiró diferente un momento, ese ajuste de la respiración que ocurre en el sueño sin que la persona se despierte. Roi bajó un centímetro el hombro para que ella estuviera más cómoda. Lo hizo sin pensarlo.

El taxi salió del área del puerto y empezó a subir hacia el barrio de Coia, donde Carla tenía el piso. Las luces del muelle desaparecieron detrás de los edificios.

Roi siguió mirando por la ventanilla los bloques de viviendas, las calles mojadas, la geometría ordinaria de la ciudad de noche, y

pensó en el miércoles con esa parte de su cabeza que nunca terminaba de apagarse del todo, ni en viernes ni en ningún otro día de la semana.

Bogotá: aterrizaje

Desde la ventanilla del avión, Bogotá era una mancha gris extendida entre montañas verdes, tan grande que no cabía en el campo visual si uno intentaba verla completa. Habían bajado entre nubes durante veinte minutos y luego las nubes habían desaparecido de golpe y la ciudad había aparecido debajo sin aviso, sin el proceso gradual al que Perico estaba acostumbrado llegando a Vigo o a Madrid, donde la ciudad crece despacio desde los suburbios hasta el centro. Aquí era de repente toda: dos mil metros cuadrados de cemento y tejado y autopista encajados en un altiplano que los Andes rodeaban por tres lados con esa indiferencia de las cosas muy grandes hacia las cosas que ocurren a sus pies.

El avión tocó tierra a las cinco cincuenta de la mañana hora local. Perico llevaba once horas en tránsito contando la escala en Madrid y tenía el cuello en el estado específico de los cuellos que han dormido dos horas en un asiento de clase turista con el apoyo en el ángulo equivocado. Salió del avión y el frío lo encontró en el finger, que no estaba climatizado, un frío seco y limpio que no tenía nada que ver con el frío húmedo de Vigo y que a esa altitud entraba por la nariz con una precisión que parecía intencional.

Dos mil seiscientos metros. Lo sabía de antes pero saberlo no había preparado los pulmones para el primer intento de respirar hondo, que produjo menos resultado del esperado.

En el control de pasaportes había una cola de setenta personas. Perico esperó cuarenta minutos. El funcionario miró el pasaporte, miró a Perico, devolvió el pasaporte. No hubo preguntas. La tarjeta de migración decía visita de negocios, que era la categoría más amplia y la que menos explicaciones requería.

Ospina estaba en el área de llegadas internacionales con un papel en la mano donde ponía LOSADA, mayúsculas, sin más. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, ancho de hombros, con el bigote entrecano de los hombres que llevan bigote desde antes de que fuera opcional y que ya no se lo plantean. Llevaba una chaqueta de cuero marrón que había sido buena y que ahora era cómoda, que es la siguiente fase.

—Inspector Losada —dijo.

—Perico.

Ospina lo miró un momento.

—Ospina —dijo, y recogió el papel sin más protocolo.

Salieron por la puerta principal. El coche era un Chevrolet Captiva gris sin ningún distintivo, aparcado en zona de prohibido con las balizas puestas. Un vigilante de seguridad del aeropuerto estaba a tres metros mirando hacia otro lado con la concentración de quien está siendo pagado por mirar hacia otro lado.

Ospina condujo sin hablar durante los primeros diez minutos, que empleó en salir del área del aeropuerto y tomar la autopista norte. Bogotá a las seis y media de la mañana tenía el tráfico de las ciudades que no terminan de dormirse nunca: no era el caos del mediodía pero tampoco era la ciudad vacía de la madrugada, era ese estado intermedio de los camiones de reparto y los taxis y la gente que entra a trabajar de mañana.

—¿Durmió en el avión? —preguntó Ospina.

—Algo.

—El hotel está en la calle noventa y tres. Puede descansar hasta las dos. A las tres tenemos la reunión en la DIJIN.

—¿Quién estará?

—Mi unidad. Cuatro personas. Y el jefe de sección, que quiere conocerle.

—¿Para qué quiere conocerme?

Ospina tardó un segundo.

—Para saber con quién está trabajando —dijo.

Era una respuesta que tenía dos lecturas y Ospina no aclaró cuál era la correcta, lo cual era posiblemente la respuesta en sí misma. Perico no preguntó más.

La autopista norte pasaba por barrios que cambiaban de carácter cada pocos kilómetros: zonas industriales, conjuntos residenciales cerrados, centros comerciales, espacios sin terminar con lotes baldíos y vallas publicitarias. Bogotá no era una ciudad que se pudiera leer en una dirección. Era muchas ciudades apiladas en el mismo espacio y atravesadas por la misma malla de autopistas, y entenderlas requería un tiempo que Perico no tenía.

—El clan Ríos —dijo Perico.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que no está en los informes que me mandaron.

Ospina cambió de carril antes de responder. Era un conductor que usaba los espejos con más frecuencia de lo habitual, un hábito que probablemente no era solo de conducción.

—Los informes tienen lo que se puede escribir —dijo—. Lo que no se puede escribir es que llevan veinte años y siguen ahí. Eso no es suerte. Es estructura.

—¿Qué tipo de estructura?

—Del tipo que tiene raíces en muchos sitios al mismo tiempo. Legal e ilegal en el mismo árbol.

—¿La finca?

—La finca es la parte visible. La finca existe, paga impuestos, tiene peones con contrato, vende café a la cooperativa. Todo real. Todo verificable.

—¿Y debajo?

—Debajo hay lo que hay debajo —dijo Ospina—. Por eso llevamos tres años sin poder meter nada que sirva para un juicio.

Perico miró por la ventanilla. Un camión de leche adelantó al Captiva por la derecha con esa indiferencia de los camiones de reparto que consideran las normas de tráfico como orientativas.

—¿Cuántos en la familia? —preguntó Perico.

—El patriarca, Ernesto. Sesenta y cinco años. Dos hijos y una hija con roles activos. El hermano del patriarca maneja la seguridad. Hay más familia extendida pero los que importan son esos cinco.

—¿La hija?

—Yolanda. Trabajo social. ONG en Buenaventura. —Ospina hizo una pausa que no era duda sino selección—. La más complicada de encuadrar.

—¿Por qué?

—Porque hace lo que dice que hace. La ONG es real, el trabajo es real, los resultados son verificables. Y al mismo tiempo…

No terminó la frase. Perico no le pidió que la terminara.

El hotel estaba en una calle residencial de Chapinero Alto, un edificio de diez plantas con portería y cámara en la entrada. La habitación era funcional y tenía una ventana que daba a un patio interior, lo cual significaba que no había vista pero sí silencio, que a las siete de

la mañana después de once horas de tránsito era la variable más importante.

Perico dejó la maleta sin abrir y durmió hasta la una.

Se despertó con el mismo cuello de antes pero con la cabeza más clara, que era el intercambio habitual. Se duchó, comió algo en el restaurante del hotel, un caldo de costilla que el menú llamaba de otra manera pero que era eso, y a las dos y cuarenta Ospina lo recogió abajo.

La sede de la DIJIN en Bogotá estaba en una zona institucional del norte, un edificio sin señalización exterior relevante con una reja y dos guardias. Entraron por un acceso lateral. La reunión fue en una sala sin ventanas del tercer piso, una mesa rectangular con seis sillas y un proyector que alguien había instalado esa mañana y que tardó cuatro minutos en conectarse correctamente.

El jefe de sección se llamaba Coronel Vargas, cincuenta años, uniforme, el tipo de hombre que da la mano con la suficiente firmeza para que sea información. Saludó a Perico, le agradeció la colaboración institucional en los términos en que se agradecen estas cosas, y se sentó al fondo de la mesa. Habló una vez más en toda la reunión.

Los otros tres eran analistas de la unidad de Ospina: dos mujeres y un hombre joven que tomó notas durante toda la sesión sin hacer ninguna pregunta.

Ospina abrió el dossier.

Eran cuarenta y dos páginas más fotografías. Las fotografías estaban al final, en una sección separada con pestañas de color, y cuando Ospina llegó a ellas las extendió sobre la mesa en una fila.

Ernesto Ríos Castaño, decía el primero. La foto era de vigilancia, tomada desde distancia, en el patio de lo que parecía una finca. Un hombre gordo de pelo blanco, de espaldas en parte, mirando algo fuera del encuadre. Perico reconoció la postura antes de leer el

nombre: era la postura de alguien que está supervisando algo, los pies separados, el peso ligeramente hacia adelante.

Camilo Ríos. Foto de calle, Medellín, zona del Poblado. Traje oscuro, teléfono en la mano, entrando a un edificio. La foto lo cogía de perfil y en movimiento, de manera que lo que transmitía era velocidad, aunque la velocidad fuera simplemente la de cruzar una acera.

Yolanda Ríos. Foto exterior, Buenaventura. Delante de un edificio con un cartel que Perico no alcanzaba a leer completo pero que terminaba en *...derechos humanos*. Ella miraba hacia el fotógrafo o hacia algo cerca del fotógrafo, con una expresión que no era ni alerta ni relajada.

Gustavo Ríos. Foto antigua, mala calidad. Un hombre con bigote mirando hacia abajo.

Perico las miró en orden, de izquierda a derecha, y no dijo nada. El narrador tampoco.

Ospina siguió con el dossier. La estructura financiera, las propiedades registradas a nombre de la familia, las empresas relacionadas, los contactos documentados en Europa. Cuando llegó a la sección de contactos europeos, había tres páginas. En ninguna de las tres páginas aparecía nada relacionado con Galicia o con los Valeiras, lo cual no significaba que no existiera sino que la DIJIN no lo había encontrado todavía.

—La conexión europea —dijo Perico.

—Tenemos indicios de dos rutas activas —dijo Ospina—. Una por Holanda. Otra por España, pero sin precisión geográfica todavía.

—La ruta española pasa por Vigo.

Ospina lo miró.

—¿Lo puede documentar?

—Puedo documentar el extremo español. Necesito el extremo colombiano.

—Para eso está usted aquí —dijo el Coronel Vargas desde el fondo de la mesa. Fue lo segundo y último que dijo en toda la reunión.

A las seis Perico estaba de vuelta en el hotel. La habitación tenía la misma temperatura que antes, el mismo silencio del patio interior, la maleta todavía sin abrir. La abrió, sacó la ropa necesaria para los próximos días, la colgó donde había perchas. Costumbre de orden que había adquirido en los primeros años de trabajo cuando los desplazamientos eran frecuentes y había aprendido que vivir de la maleta abierta en el suelo generaba un estado mental que no era útil.

Llamó a Nieto.

—Llegué bien —dijo.

—¿Y?

—Aquí hay más de lo que pensábamos.

Una pausa.

—Cuánto más.

—No lo sé aún —dijo Perico—. Pero el dossier que tienen ellos sobre la familia principal tiene cuarenta y dos páginas y tres años de trabajo y no han podido meter nada procesable. Eso dice algo de la estructura.

—¿Cooperan?

—De momento sí.

—¿Y el contacto?

Perico pensó un segundo en Ospina, en los espejos del coche, en las frases que no había terminado.

—Coopera —dijo.

Nieto no preguntó más sobre eso.

—Una semana —dijo.

—Lo sé.

Colgó.

Por la ventana del patio interior no había nada que ver, solo la pared del edificio de enfrente y las ventanas de otras habitaciones, la mayoría con las persianas bajadas. Perico se quedó mirando esa pared el tiempo suficiente para que la cabeza terminara de situarse en el lugar donde estaba, que era un hotel en Bogotá a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, con las fotos de cuatro personas encima de una mesa del tercer piso de un edificio sin señalización a quince minutos en coche.

Abrió la libreta.

En la primera página en blanco dibujó un rectángulo y escribió dentro: *La Esmeralda, Jericó (Antioquia).* Debajo del rectángulo escribió cinco nombres. Luego trazó una línea desde el rectángulo hacia la derecha, hacia el margen de la página, y al final de la línea escribió: *Buenaventura.*

Desde Buenaventura trazó otra línea hacia arriba, hacia la esquina superior derecha de la página, y escribió: *Atlántico.*

Luego cerró la libreta porque el resto todavía no tenía nombre.

La misa en Jericó

El olor de la iglesia de Jericó era el mismo desde que Ernesto tenía memoria de entrar en ella: cera quemada, incienso que se había acumulado en la madera de los bancos durante décadas hasta volverse parte de la madera misma, y debajo de todo eso el olor frío de la piedra, que en las iglesias viejas de Antioquia tiene una temperatura propia independiente de la que haga afuera. Ernesto se persignó en la pila del agua bendita, como siempre, y caminó hasta el cuarto banco a la derecha del pasillo central, que era el banco de la familia desde antes de que él pudiera llamarlo suyo.

Eran las nueve menos diez. La iglesia estaba a media capacidad, que para el primer domingo de mes en Jericó era lo normal: venía la gente del pueblo y venía también la de las fincas de los alrededores, de manera que en los bancos se mezclaban las señoras con vestido de domingo y los hombres con ropa de campo que se habían puesto la camisa limpia para la ocasión. Ernesto era de los segundos. Llevaba pantalón de dril y camisa blanca, sin corbata, con los botones superiores abiertos porque el protocolo de Dios, en su experiencia, no requería corbata.

Puso las manos sobre las rodillas y esperó.

Conocía la iglesia de Jericó de una manera que va más allá de saber cómo es: la conocía con el cuerpo, con el ángulo específico en que los rayos de sol entraban por las ventanas laterales a las nueve de la mañana en distintas épocas del año, con el sonido que hacía el órgano cuando el padre Aristizábal tocaba y cuando lo tocaba el muchacho que lo había reemplazado los últimos dos años y que tenía buena técnica pero menos peso en las notas graves. Conocía el crujido del tercer escalón del presbiterio y el banco que estaba flojo en el lado izquierdo y que nadie había arreglado en diez años. Conocía la Virgen del altar mayor, una talla colonial de madera policromada a la que le faltaba un dedo del pie derecho desde que un terremoto menor en los años ochenta la había hecho caer, y a la que nadie había reparado el dedo porque el padre anterior había dicho que así era más auténtica y el padre Aristizábal había mantenido esa posición.

El padre Aristizábal tenía sesenta y tres años, llevaba dieciséis en Jericó, y era de los sacerdotes que leen el evangelio como si lo estuvieran contando por primera vez, que es una habilidad más rara de lo que parece. Ernesto lo apreciaba por eso entre otras cosas.

La misa comenzó.

Ernesto siguió cada parte con la atención de quien sabe lo que viene y aun así lo atiende. Las lecturas, el salmo, la homilía. El padre Aristizábal habló ese domingo sobre la parábola del hijo pródigo, que Ernesto conocía de tantas lecturas que podría haberla recitado de memoria, pero que en boca del padre Aristizábal tenía siempre algún ángulo que Ernesto no había considerado o que había considerado y olvidado lo suficiente como para que sonara nuevo. Ese domingo el padre habló de la figura del padre en la parábola, no del hijo. Habló de lo que significa esperar a alguien que se fue, y de la diferencia entre esperar con rencor y esperar sin él, y de que la parábola no dice nada sobre si el padre supo siempre que el hijo volvería o si simplemente esperó sin saber.

Ernesto escuchó esa parte con una atención particular.

En la consagración se arrodilló con el esfuerzo que le costaba arrodillarse desde hacía dos años, las rodillas que anunciaban su edad con una puntualidad que el resto del cuerpo no tenía todavía. No era dolor, era incomodidad, que era la fase previa al dolor y que en su experiencia era la más larga. Se arrodilló igualmente, porque arrodillarse en la consagración era lo que correspondía y el cuerpo no era argumento suficiente para no hacer lo que correspondía.

Comulgó. Volvió al banco. Cerró los ojos y se quedó en ese estado que no era exactamente oración pero que tampoco era otra cosa: una disposición, una apertura, algo que con los años había aprendido a distinguir de los pensamientos ordinarios aunque no tuviera un nombre preciso para ello. En ese estado no pensaba en la finca ni en Camilo ni en el contador de la Vega ni en ninguna de las cosas que esperaban fuera. Eso podía esperarlas. Veinte minutos podía esperarlas.

El padre Aristizábal dio la bendición final.

La gente empezó a salir con esa lentitud específica de las iglesias de pueblo, donde la misa es también ocasión de ver a quien no se ha visto en la semana y donde las conversaciones en el atrio forman parte del ritual tanto como las lecturas. Ernesto saludó a cuatro o cinco personas en el pasillo, intercambios breves, el nombre, la pregunta por la familia, la respuesta corta. Era una conversación que podía sostener en paralelo con otra cosa, lo cual no era descortesía sino la economía de alguien que ha pasado muchos años en muchas conversaciones de esas.

En el atrio, el padre Aristizábal estaba despidiéndose de los feligreses uno a uno con ese método de los buenos párrocos de pueblo que consiste en no dejar marchar a nadie sin al menos una frase personalizada. Cuando llegó a Ernesto lo tomó del brazo, que era un gesto que reservaba para los que llevaban mucho tiempo en su feligresía.

—Don Ernesto. ¿Cómo está la familia?

—Bien, padre. Los nietos creciendo.

—¿Y doña Carmen? —preguntó el padre, que seguía nombrando a la esposa de Ernesto aunque llevaba siete años muerta, no por olvido sino porque era su manera de incluirla en la conversación.

—Bien, donde esté —dijo Ernesto.

El padre asintió.

Se quedaron en el atrio mientras los últimos feligreses salían. El sol de la mañana caía oblicuo sobre las baldosas del atrio y sobre la fachada blanca de la iglesia, que en esa luz tenía un blanco casi doloroso. Abajo, en la plaza, la gente se dispersaba hacia los cafés y hacia los carros aparcados en la vuelta.

—¿Cómo ve el pueblo, padre? —preguntó Ernesto.

El padre Aristizábal miró la plaza un momento antes de responder.

—Lo veo como siempre —dijo—. Algunos se van, los jóvenes principalmente. Los que se quedan envejecen. Es el ciclo.

—¿Y los que se van vuelven?

—Algunos. Los que encuentran que afuera no era lo que pensaban.

—¿Y los que no vuelven?

—Esos mandan plata —dijo el padre, con el tono seco y sin amargura de quien describe una realidad que no aprueba ni condena —. Y sus hijos ya no hablan de aquí como si fuera de ellos.

Ernesto asintió. Era una conversación que tenían en distintas versiones cada primer domingo de mes, variaciones sobre el mismo tema, que era el tema de los pueblos de montaña de Colombia que llevaban cincuenta años perdiendo gente hacia las ciudades y que habían aprendido a vivir con esa pérdida sin resolverla.

—El muchacho de los Giraldo se fue a Medellín —dijo el padre—. El mayor. Tenía el mejor pulso para el café de toda la vereda.

—Lo sé. El papá está triste.

—¿Usted conoce al papá?

—De toda la vida.

El padre lo miró con esa mirada de los párrocos que han escuchado muchas confesiones y que por tanto tienen una capacidad de atención particular hacia las cosas que no se dicen.

—Usted conoce a todo el mundo, don Ernesto.

—A los que llevan tiempo —dijo Ernesto.

Se despidieron con el apretón de mano de siempre, el del padre más suave y el de Ernesto más firme, y Ernesto bajó los escalones del atrio hacia donde había dejado el carro.

El camino de vuelta a La Esmeralda tardaba veintidós minutos desde la iglesia, por la carretera principal hasta el desvío y luego por el camino de tierra que subía hacia la finca. Ernesto lo conocía tan bien

que podía hacerlo sin pensar en él, lo cual significaba que durante esos veintidós minutos podía pensar en otras cosas o no pensar en nada, según lo que necesitara.

Ese domingo no necesitaba pensar en nada en particular.

La carretera principal pasaba por el borde del casco urbano de Jericó antes de salir al campo, y desde el carro se veía el mercado que los domingos ocupaba parte de la plaza secundaria: los puestos de fruta, las mesas de ropa, el señor de los sombreros que llevaba allí desde que Ernesto era joven y que ahora tenía un hijo que lo ayudaba con la misma disposición calmada con que él lo había hecho siempre. Ernesto los vio pasar por la ventanilla sin detenerse.

En el desvío tomó el camino de tierra.

El camino estaba seco porque llevaba dos semanas sin llover en esa parte de la montaña, lo cual era inusual para la época y que los finqueros de la zona miraban con la atención con que se miran las cosas que se salen de lo habitual sin ser todavía motivo de alarma. Las cunetas tenían el polvo ocre de la tierra de Antioquia, y cuando el carro lo levantaba quedaba flotando un momento antes de posarse de nuevo.

A ambos lados del camino, entre los potreros y los cafetales, los guayacanes estaban en flor.

Era la época. Los guayacanes de la región florecían todos más o menos al mismo tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, y el resultado era que el paisaje de la montaña tenía por unas semanas ese amarillo intenso que no se parecía a ningún otro amarillo, no al del sol ni al de ninguna fruta, sino al amarillo propio de esa flor que dura poco y mientras dura lo ocupa todo.

Ernesto los miró desde el carro con el aprecio de quien ha visto ese amarillo muchas veces y sabe que cada vez que lo ve puede ser o no ser la última, no porque algo vaya a ocurrir sino porque esa es la condición de todas las cosas que tienen temporada.

En la entrada de la finca, Rodrigo, el capataz, esperaba apoyado en la cerca. Era un hombre de cuarenta y siete años que llevaba doce en La Esmeralda y cuya presencia en la entrada un domingo significaba que había algo que no podía esperar hasta el lunes.

Ernesto bajó del carro.

—Don Ernesto —dijo Rodrigo.

—Rodrigo.

—El contador de la Vega. Estuvo ayer preguntando en la cooperativa. Por el lote norte.

Ernesto esperó.

—Preguntó por los volúmenes del año pasado. Y por con quién trabajamos en el transporte.

—¿Quién le contestó?

—Nadie le contestó nada. Pero preguntó.

Ernesto asintió una vez. Miró un momento hacia los cafetales del lado norte, donde la pendiente subía entre las matas ordenadas y el verde tenía esa densidad de los cafetales bien cuidados que parece artificial aunque no lo sea.

—Bien —dijo.

Rodrigo entendió que la conversación había terminado. Dio media vuelta y caminó hacia los establos.

Ernesto entró a la casa.

En el corredor, antes de llegar al comedor donde Amparo estaría preparando el almuerzo, se detuvo un momento junto a la imagen de la Virgen que tenía en la hornacina de la pared, la misma que su madre había puesto allí cuarenta años antes y que él había dejado donde estaba porque no había ninguna razón para moverla.

La miró el tiempo que necesitó.

Luego siguió hacia el comedor, donde ya llegaba el olor del sancocho y donde los nietos hacían ruido en algún cuarto del fondo, y donde el domingo continuaba como continuaban los domingos en La Esmeralda, que era la manera en que Ernesto había querido que continuaran siempre.

El contador de la Vega podía esperar hasta mañana.

No más.

Brais y Manuela

El aparcamiento del Centro Penitenciario de A Lama tenía el asfalto húmedo de la noche anterior y unas manchas de aceite cerca de la zona de autobuses que llevaban allí el tiempo suficiente para que el color se hubiera vuelto parte del suelo. Manuela aparcó el Touareg en el extremo del aparcamiento, lejos de los otros coches, no porque necesitara el espacio sino porque era el sitio desde donde se veían mejor las montañas del interior de Pontevedra, que a esa hora de la mañana tenían la neblina a media altura, partidas en dos: el verde oscuro de los pinos abajo y la gasa gris de la niebla arriba, como si alguien hubiera cortado el paisaje con una línea horizontal y dejado cada mitad en una temperatura distinta.

Sacó del asiento trasero la bolsa de tela con el táper de arroz con leche y la empanada envuelta en papel de aluminio. La empanada era de bacallau, que era la que Brais prefería desde pequeño y que Manuela seguía haciendo aunque hubiera tardado dos horas la noche anterior, un miércoles por la noche, después de un día largo, porque algunas cosas no se ajustan a la conveniencia.

Entró por la puerta principal.

El protocolo del primer jueves de mes era siempre el mismo: mostrar el documento, registrar la bolsa en la ventanilla de control, esperar a que llamaran el número de turno, pasar por el arco, esperar en la

sala de espera del locutorio hasta que abrieran la puerta de acceso. Manuela conocía cada parte de ese protocolo con la misma precisión con que conocía la ruta de la lonja o el camino al penal de A Lama, que eran rutas distintas hacia el mismo tipo de necesidad.

El locutorio olía a plástico y a un desinfectante que no era exactamente limpieza sino la versión institucional de la limpieza, el olor de los sitios donde la higiene es obligación y no costumbre. Las cabinas tenían el separador de metacrilato rallado a la altura de los ojos, la repisa estrecha donde los visitantes ponían los codos porque si no ponían los codos no sabían qué hacer con los brazos, el teléfono negro de plástico con el cable corto que obligaba a una proximidad con el aparato que resultaba incómoda la primera vez y que luego pasaba a ser simplemente la distancia correcta.

Brais entró por la puerta del fondo cuatro minutos después de que Manuela se hubiera sentado.

Había adelgazado desde la última visita, no mucho pero sí lo suficiente para que ella lo notara en la manera en que le quedaba el jersey azul que ella le había llevado en octubre. Tenía el pelo más corto también, recién cortado, y la barba de tres días que llevaba desde que era joven y que en la cárcel tenía una longitud más regular que fuera, probablemente porque allí la navaja era un trámite y no una decisión.

Se sentaron a la vez, los dos al mismo tiempo, sin coordinarlo.

—¿Cómo vienes? —dijo Brais.

—Bien. Hay niebla en los puertos.

—Aquí también. Toda la semana.

Manuela puso el teléfono entre el hombro y la oreja, que era la postura que había adoptado después de las primeras visitas cuando entendió que sostenerlo con la mano durante cuarenta minutos cansaba más de lo que parecía.

—Traje empanada —dijo.

—¿De bacallau?

—¿De qué iba a ser?

Brais asintió. No sonrió exactamente pero algo en la expresión cambió, un asentamiento, como cuando una cosa encaja en el sitio que le corresponde.

—¿Y los críos? —preguntó él.

—Los de Roi bien. Los de Sonia también. El mayor de Sonia sacó buenas notas.

—¿El Adrián?

—Ese. Tiene cabeza para los números.

—Como el abuelo.

—Como el abuelo —dijo Manuela, y lo dijo sin énfasis, como una constatación, que era la manera en que hablaba de su marido muerto cuando lo nombraba, que no era frecuente.

A tres metros, en la cabina del lado, una mujer joven hablaba con alguien que desde donde estaba Manuela no se veía bien, solo el brazo y parte de la camisa. La mujer hablaba en voz baja y rápida, con la urgencia de quien tiene muchas cosas que decir y poco tiempo, y el funcionario que estaba sentado en el extremo de la sala miraba la pared de enfrente con la expresión de quien está presente sin estar.

—La semana pasada hubo movimiento por el muelle dos —dijo Brais.

Lo dijo en el mismo tono que había usado para preguntarle por el Adrián. La transición era imperceptible si uno no sabía que estaba ocurriendo.

—¿Sí? —dijo Manuela.

—Me lo dijo Caneda. Que estuvo la verde más tiempo del habitual. Dos turnos seguidos en la misma zona.

Manuela procesó eso sin que cambiara nada en su postura ni en su expresión. La verde era la Guardia Civil. El muelle dos era el muelle de la zona de Vilagarcía que los Valeiras usaban para ciertos movimientos de mercancía cuando el canal principal de Cambados tenía demasiada presencia institucional. Dos turnos seguidos en la misma zona no era una inspección rutinaria.

—Caneda trabaja en el muelle —dijo Manuela.

—Desde hace tres años. Es de fiar.

—¿Qué más dijo?

—Que no hubo retén, no hubo documentación. Solo presencia. Como si estuvieran mirando.

—¿Cuándo fue?

—El martes de la semana pasada y el miércoles por la mañana.

Manuela miró un momento hacia el cristal, no hacia Brais sino al punto donde el metacrilato tenía un raya diagonal que alguien había hecho en algún momento con algo duro y que había quedado allí desde entonces.

—Bien —dijo.

—¿Bien cómo?

—Bien que lo sé.

Brais la miró. Conocía esa respuesta, que no era una respuesta sino el cierre de una parte de la conversación y el inicio de otra, y que en su madre significaba que había registrado la información y que ya no era necesario hablar más de ello.

—El de la gasolinera —dijo Manuela— necesita que alguien le confirme el calendario de febrero. Dile a Caneda que cuando pueda pase por allí. Que pregunte por Moncho y que le diga que el calendario sigue igual que en diciembre.

—¿Igual que en diciembre?

—Igual.

Brais asintió. No preguntó qué significaba igual que en diciembre ni quién era Moncho exactamente ni por qué el mensaje tenía que ir por Caneda en lugar de por otro camino. Esas preguntas no formaban parte del protocolo porque el protocolo era precisamente no hacerlas.

—¿Cómo está Roi? —preguntó Brais.

—Roi está Roi.

—¿Peor?

—Igual.

—A ese chico —dijo Brais, y dejó la frase ahí, donde la dejaban todos cuando hablaban de Roi, que era justo antes del punto donde la frase se volvería una crítica explícita y donde nadie en la familia quería llegar.

—Ya —dijo Manuela.

Hubo una pausa que no era silencio incómodo sino el silencio de dos personas que llevan mucho tiempo comunicándose.

—¿Y el abogado? —dijo Brais.

—Xulia dice que para el verano.

—¿El verano de este año?

—Eso dice ella.

—Dieciséis meses —dijo Brais. Lo dijo sin amargura visible, como un dato, como quien anuncia el tiempo que falta para algo que va a ocurrir de todas formas y que por tanto no requiere reacción emocional particular.

—Se pasa —dijo Manuela.

—Se pasa.

La mujer de la cabina del lado había empezado a llorar, en silencio, con esa contención de quien está llorando en un sitio público y no quiere que se note aunque se note. El funcionario del fondo siguió mirando la pared.

Brais miró a su madre.

—¿Y tú? —dijo.

—¿Yo qué?

—Cómo estás. De verdad.

Manuela sostuvo la mirada de su hijo sin apartar los ojos, que era algo que hacía siempre y que algunas personas interpretaban como firmeza y que era simplemente la manera en que miraba a las cosas, directamente, porque mirar de lado le parecía un gasto innecesario de esfuerzo.

—Bien —dijo.

—Mamá.

—Bien, Brais.

Él la siguió mirando un momento más, con esa paciencia que había desarrollado en los últimos tres años, la paciencia de alguien que tiene tiempo y que ha aprendido a usarlo en lugar de pelearse con él.

—¿Duermes? —preguntó.

—Lo suficiente.

—¿Cuánto es lo suficiente?

—Lo que necesito.

Brais dejó pasar esa respuesta.

—Rosario me manda recuerdos —dijo Manuela, cerrando esa parte de la conversación con el nombre de la cuñada, que era una manera de volver al territorio de lo concreto.

—Dale tú los míos.

—Se los doy.

Hablaron de otras cosas los últimos diez minutos: el partido del Celta que habían pasado por la televisión del módulo, la obra que estaban haciendo en el patio norte del penal que llevaba dos meses y que según Brais iba a llevar dos más, la cena del módulo la noche anterior que había sido mejor de lo habitual porque habían traído merluza en lugar del bacalao en salazón con que solían cerrar la semana. Eran conversaciones que no transportaban ninguna información operativa y que sin embargo eran necesarias, que eran la parte de la visita que Manuela no habría sabido suprimir aunque hubiera querido, que era el tiempo en que ella y su hijo eran simplemente ella y su hijo.

Cuando el funcionario anunció que quedaban cinco minutos, Brais recogió el teléfono que había dejado un momento en la repisa.

—La empanada —dijo.

—En el táper de los azules. El arroz con leche también.

—¿Le pusiste canela?

—Le puse canela.

Brais asintió.

—Bueno —dijo.

—Bueno —dijo Manuela.

Se levantaron otra vez a la vez, sin coordinarlo.

Cuando la puerta del fondo se cerró detrás de Brais, Manuela esperó hasta no verlo antes de recoger el bolso y levantarse.

El aparcamiento estaba igual que cuando había llegado, el asfalto húmedo, las manchas de aceite, el Touareg en el extremo. Hacía más frío que antes o el mismo frío que antes pero ahora más perceptible, que era lo que pasaba cuando se salía de un espacio cerrado hacia el exterior en noviembre en Galicia.

Manuela se quedó junto al coche sin entrar.

Las montañas del interior de Pontevedra seguían allí con la niebla a media altura, pero en los cuarenta y cinco minutos que había durado la visita la niebla había subido algo, no mucho, lo suficiente para que el verde de los pinos ocupara más espacio en el paisaje y el gris de la niebla menos. Era el tipo de cambio que solo se nota si uno ha mirado el mismo sitio antes y después, como Manuela.

Entró al coche.

Antes de arrancar se quedó un momento con las manos en el volante sin hacer nada, mirando el parabrisas donde empezaban a formarse las primeras gotas de una lluvia que todavía no había decidido si iba a ser lluvia o seguir siendo humedad en el aire.

La verde dos turnos seguidos en el muelle de Vilagarcía.

Alguien estaba mirando.

Arrancó y salió del aparcamiento en dirección a la carretera principal, hacia el oeste, hacia donde la niebla se estaba levantando y donde en algún punto entre las montañas y la costa estaba el mar, aunque desde aquí no se viera.

La Esmeralda desde fuera

El calor de la carretera a mediodía no era el calor de Bogotá, que era frío disfrazado de templado, sino el calor real de la vertiente occidental de la cordillera, el que baja desde el páramo y se transforma en algo húmedo y denso a medida que pierde altura. El asfalto de la vía secundaria que bordeaba el perímetro oriental de la finca tenía ese brillo particular de las carreteras calientes que no es reflejo del sol sino la propia superficie respondiendo al calor desde dentro. En los árboles que flanqueaban la cuneta cantaban pájaros que Perico no sabía nombrar, uno con un trino de tres notas que repetía con la constancia de las cosas que no necesitan variar para

existir, y otro con un sonido más cercano al silbido que al canto, más agudo, intermitente.

Ospina había aparcado el Captiva en el arcén en un tramo recto donde la carretera tenía buena visibilidad en los dos sentidos y donde desde fuera el coche podía parecer detenido por cualquier razón que tuviera sentido en una carretera secundaria de Antioquia a mediodía: un problema mecánico menor, una llamada, el descanso de alguien que venía de lejos. Había puesto el motor en marcha mínima para mantener el aire acondicionado, que a esa temperatura no era confort sino necesidad funcional.

—El límite oriental está en esa línea de eucaliptos —dijo Ospina, sin señalar, mirando al frente—. Todo lo que está a la izquierda de los eucaliptos es La Esmeralda.

Perico ya había sacado los binoculares.

Eran los del coche, guardados en la guantera entre un manual del vehículo y unos guantes de látex, unos binoculares de campo de ocho aumentos que Ospina usaba con la naturalidad de quien los ha sacado de esa guantera muchas veces antes. Perico los ajustó a su distancia interpupilar y enfocó.

La primera imagen fue el límite de los eucaliptos, borrosa, y luego la imagen se ordenó cuando encontró el enfoque correcto. Más allá de los árboles había un potrero con pasto kikuyo y un grupo de vacas de carne que pastaban sin moverse apreciablemente, el tipo de bovinos grandes y quietos que parecen parte del paisaje más que animales en él. Más atrás, la pendiente subía hacia los cafetales, que desde esa distancia eran una masa verde oscura y ordenada, diferente al verde irregular del bosque que quedaba al fondo.

La casa principal estaba en una elevación del terreno, en el centro de la finca desde esa perspectiva, con el corredor frontal visible a esa distancia: una construcción de dos plantas, paredes blancas, techo de teja, rodeada de árboles de sombrío que le daban sombra y que reducían su visibilidad desde la carretera. No era la casa de una hacienda del siglo diecinueve sino la de una finca de trabajo del siglo

veinte, funcional, sin adorno innecesario, con los años suficientes encima para que el blanco de las paredes tuviera el tono ligeramente grisáceo de lo que se pinta y se repinta pero nunca queda como la primera vez.

—¿Cuántos peones hay permanentes? —preguntó Perico sin bajar los binoculares.

—El dossier dice doce. Rodrigo, el capataz, lleva doce años.

—¿El capataz sabe?

—Rodrigo sabe lo que necesita saber para hacer su trabajo —dijo Ospina—. Que es distinto a saber todo.

Perico movió los binoculares hacia la izquierda, siguiendo la línea de los establos. Había dos peones trabajando en el área de la vaquería, distinguibles solo por el movimiento, las figuras pequeñas a esa distancia. Uno de ellos empujaba algo hacia el establo. El otro estaba quieto junto a la cerca.

El corredor estaba vacío.

Perico esperó.

Los pájaros seguían. El de las tres notas y el del silbido y otros que no había distinguido antes porque eran parte del ruido de fondo y que ahora, en la quietud del coche parado, empezaban a tener entidad propia. Antioquia tenía muchos pájaros. Era una información que Perico tenía abstractamente y que los binoculares en una carretera secundaria a mediodía estaban volviendo concreta.

A los ocho minutos salió alguien al corredor.

Perico ajustó el enfoque.

Era un hombre mayor, gordo, con una camisa clara que desde esa distancia no tenía color preciso. Salió al corredor y se quedó de pie junto a uno de los pilares, mirando hacia los cafetales del fondo. No miraba hacia la carretera. Miraba hacia arriba, hacia la parte alta de

la finca, con las manos a los lados y el peso distribuido de alguien que está en su sitio.

Ernesto Ríos Castaño. La foto del dossier era de vigilancia y estaba tomada de lado, pero la figura coincidía: la anchura de hombros, la postura, la manera de estar parado que no era la de alguien que está esperando sino la de alguien que está observando. Perico lo tuvo en los binoculares durante cuarenta segundos. Ernesto no se movió.

—El patriarca —dijo Perico.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva en la finca esta semana?

—Desde el domingo. Salió el lunes a Jericó y volvió al mediodía.

—¿Con quién?

—Solo. Con el conductor habitual.

Perico bajó los binoculares un momento. La imagen sin aumentar era simplemente la carretera y los eucaliptos y detrás el verde indistinto de la finca. Volvió a subirlos.

Ernesto había entrado de nuevo a la casa. El corredor estaba vacío otra vez.

—¿Hay cámaras en el perímetro? —preguntó Perico.

—En la entrada principal sí. Aquí, en el lateral, no que hayamos documentado.

—¿Nos han visto?

—Llevamos once minutos. Si alguien está mirando la carretera, sí. Si no están mirando la carretera, no.

Era una respuesta que no era tranquilizadora pero que era honesta, y Perico prefería la honestidad a la tranquilización falsa, lo cual era probablemente una de las pocas cosas que él y Ospina tenían claramente en común.

Pasaron tres minutos más. La carretera seguía vacía en los dos sentidos. Un camión de leche apareció en el horizonte sur, se acercó, pasó sin reducir la velocidad, desapareció hacia el norte. Ospina lo siguió con los ojos en el retrovisor.

Luego salió Camilo.

Perico lo vio antes de identificarlo: una figura más joven, más delgada, con la camisa metida y el teléfono en la mano derecha. Salió al corredor, se detuvo junto al pilar donde había estado su padre unos minutos antes, y miró el teléfono. No miraba los cafetales. Miraba la pantalla.

Perico ajustó el enfoque lo máximo que daban los ocho aumentos.

Camilo Ríos. La foto del dossier lo cogía en movimiento, de perfil, y era reconocible por la postura más que por los rasgos: erecto, preciso en los gestos, el tipo de persona que ocupa exactamente el espacio que necesita sin ocupar más. Ahora estaba quieto, leyendo algo en el teléfono o escribiendo, era imposible saber cuál de las dos cosas desde esa distancia.

Perico lo observó treinta segundos.

Camilo no levantó los ojos. Siguió con el teléfono, luego lo guardó en el bolsillo, miró hacia los establos, dijo algo que no llegaba, claro, hacia alguien que no era visible desde la carretera, y volvió a entrar a la casa.

El corredor quedó vacío de nuevo.

—¿Viene mucho? —preguntó Perico.

—Los registros de peajes lo ponen en la ruta Medellín-Jericó dos o tres veces al mes.

—¿Siempre el mismo coche?

—El mismo. Un BMW Serie 5. A nombre de una empresa de consultoría del Poblado.

—¿La empresa es real?

—La empresa tiene dirección real, empleados reales, clientes reales —dijo Ospina—. Y también tiene algunas cosas más.

—¿Documentadas?

—No lo suficiente.

Perico bajó los binoculares y los puso en el asiento entre los dos. Se quedó mirando la línea de eucaliptos sin los aumentos, que desde la distancia natural era simplemente una línea de árboles en el borde de una finca en una carretera secundaria de Antioquia. No había nada visible que dijera lo que era.

—¿Cuánto tiempo llevan con la finca documentada? —preguntó.

—La finca aparece en los registros de la unidad desde hace seis años. Vigilancia directa, tres.

—¿Y no hay nada que salga de la finca hacia el exterior que se pueda documentar?

Ospina tardó.

—La finca vende café a la cooperativa de Jericó. Vende ganado dos veces al año en la feria de Medellín. Tiene contrato con una empresa de transporte para el movimiento de los animales. Todo con factura, todo con impuesto.

—Todo limpio.

—Todo lo que sale de la finca está limpio —dijo Ospina—. Lo que entra a la finca es otra conversación.

Perico no preguntó más sobre eso. Era el mismo esquema que conocía del lado gallego, en versión diferente: la fachada construida con suficiente cuidado para que aguantara el primer nivel de inspección. La finca existía, producía, pagaba. Lo que hacía además de existir y producir y pagar era lo que requería entrar, y entrar requería más de lo que tenían.

—Vámonos —dijo Perico.

Ospina puso el coche en marcha. Hizo una maniobra de tres puntos en el arcén y tomó la carretera en dirección a Jericó. La finca desapareció detrás de la primera curva.

Perico miraba por la ventanilla el paisaje que pasaba: los cafetales en las laderas, las fincas más pequeñas con sus cercas de madera y sus árboles de plátano, las casas de campo con los tendederos en el corredor y los niños que a veces aparecían en las entradas y miraban pasar los coches con esa atención sin propósito de los niños que están en sitios donde los coches no son frecuentes.

No dijo nada.

Ospina tampoco.

Siguieron así durante diez minutos, que en esa carretera eran diez minutos de curvas y de paisaje y del sonido del motor y del aire acondicionado y de los pájaros que de vez en cuando se oían a pesar del ruido del coche. Diez minutos en los que Perico no pensaba en nada concreto sino que dejaba que los últimos cuarenta minutos se asentaran, que era el proceso que seguía siempre después de ver algo que importaba: no analizarlo de inmediato sino dejarlo reposar el tiempo necesario para que apareciera lo que no había visto a primera vista.

Lo que había visto era a dos hombres en un corredor.

Lo que sabía, y que los dos hombres no sabían que sabía, era que uno de ellos había estado en la foto del expediente de una incautación en el puerto de Vigo, y que entre ese corredor y ese puerto había cuatro mil kilómetros de océano Atlántico que alguien había cruzado con una mercancía que no estaba en ningún manifiesto.

Lo que no sabía todavía era cómo probarlo.

Cuando llegaron al casco urbano de Jericó y Ospina redujo la velocidad para tomar la calle principal, Perico abrió la libreta y escribió una sola cosa: *Camilo Ríos. Miércoles. Jericó.* Debajo escribió la hora. Luego cerró la libreta.

—¿Mañana? —dijo Ospina.

—Mañana —dijo Perico.

El pesaje del ganado

El olor del corral a las siete de la mañana era el olor de la tierra suelta mezclada con el estiércol fresco y el pasto cortado la tarde anterior, y encima de todo eso el olor propio de los animales, que no es un olor simple sino la suma de muchos: el cuero, el aliento, el calor que desprenden los cuerpos grandes cuando están juntos en un espacio cerrado. Era un olor que Ernesto conocía desde antes de tener memoria de conocerlo, desde los años en que su padre lo llevaba al corral de la finca del abuelo en Támesis y le enseñaba a moverse entre los animales sin asustarlos, que era la primera lección y la más importante: que los animales saben cuándo uno tiene miedo y que el miedo cambia el comportamiento del animal, y que por tanto el miedo es una información que hay que gestionar antes de entrar al corral.

Ernesto no tenía miedo a los animales desde los ocho años.

El pesaje semanal comenzaba a las siete y terminaba cuando terminaba, que dependía del número de animales en rotación esa semana y del estado en que estuvieran, porque un animal que no quiere subir a la báscula puede hacer perder una hora que en el papel no existe. Rodrigo tenía la lista preparada desde la tarde anterior: veintidós bovinos en la rotación de esta semana, entre ellos cuatro novillos que llevaban tres semanas en seguimiento y que en la siguiente feria de Medellín debían estar listos o no iban a estar.

Ernesto llevaba el cuaderno de siempre.

Era un cuaderno de tapa dura, de esos de hojas cuadriculadas que se venden en las papelerías de pueblo y que Ernesto compraba en paquetes de cuatro en la papelería de Jericó, siempre la misma

marca, siempre el mismo formato. Llevaba los registros del ganado en ese tipo de cuaderno desde los años noventa, y los cuadernos anteriores estaban guardados en la caja de madera del despacho ordenados por año. Camilo le había propuesto en dos ocasiones distintas pasar los registros a un sistema digital, y en las dos ocasiones Ernesto había escuchado la propuesta completa antes de decir que no.

El bolígrafo era azul. Siempre azul, porque el negro se confundía con el carboncillo de las marcas de los animales cuando se manchaba la página.

El primer animal de la lista era el Quinto, un macho de dos años y ocho meses que había estado enfermo en octubre y que había recuperado peso más despacio de lo esperado. Rodrigo lo llevó a la báscula con la calma que requería, sin tirar del cabestro sino guiándolo, que era la diferencia entre alguien que trabaja con animales porque los entiende y alguien que los trabaja porque no tiene otra cosa que hacer.

La báscula marcó cuatrocientos ochenta y dos kilos.

Ernesto lo anotó. Debajo del número anotó la fecha y una observación de dos palabras: *recuperando bien*. Eso era suficiente. Los registros no necesitaban ser literatura.

—Veinte kilos desde la semana pasada —dijo Rodrigo.

—Bien. ¿Come?

—Come. Pero selectivo todavía.

—Dale dos semanas más en el lote sur. Con el pasto de allá come mejor.

—Bueno, don Ernesto.

Así con cada animal. El tiempo promedio por animal era de cinco minutos cuando todo iba bien: el tiempo de llevarlo a la báscula, esperar que se estabilizara, leer el número, anotarlo, hacer la observación, pasar al siguiente. Cuando el animal no colaboraba el

tiempo se extendía sin que eso fuera un problema en sí mismo, solo una información sobre el estado del animal que también se anotaba.

Camilo llegó a las nueve.

Venía del hotel de Jericó donde había dormido, con la camisa de cuadros que Ernesto le había visto la noche anterior y el pelo todavía húmedo del baño matutino. Se quedó fuera del corral, apoyado en la cerca, mirando el proceso sin entrar. Era la postura de alguien que está observando algo que no forma parte de su área de trabajo pero que tiene algo que decir sobre ello.

Ernesto siguió con el pesaje.

El octavo animal era una novilla de dieciocho meses que Ernesto había comprado en una feria de Rionegro el año anterior y que había crecido mejor de lo esperado. En la báscula marcó trescientos veinte kilos, que para la edad y la raza era un resultado bueno.

—Esta está lista antes de lo que pensábamos —dijo Rodrigo.

—O la mandamos a la siguiente feria o la retenemos para cría —dijo Ernesto—. Tiene buen perfil para cría.

—Para cría habría que esperar seis meses más.

—Ya. Pero si la mandamos a la feria ahora vendemos a precio de animal joven. Si esperamos vendemos a precio de reproductora.

—El mercado de reproductoras está flojo este año.

—Estuvo flojo. No sé si va a seguir flojo.

Rodrigo asintió. Era una conversación que los dos podían tener indefinidamente porque era el tipo de decisión que no tenía respuesta correcta hasta que el mercado la daba, y el mercado la daba cuando ya era tarde para cambiar lo que se hubiera decidido.

—La retenemos —dijo Ernesto—. Seis meses.

—Bueno.

Camilo se había acercado a la cerca un paso.

—Papá —dijo.

—Espera.

Siguieron con el pesaje. Ernesto no levantó la vista del cuaderno hasta que terminaron el animal doce, que era el punto de mitad del proceso y el momento en que Rodrigo daba agua a los peones y reorganizaba el orden de los que faltaban.

Se acercó a la cerca donde estaba Camilo.

—¿Cuánto llevas? —preguntó Camilo.

—Doce. Quedan diez.

—¿Cuánto tardas?

—Lo que tarde.

Camilo no respondió a eso. Miró los animales en el corral, que en ese momento estaban reagrupados en el extremo opuesto a la báscula, moviéndose con esa lentitud de los bovinos que no tienen urgencia de nada.

—Quería hablar del lote norte —dijo Camilo.

—¿Qué pasa con el lote norte?

—El rendimiento del trimestre pasado estuvo por debajo de lo proyectado.

—Estuvo por debajo de lo que tú proyectaste —dijo Ernesto—. Yo proyecté otra cosa.

—Lo que yo proyecté estaba basado en los datos de los tres años anteriores.

—Los datos de los tres años anteriores no incluyen la sequía de agosto ni el problema con el transporte de octubre.

—Por eso mismo —dijo Camilo—. Si tuviéramos un sistema que incorporara esas variables en tiempo real, la proyección hubiera sido diferente.

Ernesto abrió el cuaderno por la página del lote norte y lo sostuvo hacia Camilo sin decir nada. Era una página con números y observaciones en bolígrafo azul, algunas con correcciones encima, los márgenes con anotaciones adicionales que no cabían en las columnas principales.

—Yo incorporo esas variables —dijo Ernesto.

—Tú las incorporas cuando llegas al corral —dijo Camilo—. Un sistema las incorpora antes de que llegues.

—¿Y para qué quiero saber antes de llegar lo que voy a ver cuando llegue?

Camilo se quedó callado un momento. Era el punto donde la conversación siempre llegaba a una pared, porque la lógica de su padre tenía una coherencia interna que era difícil de atacar frontalmente sin atacar al mismo tiempo la forma en que su padre entendía el trabajo, que era una conversación diferente y más larga que la que Camilo podía tener de pie junto a un corral un jueves por la mañana.

—No hablo solo del ganado —dijo Camilo.

—Ya lo sé.

—Las operaciones de exportación del trimestre pasado tuvieron el mismo problema. Proyección basada en datos parciales, resultado por debajo de lo esperado. Y en ese caso el margen de error tiene consecuencias que el ganado no tiene.

Ernesto cerró el cuaderno.

—Ven aquí —dijo.

Caminó hacia el corral sin esperar a que Camilo respondiera. Entró por la puerta lateral, que Rodrigo le abrió sin que hiciera falta pedírselo. Caminó entre los animales hacia el grupo de los cuatro novillos que llevaban tres semanas en seguimiento.

El primero de los cuatro era un macho de color castaño oscuro, de veintidós meses, que Ernesto había marcado mentalmente desde que había llegado a la finca como el de mayor potencial de ese lote. Puso la mano en el lomo del animal.

La mano plana, con el peso distribuido, sin presión pero sin levitación: el contacto que le indicaba al animal que había alguien y que ese alguien no era una amenaza. El novillo movió la cabeza una vez y luego se quedó quieto.

Ernesto pasó la mano desde la cruz hasta la grupa, siguiendo la columna, notando con la palma el estado de la musculatura, el grosor del cuero, la temperatura de la superficie.

—Este pesa cuatrocientos veinte en la báscula —dijo Ernesto—. Eso está en el cuaderno. Lo que no está en el cuaderno es que tiene la musculatura del cuarto trasero mejor que los otros tres, y que la temperatura del cuero en el lomo es medio grado más alta que la semana pasada, que puede ser que está en un buen momento de crecimiento o puede ser el inicio de algo que hay que vigilar. Eso no me lo dice ningún sistema.

Camilo lo miraba desde fuera del corral.

—Eso te lo dice la experiencia —dijo.

—La experiencia es el sistema —dijo Ernesto—. El mío. Y lleva cuarenta años sin equivocarse en lo fundamental.

—Se ha equivocado.

—En el detalle. No en lo fundamental.

Retiró la mano del animal. El novillo siguió quieto un momento y luego se alejó hacia el grupo, sin prisa.

Ernesto salió del corral.

—El ganado que se ve bien en papel no siempre se ve bien en la báscula —dijo—. Y el que se ve bien en la báscula no siempre se ve bien en el mercado. Hay una diferencia entre los tres estados y esa

diferencia no está en ningún sistema porque está en el animal. En las operaciones de exportación pasa lo mismo.

—Las operaciones de exportación no son animales —dijo Camilo.

—Tienen las mismas variables que los animales. Tienen salud, tienen temperamento, tienen momentos en que están listos y momentos en que no lo están. Y la diferencia entre esos momentos la ve quien tiene la mano encima, no quien tiene los datos en una pantalla.

Camilo asintió. Era el asentimiento de quien ha registrado la posición del otro y ha decidido que no hay más que decir por ahora, no porque esté de acuerdo sino porque la conversación ha llegado al límite de lo que puede avanzar en ese contexto.

—¿Cuándo terminas? —preguntó.

—Al mediodía.

—Yo me voy antes. Tengo que llegar a Medellín esta tarde.

—Está bien.

—La semana que viene podemos seguir hablando.

—Cuando quieras —dijo Ernesto.

Camilo se alejó hacia la casa para recoger sus cosas. Ernesto lo vio irse con esa atención que tenía para los movimientos de sus hijos, que no era vigilancia sino lectura: la forma en que Camilo caminaba hacia la casa, los hombros, el ritmo, le decía que la conversación había terminado para hoy pero que no había terminado para Camilo, que Camilo iba a seguir pensando en ella en el coche de vuelta a Medellín y que en algún momento iba a volver con una versión ajustada del mismo argumento.

Era lo que hacía siempre.

Era lo que Ernesto esperaba que siguiera haciendo.

Volvió al corral. Rodrigo tenía el animal trece listo en la báscula.

—Trescientos noventa y ocho —dijo Rodrigo.

Ernesto abrió el cuaderno.

Trabajaron hasta las doce y cuarto. Cuando terminaron el último animal, Rodrigo despidió a los peones y se quedó recogiendo el equipo de la báscula. Ernesto se sentó en el banco de madera que había junto a la puerta del corral, el mismo banco donde se había sentado su padre en otros corrales de otras fincas en otros años, o al menos eso era lo que le parecía cuando se sentaba allí, que era una ilusión probable pero no completamente descartable.

Oyó el coche de Camilo arrancando en el camino de entrada.

Rodrigo terminó de recoger el cable de la báscula y lo enrolló con el método específico que hacía que no se enredara, que era un método que Ernesto había aprendido de su padre y que Rodrigo había aprendido de Ernesto sin que nadie se lo explicara formalmente.

—Los cuatro novillos —dijo Ernesto—. El del lomo caliente, lo revisas mañana temprano.

—A primera hora.

—Si tiene fiebre me llamas.

—Claro.

Rodrigo cargó el equipo en el carretón y se fue hacia el almacén. Ernesto se quedó en el banco.

El corral estaba vacío ahora, con el suelo marcado por las pisadas de veintidós animales y el olor que permanecía después de que los animales se van, que es el mismo olor de antes pero sin el ruido ni el calor de los cuerpos, más quieto, más propio del lugar que de los que habían estado en él.

En algún punto de la finca, en la parte alta del lote norte, había algo que el contador de la Vega había estado preguntando en la cooperativa. Una pregunta que no debería haberse hecho. Ernesto lo había puesto donde lo puso en la misa del domingo, en el sitio donde van las cosas que no han madurado todavía, y allí seguía.

Hasta el miércoles.

No más.

La boda de los Valeiras

La gaita sonaba desde el interior del parador cuando Manuela llegó al aparcamiento, ese sonido que en Galicia no anuncia nada concreto sino que es la condición del aire en ciertas ocasiones, la fiesta y el duelo usándolo por igual porque el instrumento no distingue entre los dos. Olía a cocido: el caldo de unto y de verduras que llevaba desde las once de la mañana en las cocinas del parador mezclado con el aire de la ría que entraba por el jardín abierto y que a esa hora de la tarde, las siete pasadas, tenía ya el frío de noviembre encima aunque todavía no hubiera oscurecido del todo. La mezcla de los dos olores, el cocido y el mar, era el olor específico de ese tipo de celebración en las Rías Baixas: no había forma de separarlo en sus componentes sin perder lo que era juntos.

Manuela entró sola.

Llevaba el traje negro de las ocasiones, que no era el negro del luto sino el negro que en Galicia llevan las mujeres de cierta edad a las bodas por razones que tienen más que ver con la costumbre que con ningún protocolo, y que en Manuela era también el color con que resultaba invisible del modo particular en que son invisibles las cosas que están siempre en el mismo sitio: nadie las busca porque saben que están.

El parador de Cambados tenía el salón principal con capacidad para doscientas personas sentadas, y esa noche lo había llenado. Las mesas redondas con los centros de flores blancas, la pista de baile en el centro donde la orquesta de verbena estaba terminando de instalar los amplificadores, las sillas con lazos que alguien había atado con una paciencia que solo tiene sentido una vez. El novio era Xoán Valeira, sobrino segundo de Manuela, veintiséis años, hijo de uno de los primos que llevaban décadas trabajando en la empresa de transporte, y la novia era una chica de Vilagarcía que estudiaba enfermería y que esa noche tenía la expresión de quien lleva doce horas siendo el centro de atención y no sabe si le gusta o no pero ha decidido que sí.

La mesa principal era la que estaba junto a la ventana que daba al jardín, desde donde se veía la ría si uno miraba al fondo y la oscuridad había llegado lo suficiente para que el agua tuviera su propio brillo.

Manuela fue hacia allí.

En el camino de la puerta a la mesa tardó dieciséis minutos, que era el tiempo que llevaba pasar entre doscientas personas que la conocían y que la saludaban cada una a su manera. No era un recorrido que pudiera hacerse en línea recta porque la línea recta no existe cuando hay afecto o cuando hay protocolo, y en una boda gallega de ese tipo había las dos cosas en cantidades que se superponían y eran indistinguibles.

El alcalde de Cambados la encontró a los tres minutos de entrar.

Sánchez Moure, cincuenta y un años, segundo mandato, el pelo que había tenido oscuro en el primero y que en el segundo era ya más gris que otra cosa. Lo conocía desde que él era concejal de urbanismo y le habían tocado los trámites de la empresa de transporte de la familia, que eran trámites completamente ordinarios pero que en ese momento habían requerido tres reuniones en el ayuntamiento y que Sánchez Moure había gestionado con la eficiencia de quien tiene claro que los trámites ordinarios son parte del trabajo y no una ocasión para hacer amigos o enemigos.

Desde entonces se veían en las fiestas del pueblo, en las ferias, en las bodas como esta. Nunca en el ayuntamiento.

—Manuela. —Dos besos, el de la izquierda primero—. Qué alegría verla.

—Lo mismo digo, Moncho. ¿Vino con la familia?

—Con los cuatro. Los críos están en la mesa del fondo, que ya sabe cómo son las bodas para los niños.

—Lo sé. Que disfruten. ¿Y Lucía?

—Lucía allá. —Señaló vagamente hacia el centro del salón—. Hablando con Conchi, supongo.

—A Conchi la vi el martes en la lonja. Tiene buen aspecto.

—Está mejor, sí. —Una pausa de la clase que en las conversaciones de boda señala que hay algo que podría decirse y que no se va a decir—. ¿Y usted? ¿Cómo lleva lo de Brais?

—Bien —dijo Manuela—. Va bien.

—Me alegra. Un chico con mucha cabeza, Brais. Siempre lo dije.

—Siempre lo tuvo.

Se despidieron con el protocolo de las conversaciones de boda, que incluye la promesa implícita de hablar más tarde que normalmente no se cumple y que no está pensada para cumplirse sino para cerrar

el intercambio con la sensación de que ha quedado algo pendiente de manera agradable.

El padre Méndez estaba en la barra cuando Manuela llegó a buscar un vino.

El padre Méndez era el cura de la parroquia de San Sadurniño desde hacía nueve años y era de esa clase de sacerdotes que van a las bodas no como acto profesional sino como invitados que han celebrado la ceremonia y que ahora tienen derecho al cocido igual que los demás. Tenía sesenta y dos años, una constitución física que no correspondía a una vida de abstinencias particulares, y la costumbre de llenar la copa de los que estaban cerca de él antes de que estuviera vacía del todo, que era un gesto de atención que la gente apreciaba sin pensarlo mucho.

Le llenó la copa a Manuela antes de que ella pudiera pedirla.

—Doña Manuela. Qué elegante.

—Padre. ¿Cómo estuvo la ceremonia?

—Bien. El novio lloró, que es buen signo. La novia no, que también lo es, aunque distinto.

—¿Distinto cómo?

—Que ella sabe exactamente dónde está y él todavía lo está descubriendo. En los matrimonios que duran suele ser así al principio.

Manuela bebió el vino, que era un Albariño de la zona, fresco y con ese punto salino de los que crecen cerca de la ría.

—¿Cómo está Brais? —preguntó el padre, con el tono con que preguntaba por los que conocía y que estaban en situaciones difíciles, que era un tono que no era lástima pero tampoco era distancia.

—Bien, padre. Le falta poco.

—Lo recuerdo en las oraciones.

—Él lo sabe.

Una pausa. El padre llenó su propia copa.

—¿Va a comer pulpo esta noche? —dijo él.

—¿Y de qué iba a comer si no?

El padre se rió con la risa de los hombres que llevan años en un sitio y que han aprendido que reírse de las cosas pequeñas es la forma más sostenible de estar en el mundo.

Se despidieron hacia distintos lados. Manuela llevaba la copa y el trayecto hacia su mesa, que seguía sin ser línea recta.

El subcomisario Ferreiro estaba junto a la ventana del jardín con una cerveza en la mano y el nudo de la corbata ligeramente aflojado, que en él era la señal de que había entrado en modo de celebración aunque mantuviera la corbata, porque Ferreiro era de los hombres que no se quitan la corbata en las bodas aunque les cueste.

Manuela y Ferreiro se conocían desde antes de que él fuera subcomisario, desde los años en que era guardia raso y vivía en Cambados de alquiler en el piso de encima de la hermana de la cuñada de Manuela, que era una conexión de esas que en los pueblos pequeños son suficientes para que dos personas se conozcan por el nombre aunque no tengan nada en común.

—Manuela.

—Benigno. Cuánto tiempo.

—La boda de los Otero en agosto, ¿no fue?

—En agosto, sí. ¿Vino con Marta?

—Marta está en casa con el pequeño, que tiene un catarro. Ya le dije que viniera igual, que una boda no cura un catarro ni lo empeora, pero ella tiene sus ideas.

—Las madres las tienen.

—Usted lo sabe mejor que yo.

Una pausa en la que los dos miraron hacia el jardín donde la luz del atardecer todavía alcanzaba para ver la ría al fondo, el agua gris verdosa de Arousa que a esa hora tenía el color que tiene el mar cuando no está siendo iluminado directamente sino recibiendo la luz de rebote de un cielo que ya no es del todo día.

—Menudo tiempo llevamos —dijo Ferreiro.

—Noviembre —dijo Manuela.

—El peor mes.

—Todos los meses son el peor mes cuando estamos en él.

Ferreiro se rió.

—Eso es mucha filosofía para una boda.

—Es poca —dijo Manuela—. Para una boda siempre falta.

Se despidieron. Manuela llegó finalmente a su mesa.

La orquesta había empezado. Era una de esas orquestas de verbena que tocan de todo en un orden que no tiene lógica excepto la de ir subiendo el volumen a medida que avanza la noche, pasando de las baladas lentas del principio a los temas de baile del medio al caos organizado del final cuando ya nadie distingue un género del otro. Tocaban bien, en el sentido de que tocaban afinados y con ritmo, que eran los dos requisitos mínimos y los únicos que importaban en una boda.

Roi y Carla estaban en la pista desde el segundo tema.

Manuela los vio desde su mesa. Roi bailaba con la facilidad de alguien que no piensa en lo que hace el cuerpo cuando baila, que era una facilidad que había tenido desde niño y que Manuela había notado en él antes que cualquier otra cosa, antes de las otras cualidades y también antes de los defectos que vendían después. Carla bailaba con él con esa sincronización de las parejas que llevan tiempo, el pequeño ajuste constante de la distancia y del ritmo que ocurre sin que ninguno de los dos lo decida.

Había algo en la manera en que Roi miraba a Carla cuando bailaban que Manuela reconocía como genuino. No era una actuación. Era lo que era.

Eso hacía algunas cosas más difíciles y ninguna más fácil.

El cocido llegó a las nueve, que era tarde para cenar incluso según los estándares gallegos de las bodas, donde cenar pronto está considerado de alguna manera precipitado. La mesa de Manuela era la de los mayores de la familia: cuñadas, primas de la generación de su marido, un tío de noventa y un años que había sobrevivido a suficientes personas como para que su presencia en cualquier evento fuera considerada un regalo por quienes lo organizaban. El tío se llamaba Amador y había llegado en silla de ruedas empujada por su nieta y había pedido lo primero vino blanco, que era lo que pedía siempre.

El cocido era bueno. El caldo tenía el punto del unto bien gestionado, que era el punto que más fácilmente se desequilibra, y las verduras no estaban pasadas, que era el otro error habitual. Manuela lo comió con la atención que le daba siempre a la comida que era buena.

Fue durante los postres cuando Xiana Valeira, prima segunda de Manuela, que llevaba suficientes copas de vino para que el filtro entre el pensamiento y la palabra funcionara con retraso, dijo lo que dijo.

Lo dijo hacia el centro de la mesa, sin dirigirlo a nadie en particular, con el tono de quien está compartiendo una observación que le parece relevante.

—Lástima que Brais no esté —dijo Xiana—. Le habría gustado la boda.

Nadie respondió de inmediato. Era el tipo de comentario que en ese contexto tenía respuestas posibles de distintos tipos, desde la confirmación sencilla hasta el cambio de tema, y la mesa esperó un momento para ver cuál de ellas usaba Manuela.

Manuela bebió el vino antes de responder.

—A Brais le gustan las bodas —dijo—. Siempre le gustaron.

Era una respuesta que no cerraba el comentario de Xiana pero que lo llevaba hacia un territorio donde Xiana no podía seguir sin esfuerzo, porque continuar requería o bien insistir en el tema de la ausencia o bien pasar a otra cosa, y las dos opciones le pertenecían a Xiana, no a Manuela.

Xiana pasó a otra cosa.

Manuela siguió con el vino.

Fue a las once cuando salió al jardín.

No era una escapada deliberada sino el resultado de varios factores que se acumularon en el mismo momento: el calor del salón que con doscientas personas y la orquesta había llegado a un nivel que el sistema de ventilación del parador no terminaba de resolver, la necesidad de dos minutos sin que nadie le hablara, y la copa que llevaba en la mano que quería tomar en silencio.

El jardín del parador daba a la ría.

Había unas luces bajas en los caminos del jardín que no iluminaban gran cosa pero que daban suficiente para caminar sin tropezar, y más allá de esas luces estaba la oscuridad del agua. La ría de Arousa de noche no era visible como forma sino como ausencia: la ausencia de luz y de edificios y de todo lo que estaba en la orilla, el espacio oscuro donde el agua estaba aunque no se viera.

Manuela se quedó de pie junto al murete que separaba el jardín del paseo marítimo.

Dentro sonaba la orquesta, un tema de los que ya no guardaban relación con ningún género original sino que eran la versión de verbena de la velocidad máxima, y desde fuera ese sonido llegaba amortiguado y transformado en algo que tenía más que ver con el pulso del edificio que con la música en sí.

La ría.

Llevaba toda su vida en esa ría o cerca de ella. Había aprendido a leer el tiempo en el color del agua, a saber si iba a llover mañana por cómo se movía la superficie esta tarde, a distinguir el tipo de viento por cómo sonaba en los cables del puerto. Era un conocimiento que no se había propuesto adquirir y que era simplemente el resultado de vivir en un sitio el tiempo suficiente para que el sitio entre en el cuerpo.

Dos turnos de la verde en el muelle de Vilagarcía.

Brais se lo había dicho en el locutorio con el mismo tono con que hablaba de los nietos y del tiempo en el módulo.

Manuela terminó el vino.

Detrás de ella, en el salón, alguien empezó a aplaudir al ritmo de la música, y luego otros, y el sonido amortiguado que llegaba al jardín cambió de textura durante un momento antes de volver a lo que era.

En la ría no había nada visible. Solo la oscuridad del agua y, más lejos, las luces de la orilla opuesta de Arousa, que desde aquí eran puntos fijos y pequeños, sin contexto, como si pertenecieran a un lugar que no tenía relación con este aunque fuera el mismo mar.

Manuela se quedó el tiempo suficiente para que el frío le recordara que estaba fuera y que dentro había una boda que seguía sin ella.

Luego volvió.

Medellín de noche

El Centro de Medellín de noche olía a fritanga y a escape de bus y a algo dulce que venía de alguna panadería que seguía abierta, los tres olores mezclados en una proporción que cambiaba cada media cuadra dependiendo de qué esquina uno estuviera cruzando. El ruido era el de una ciudad que no termina de cerrar: los buses del Metro que pasaban elevados sobre la avenida con ese zumbido eléctrico que en Medellín es tan constante que la gente ya no lo oye, los vendedores ambulantes que a las nueve de la noche todavía tenían el carrito en la esquina, el volumen de la música que salía de tres locales distintos en la misma cuadra sin que ninguno de los tres pareciera notar que los otros dos existían.

Perico caminaba detrás de Ospina a cinco metros de distancia, que era la distancia que Ospina había especificado antes de entrar al Centro: suficiente para parecer que iban solos, insuficiente para perder el contacto visual.

El intermediario se llamaba, según el dossier, Héctor Mora, cuarenta y tres años, sin antecedentes penales en los últimos ocho años, con una tienda de electrodomésticos de segunda mano en la calle San Juan que servía, según la inteligencia de la DIJIN, como punto de contacto para la logística financiera del clan Ríos en Medellín. No era un eslabón mayor. Era el tipo de eslabón que si se documentaba bien podía llevar a eslabones mayores, que era la razón por la que Ospina había decidido observarlo en persona en lugar de dejarlo a los analistas de la unidad.

Mora había salido de la tienda a las ocho y cuarenta y cinco y había caminado hacia el norte por la carrera Palacé.

Ospina lo seguía.

Perico seguía a Ospina.

El problema de seguir a alguien en una ciudad que uno no conoce es que la ciudad no coopera: no hay mapa mental de las salidas, no hay intuición de hacia dónde puede girar el objetivo, no hay lectura

del barrio que diga si la siguiente cuadra es una calle cortada o una arteria principal. Perico había seguido personas en Vigo, en Madrid, en Lisboa una vez, y en todas esas ciudades tenía al menos el sentido de la orientación suficiente para saber si el objetivo estaba yendo hacia algún lugar concreto o si solo estaba caminando. Aquí no tenía ese sentido.

Mora giró en la calle Colombia.

Ospina giró detrás.

Perico giró detrás de Ospina y cuando lo hizo Ospina ya no estaba.

No había desaparecido de golpe sino que la calle Colombia era más estrecha y más oscura que la Palacé y había un grupo de personas saliendo de un local en ese momento y cuando Perico los rodeó por la derecha el espacio donde debería haber estado Ospina estaba ocupado por otras personas que caminaban en distintas direcciones.

Siguió hacia el norte por inercia.

Mora tampoco estaba visible.

Perico redujo el paso. Miró a los lados sin girar la cabeza del todo, usando la visión periférica, que era lo que se podía hacer en una calle donde uno no quería parecer que estaba buscando algo. La calle Colombia tenía negocios en los dos lados, algunos cerrados con el metal bajado y otros todavía abiertos con la luz amarilla que proyectaban hacia la acera. Un par de personas en la entrada de un restaurante chino. Tres hombres jóvenes en la esquina que miraban los teléfonos.

La pista se había perdido.

Perico se detuvo junto a la pared de un edificio y sacó el teléfono. Llamó a Ospina. Tres tonos. Buzón. Lo guardó.

La calle olía más a la fritanga aquí que en la Palacé, un olor que a esa hora era el olor del aceite reutilizado, que es distinto al del aceite fresco y que tiene un fondo pesado que se pega a la ropa.

Desde el local chino llegaba el sonido de la televisión encendida, un programa de concurso con un presentador que hablaba rápido.

Decidió seguir media cuadra más y volver.

A los diez metros encontró la calle cortada.

No era un callejón exactamente sino una calle que terminaba en un muro y que tenía acceso a un par de locales en el lado izquierdo, ambos cerrados a esa hora. Perico estaba procesando que había tomado la dirección equivocada cuando los dos hombres entraron en el callejón detrás de él.

No corrieron. Caminaron.

Eran dos. El de la izquierda era más alto, con una chaqueta oscura y las manos en los bolsillos. El de la derecha era más bajo y ancho, con una camiseta sin mangas que a esa temperatura era una elección que decía algo sobre el hombre o sobre su insensibilidad al frío o sobre las dos cosas. Los dos tenían la edad indeterminada que tienen algunos hombres entre los treinta y los cuarenta cuando han llevado el tipo de vida que endurece las caras antes de tiempo.

Se pararon a dos metros de Perico.

No sacaron nada. No dijeron nada durante los primeros tres segundos, que fueron los tres segundos en que Perico evaluó la situación y determinó que sus opciones eran limitadas por la geometría del callejón, que tenía al muro detrás y a los dos hombres delante y los locales cerrados a los lados.

—Usted no es de aquí —dijo el de la chaqueta oscura.

Lo dijo sin énfasis particular. No era una pregunta ni exactamente una afirmación sino una categorización, la colocación de Perico en una clase de persona de la que ambos hombres eran conscientes.

Perico no respondió de inmediato. En ese tipo de situación responder demasiado rápido o demasiado tarde tienen consecuencias similares, y la respuesta correcta era la que ocupaba el tiempo exacto de una respuesta normal.

—Soy de Vigo —dijo.

El hombre de la chaqueta lo miró sin cambiar la expresión.

—Esta calle no tiene nada que ver con lo que usted está buscando —dijo.

—Me perdí —dijo Perico.

—Se perdió —repitió el otro, con el mismo tono sin énfasis, como si estuviera tomando nota de algo que ya sabía.

El de la camiseta sin mangas no había dicho nada. Miraba a Perico con una atención que no era amenaza exactamente sino evaluación, el tipo de mirada de quien está decidiendo algo que ya tiene casi decidido.

Ninguno de los dos se movió.

—Vuelva por donde vino —dijo el de la chaqueta—. El Centro de noche no es para quien no lo conoce.

Era un consejo. O era la forma que toma un aviso cuando no quiere ser amenaza pero necesita ser entendido como tal.

Perico asintió.

Pasó entre los dos hombres hacia la entrada del callejón. No los rozó. Ninguno de los dos se movió para cerrarle el paso. Perico caminó los ocho metros hasta la calle Colombia con el paso de alguien que camina porque ha decidido caminar y no porque le hayan dicho que camine, que era una diferencia que importaba aunque fuera invisible.

En la calle Colombia giró a la derecha y caminó hacia la Palacé.

Ospina apareció en la esquina a los dos minutos.

Venía desde el norte, desde la dirección opuesta a la que Perico estaba caminando, lo cual significaba que no había seguido su misma ruta. Llegó a su altura y siguió caminando a su lado sin detenerse.

—¿Cuántos? —dijo Ospina.

—Dos.

—¿Algo?

—Palabras.

Ospina asintió.

No preguntó dónde había estado los últimos diez minutos. Perico no preguntó cómo sabía dónde encontrarlo.

Siguieron caminando hacia la Palacé. El ruido del Centro seguía siendo el mismo que antes, los buses y los vendedores y la música de los tres locales, y el olor de la fritanga seguía siendo el mismo, y las personas en las aceras eran personas que iban a donde iban sin ninguna relación con lo que acababa de ocurrir en un callejón de la calle Colombia.

—¿Mora? —preguntó Perico.

—Lo perdí en la Colombia. —Una pausa—. O me dejó perderlo.

—Saben que estamos aquí.

Ospina tardó un segundo.

—Saben que hay alguien —dijo—. Si saben exactamente quiénes somos es otra pregunta.

—¿La respuesta?

—Probablemente sí.

Llegaron a la Palacé. Ospina paró un taxi con el gesto de alguien que ha parado taxis en esa avenida suficientes veces para saber cuándo levantar la mano y cuándo esperar. El taxi se detuvo.

—Yo me quedo —dijo Ospina—. Tome usted.

Perico entró al taxi.

—Hotel Viaggio, noventa y tres —dijo al conductor.

El conductor asintió y arrancó.

Por la ventanilla, el Centro de Medellín pasaba con su ruido y su luz y su olor, que desde dentro del taxi tenían el filtro del cristal y el sonido de la radio del conductor, un vallenato que el conductor tenía en un volumen que era justo suficiente para ser música de fondo sin llegar a ser música que uno escucha.

Perico miraba la ciudad.

Llevaba una semana en Colombia con la sensación de estar construyendo algo: el dossier, la finca desde la carretera, los registros de Ospina, el mapa que se iba completando en la libreta. Era la sensación habitual del trabajo en su fase inicial, la de quien pone piezas en una mesa sin ver todavía la imagen completa pero con la confianza de que la imagen existe y que las piezas la forman.

Los dos hombres en el callejón habían cambiado algo en esa sensación.

No la habían eliminado. Pero la habían ajustado.

La diferencia entre construir algo desde fuera de un sistema y construir algo que el sistema ya sabe que estás construyendo no era una diferencia de objetivo sino de tiempo. En el primer caso el tiempo es el que uno tarda en hacer el trabajo. En el segundo es también el que el sistema tarda en decidir qué hacer al respecto.

Perico no sabía cuánto tiempo era ese.

El taxi subió por la avenida El Poblado hacia el norte. Las luces de Medellín desde la ventanilla eran las del valle completo, las del fondo y las de las laderas, que a esa hora y desde esa perspectiva eran todas del mismo tamaño y del mismo brillo aunque pertenecieran a sitios completamente distintos.

El conductor bajó el volumen del vallenato sin que nadie se lo pidiera, quizás porque ya lo había escuchado suficiente o quizás porque notó que el pasajero miraba por la ventanilla con el tipo de concentración que hacía que la música sobrara.

Perico siguió mirando las luces.

Eran muchas.

Yolanda y la ONG

Las sillas de plástico de la sala de reunión eran naranjas, del tipo que se compran en docenas para espacios donde la comodidad es secundaria a la funcionalidad, y llevaban allí desde antes de que Yolanda empezara a trabajar en la ONG, lo cual significaba que llevaban al menos cuatro años y que en ese tiempo habían adquirido las marcas específicas del uso intensivo: las patas traseras de algunas desgastadas en el suelo, los respaldos con rayaduras que nadie había hecho adrede y que eran simplemente el resultado de que muchas personas en situaciones difíciles se sientan de maneras que no piensan. En la pared del fondo había un mapa de Buenaventura plastificado con chinchetas en distintos puntos que correspondían a casos activos, cada chincheta de un color diferente según la categoría, aunque el sistema de colores había sido diseñado por alguien que ya no trabajaba allí y que no había dejado leyenda escrita, de manera que las personas que llegaban después lo reconstruían por contexto.

La reunión de esa tarde era con cinco familias.

Yolanda las había citado en turnos de treinta minutos para no hacer esperar a nadie más de lo necesario, aunque en la práctica los turnos siempre se corrían porque las conversaciones no respetan los

tiempos y porque interrumpir a alguien que está describiendo lo que le pasó a su familia es un tipo de violencia menor que Yolanda no estaba dispuesta a cometer aunque le desordenara la agenda.

Eran las tres de la tarde. El calor de Buenaventura a esa hora era el calor del día en su punto más alto, el que atravesaba las paredes del edificio y convertía el ventilador de techo en un gesto simbólico más que en una solución.

La primera familia llegó con diez minutos de retraso: una mujer de unos cuarenta años con dos hijas adolescentes que entraron en el orden de antigüedad, la madre primero y las hijas detrás, y se sentaron en las sillas naranjas con la postura de quienes han aprendido a ocupar el espacio mínimo necesario en los sitios institucionales, los hombros recogidos, las manos en el regazo.

El caso era una desaparición de dieciocho meses. El marido, el padre. La madre había puesto denuncia en tres instancias distintas y en las tres le habían dado un número de expediente y la información de que el caso estaba activo, que era la información que se da cuando no hay información que dar.

Yolanda escuchó. Tomó notas en el cuaderno que llevaba para eso, un cuaderno distinto al de la gestión operativa, con una letra más pequeña y más apretada porque las notas de estos casos tendían a ser largas y el espacio nunca era suficiente. Hizo las preguntas que correspondían, las que abrían la información sin dirigirla, y al final de los treinta minutos tenía suficiente para el informe y para la carta que enviaría a la Fiscalía la semana siguiente.

Las dos hijas no habían hablado. La mayor miraba el mapa de la pared con esa atención de quien está en un sitio sin estar del todo en él.

La segunda familia y la tercera siguieron el mismo patrón con variaciones. Yolanda los atendió a los dos con la misma atención que a la primera, que era una atención que no se podía simular y que por tanto era costosa, la que requiere estar presente del todo en

cada conversación aunque haya tenido cinco antes y vayan a venir dos después.

La cuarta cita era a las cinco.

Llegó sola. Era la madre de un niño, una mujer joven, veintiséis o veintisiete años, con el pelo recogido y unos pendientes pequeños de aro que en la luz del cuarto tenían un brillo discreto. Se sentó en la silla naranja frente a Yolanda y puso el bolso en el suelo.

—Él estaba fuera —dijo la mujer, señalando hacia la puerta—. ¿Puede pasar?

—Claro —dijo Yolanda.

El niño entró.

Tenía nueve años, quizás diez, con el uniforme del colegio todavía puesto, la camisa blanca con una mancha en el codo derecho que era de barro o de algo parecido. Entró mirando el suelo y se sentó en la silla que había al lado de su madre con la seriedad específica de los niños que han estado en demasiadas reuniones de adultos y han aprendido que en esas reuniones lo que se espera de ellos es que estén quietos.

Se quedó quieto.

—Mi marido murió en mayo —dijo la madre—. En el puerto. Un accidente, dijeron.

—¿Qué tipo de accidente?

—Dijeron que una carga. Que una carga se soltó y le cayó encima. —Una pausa—. Él no trabajaba en la grúa. Él no tenía por qué estar cerca de las cargas.

Yolanda anotó.

—¿En qué parte del puerto trabajaba su esposo?

—En el muelle tres. Cargador. Llevaba dos años en el mismo turno.

—¿Hubo testigos del accidente?

—Dijeron que sí. Pero ninguno quiso declarar. O no pudieron localizarlos, no sé cuál de las dos cosas es verdad.

El niño miraba el mapa de la pared. Seguía las líneas de las calles con los ojos como si estuviera buscando algo o como si simplemente fuera el único objeto de la sala que no le pedía nada.

—¿Usted cree que fue un accidente? —preguntó Yolanda.

La mujer tardó.

—Él me dijo dos semanas antes que había tenido un problema con alguien del turno. No me dijo con quién. Me dijo que era un tema de trabajo y que se iba a resolver.

—¿Un problema de qué tipo?

—No me dijo. —Otra pausa—. Él no me decía mucho de lo que pasaba en el puerto. Decía que era mejor así.

Yolanda siguió anotando. Las palabras en el cuaderno eran los datos: las fechas, el nombre del muelle, el nombre del turno, la información sobre los testigos que no habían declarado. Los datos eran lo que podía hacer con eso, lo que podía convertir en un expediente que fuera a algún sitio.

Lo que no estaba en el cuaderno era lo que Yolanda sabía.

El muelle tres del puerto de Buenaventura era uno de los puntos de tránsito que el clan usaba para ciertos movimientos de mercancía. No todos los que trabajaban en el muelle tres lo sabían. Algunos sí. Los que sí lo sabían y luego tenían problemas con alguien del turno tenían a veces el tipo de accidentes que no eran accidentes y que los informes del puerto describían como accidentes porque los informes del puerto los escribían personas que también sabían ciertos cosas y que preferían no saber más.

No era seguro que el marido de esa mujer fuera uno de esos casos. Era posible.

Era suficientemente posible para que Yolanda lo supiera antes de que la mujer terminara de contarlo.

El niño dejó de mirar el mapa y miró a Yolanda.

Era una mirada sin pregunta específica, la mirada de los niños que han entendido que los adultos de la sala saben algo que ellos no saben y que están procesando eso sin tener los instrumentos para terminarlo de procesar. Yolanda le sostuvo la mirada un momento. El niño no la apartó.

Siguió con la reunión.

Al final de los cuarenta minutos tenía suficiente para el informe. Le explicó a la madre cuáles eran los pasos siguientes, qué podía hacer la ONG y qué no podía, cuánto tiempo solían tardar los procesos en ese tipo de casos, que era más tiempo del que nadie quería escuchar pero que era el tiempo real y que decir otra cosa hubiera sido otra forma de violencia menor. La mujer asintió a cada cosa sin tomar notas porque probablemente ya sabía que no iba a ser rápido y que asentir era lo único que se podía hacer.

Cuando se levantaron, el niño se levantó también y recogió el bolso de su madre del suelo, que era un gesto que Yolanda notó y que no comentó.

—Espere afuera un momento —le dijo a la madre—. Tengo que hacer una llamada rápida y luego le doy los formularios.

La madre asintió. Salieron los dos al pasillo.

El teléfono de Yolanda vibró en ese momento.

Era Camilo.

Yolanda miró la pantalla los dos segundos que tardó en decidir lo que ya sabía que iba a decidir. Luego cogió el bolso y salió por la puerta lateral que daba a la calle, la que usaban cuando necesitaban privacidad, que daba a un callejón lateral con el muro del edificio de enfrente y tres metros de espacio.

Descolgó.

—Dime —dijo.

—El siguiente despacho —dijo Camilo—. Necesito confirmación del volumen.

—¿Cuándo?

—El jueves.

—¿Cuánto?

Camilo dijo la cantidad.

—Entendido —dijo Yolanda.

Colgó.

Se quedó en el callejón el tiempo que tardó en guardar el teléfono en el bolso y en mirar el muro de enfrente, que era un muro sin ventanas pintado de amarillo en algún momento del pasado y que el tiempo había llevado a un amarillo desvaído que ya no era exactamente amarillo sino el recuerdo de haberlo sido.

Volvió a entrar.

El pasillo estaba vacío. La madre y el niño esperaban en la sala de espera del final del corredor, que era una sala pequeña con tres sillas naranjas y una mesita con revistas que nadie leía porque eran revistas de dos años antes y porque la gente que esperaba allí no estaba en condiciones de leer.

El niño estaba sentado con las manos en las rodillas mirando la puerta.

Cuando Yolanda abrió la puerta del pasillo, el niño la miró.

Yolanda sonrió.

No era una sonrisa que requiriera esfuerzo ni que fuera falsa. Era la sonrisa que uno tiene cuando mira a un niño de nueve años que ha estado quieto en una sala naranja esperando que los adultos terminen de hablar de lo que le pasó a su padre, y que cuando la

puerta se abre la mira con esa atención de quien espera algo sin saber exactamente qué espera.

—¿Vienes? —dijo Yolanda.

El niño se levantó.

El mapa

El mapa físico de América Atlántica que Perico había comprado en una librería del centro de Bogotá el tercer día de su estancia era de papel grueso, de esos que se doblan en ocho y que cuando se abren del todo ocupan más espacio del que uno había calculado. Extendido sobre la mesa de trabajo del hotel cubría la superficie entera y parte del borde, y Perico había tenido que mover la lámpara y el teléfono fijo para que cupiera. Olía a papel nuevo y a la tinta de impresión,

ese olor que tienen los mapas comprados y que desaparece con el uso, y bajo la luz del techo de la habitación los colores eran más saturados que en la calle: el azul del océano más intenso, el verde de las tierras tropicales más brillante, los nombres de los puertos en una tipografía pequeña que obligaba a acercarse para leer.

Perico llevaba cuarenta minutos con el bolígrafo en la mano.

Los puntos que había marcado eran cuatro. Buenaventura, en la costa pacífica colombiana, con un círculo azul y la letra A al lado. La Zona del Canal de Panamá, con un círculo más pequeño y la letra B, porque era el punto de tránsito que Decker había confirmado desde La Haya: al menos dos navieras con banderas de conveniencia que hacían esa escala de forma regular y que tenían antecedentes en las bases de datos de Europol. Las Palmas de Gran Canaria, con la letra C, que era el primer punto europeo, el lugar donde la mercancía cambiaba de barco y de manifiesto y se volvía, sobre el papel, otra cosa. Y Vigo, con la letra D y un círculo más grande porque era el punto donde Perico existía como inspector y donde el expediente había empezado.

La línea que unía los cuatro puntos cruzaba el Atlántico de izquierda a derecha en una diagonal que no era la más corta entre Buenaventura y Las Palmas sino la más lógica si uno necesitaba un punto de parada que fuera plausible para cualquier inspector de aduanas que mirara el manifiesto sin mirar demasiado.

Perico había trazado esa línea tres veces. Las dos primeras con el bolígrafo azul, que se había corrido un poco en el papel grueso. La tercera con un rotulador fino negro que encontró en el cajón de la mesa y que dejaba una línea más firme.

Lo que el mapa no mostraba todavía era el extremo gallego.

Tenía Vigo como punto de llegada. Tenía la empresa pantalla de la calle Policarpo Sanz con el administrador muerto. Tenía al gestor de la calle Uruguay con sus cuatro empresas similares. Lo que no tenía era el nombre de quien recibía la mercancía cuando llegaba a Vigo,

ni la estructura que la distribuía desde allí, ni ninguna persona con cara y nombre en ese lado de la cadena.

Eso era Galicia. Y Galicia estaba a cuatro mil kilómetros de donde él estaba sentado.

Ospina llegó a las diez con dos cafés en vasos de papel y un folder con tres páginas impresas que puso sobre el mapa sin explicar qué eran. Se sentó en la silla junto a la ventana y tomó el café sin decir nada.

Perico cogió las páginas.

La primera era una tabla de movimientos de la naviera panameña que Decker había rastreado en los últimos dos años: doce trayectos documentados con origen en puertos colombianos, cinco de ellos con escala en Las Palmas, tres de esos cinco con destino final en puertos del norte de España. Los tres puertos del norte de España eran Bilbao, Santander y Vigo. Vigo aparecía en dos de los tres.

La segunda página era el perfil de la naviera panameña: constituida hace siete años, cambio de accionistas principales hace cuatro, actualmente con dos barcos de carga activos y uno en revisión técnica en un astillero de Cartagena de Indias.

La tercera página era algo que Perico no había pedido: una relación de llamadas de un teléfono de prepago que la DIJIN había intervenido legalmente en el marco de otra investigación, con cinco llamadas en los últimos seis meses a un número español. El número español tenía prefijo de Pontevedra.

Perico levantó la vista.

—¿De cuándo es esto?

—La intervención es de hace ocho meses —dijo Ospina—. La investigación era por otro caso. El número de Pontevedra nunca fue el objetivo.

—¿Tienen el contenido de las llamadas?

—Solo metadatos. Duración y frecuencia. Las llamadas duraban entre dos y cuatro minutos. Siempre los martes.

—¿El número de Pontevedra está identificado?

—Está registrado a nombre de una empresa de servicios de limpieza de Cambados.

Perico miró el mapa. Cambados estaba en la ría de Arousa, en la provincia de Pontevedra, a cuarenta minutos en coche de Vigo. No estaba marcado en su mapa porque no había tenido razón para marcarlo hasta ese momento.

Lo marcó.

Escribió al lado: *Cambados. Empresa limpieza. Llamadas martes. Teléfono prepago Colombia.*

No era una prueba. Era un hilo. Era el tipo de hilo que en el noventa por ciento de los casos llevaba a otro hilo que llevaba a otro hilo hasta que uno de ellos llevaba a algo o hasta que la cadena se cortaba sin llegar a ningún sitio. Pero era el primer hilo que conectaba Colombia con Galicia por algo que no era el manifiesto de un barco.

—¿Alguien ha tirado de ese hilo? —preguntó Perico.

—No era nuestro objetivo —dijo Ospina.

—Lo sé. Pregunto si alguien lo ha investigado por el lado español.

—Que yo sepa, no.

Perico asintió. Bebió el café, que estaba en el punto entre caliente y templado que dura aproximadamente cuatro minutos antes de convertirse en templado definitivo.

Llamó a Nieto.

Tardó en coger. Era mediodía en Bogotá y las seis de la tarde en Vigo, que era una hora en que Nieto solía estar terminando los informes del día y en que cogía el teléfono con el tono de quien lo coge porque tiene que cogerlo y no porque quiera.

—Soy yo —dijo Perico.

—Dime.

—Tengo el mapa completo. O casi completo.

Una pausa.

—¿Qué tienes?

—Ruta documentada Buenaventura-Panamá-Las Palmas-Vigo. Naviera con antecedentes en Europol. Doce trayectos en dos años, dos con destino Vigo. Y un teléfono de prepago colombiano con cinco llamadas a un número de Cambados en los últimos seis meses.

—¿Cambados.

—Provincia de Pontevedra. El número está a nombre de una empresa de limpieza.

—Eso puede ser cualquier cosa.

—Puede ser —dijo Perico—. También puede ser el extremo gallego de la ruta. Y si lo es, no es Vigo solo. Es algo más estructurado que un camión con una cavidad.

Nieto tardó más en responder esta vez.

—¿Qué necesitas?

—Coordinación con Europol, que ya tengo el contacto activado. Y acceso a los registros de la empresa de Cambados por el lado español. Para eso necesito que la petición salga desde aquí, no desde Colombia, porque si sale desde Colombia levanta banderas en los sistemas que no queremos levantar todavía.

—¿Tienes base legal para la petición?

—Tengo la conexión entre la naviera y el cargamento de Vigo, que es suficiente para una solicitud de información preliminar. No para una intervención, pero sí para mirar los registros mercantiles.

—¿Cuánto tiempo necesitas aquí todavía?

—Dos días más. Hay una cosa que quiero verificar en Jericó antes de volver.

—¿Qué cosa?

—El origen de la estructura financiera. Ospina tiene datos de la finca que no están en los informes que me mandaron. Quiero trabajarlos antes de irme.

—Dos días —dijo Nieto.

—Dos días.

Otra pausa.

—Voy a necesitar hablar con el jefe de unidad para activar la coordinación con Europol —dijo Nieto—. Eso no lo puedo hacer sola.

—Lo sé.

—Eso significa que el caso sale de tu mesa.

—Lo sé —repitió Perico.

—¿Estás cómodo con eso?

Era una pregunta que Nieto hacía pocas veces, que era otra forma de decir que sabía la respuesta y que la preguntaba igualmente porque la respuesta de Perico era información que necesitaba tener.

—No especialmente —dijo Perico—. Pero el caso lo requiere.

—Bien —dijo Nieto—. Te llamo mañana cuando hable con el jefe de unidad. No hagas nada con Cambados hasta que yo te diga.

—Entendido.

—Y Perico.

—Sí.

—Buen trabajo.

Colgó.

Era la primera vez en dieciocho meses de trabajo juntos que Nieto decía eso. Perico lo registró y lo dejó donde estaba, que era en la conversación pasada, porque no era el tipo de información que cambiaba lo que había que hacer a continuación.

Ospina había terminado el café y tenía el vaso vacío en la mano, girándolo despacio entre los dedos con el gesto de quien tiene algo que hacer con las manos mientras piensa.

—¿Cuánto tiempo llevan activos? —preguntó Perico.

—¿La ruta?

—En total. Desde el principio.

Ospina dejó el vaso en la mesa.

—La estructura colombiana lleva veinte años —dijo—. La ruta atlántica, en su forma actual, entre ocho y diez. Antes usaban otra cosa.

—¿Qué usaban antes?

—El Caribe. Más corto pero más controlado. Cuando apretaron en el Caribe buscaron otra salida.

Perico miró el mapa.

Ocho años de ruta activa. Doce trayectos documentados en dos años, que si la proporción era constante eran cuarenta y ocho en el período completo, o más si la frecuencia había aumentado con el tiempo. En cada trayecto, el peso variable que no estaba en el manifiesto pero que sí estaba en la cavidad. Los números que resultaban de multiplicar eso por el precio de mercado eran los números que hacían que las estructuras como esta pudieran pagar abogados para el día en que alguien los encontrara.

—¿Por qué ahora? —preguntó Perico.

Ospina lo miró.

—¿Por qué ahora qué?

—¿Por qué el error del camión ahora? Si llevan ocho años sin que nadie los encuentre, ¿qué cambió para que haya un error en el peso de una factura?

Ospina tardó.

—Eso es lo que yo también me pregunto —dijo.

No dijo nada más. Era una respuesta que funcionaba como respuesta y también como otra cosa, como la señal de que había pensado en esa pregunta antes y que la respuesta que tenía no era la que podía decir en ese momento o no era suficientemente sólida para decirla o era las dos cosas.

Perico no preguntó qué quería decir.

Se quedaron los dos mirando el mapa extendido sobre la mesa, las cuatro letras en los cuatro puntos, la línea diagonal que cruzaba el azul del océano de izquierda a derecha. Cambados estaba marcado con una X pequeña en el extremo europeo, al lado del D de Vigo pero no encima.

Por la ventana del hotel, Bogotá a mediodía era un ruido que no entraba del todo pero que se sentía como una presión constante en el cristal, la ciudad que existía ahí fuera sin parar independientemente de lo que ocurriera en una habitación de hotel con un mapa encima de la mesa.

Perico cogió el rotulador negro y trazó una línea desde Cambados hasta Vigo.

Era una línea corta. Cuarenta kilómetros en el mapa, que en el papel eran menos de un centímetro. La más corta de todas las líneas que había dibujado esa mañana.

Y sin embargo era la que todavía no podía completar.

Roi y Camilo

El lobby del Hotel Zenit de Vigo a las once de la mañana de un martes tenía esa quietud de los hoteles de ciudad en horas intermedias: sin el movimiento del check-in de la mañana y sin el del regreso de la tarde, con el personal en sus posiciones haciendo cosas que no requerían urgencia y con los dos o tres huéspedes que transitaban el espacio en la dirección de sus propios asuntos sin relación con los de nadie más. Olía al ambientador del hotel, que era un olor neutro diseñado para no molestar y que por esa neutralidad producía una ausencia de olor más que un olor, y al café que la máquina del rincón de la recepción mantenía caliente en un termo de acero que llevaba allí desde las siete de la mañana.

Roi llegó primero.

Pidió dos cafés en la barra y los llevó a la mesa del fondo, la que estaba junto a la ventana que daba al lateral del hotel y no a la entrada principal. Había elegido esa mesa dos días antes cuando había entrado a revisar la disposición del espacio, que era un hábito que había desarrollado en los últimos años sin que nadie le dijera que debía desarrollarlo. La mesa tenía visibilidad de la puerta de acceso desde recepción y estaba suficientemente alejada de las otras mesas para que una conversación en tono normal no llegara a ningún sitio con nitidez.

Camilo entró ocho minutos después.

Traía una pequeña maleta de cabina con ruedas, la de quien llega del aeropuerto o va a salir de viaje, y la dejó junto a la silla antes de sentarse. No tendió la mano. Asintió con la cabeza, lo justo para que fuera un saludo sin ser un gesto que requiriera reciprocidad.

Los dos cafés estaban en la mesa. Ninguno de los dos los tocó.

—Vuelo bien? —preguntó Roi.

—Bien. Una hora de retraso en Barajas.

—Siempre.

—Siempre —dijo Camilo.

Una pausa del tipo que en una reunión de trabajo señala que los preliminares han terminado y que lo que sigue es la reunión.

—El mercado del norte —dijo Roi— tiene más capacidad de absorción de la que estamos usando.

Camilo esperó.

—He hecho los números —continuó Roi—. Con la infraestructura de distribución que tenemos ahora, podríamos manejar el doble del volumen actual sin cambiar nada sustancial en la estructura. El problema no es la distribución. El problema es la entrada.

—¿Qué tipo de números?

Roi no sacó nada. Los números estaban en su cabeza, que era donde tenían que estar.

—En el último año, el mercado gallego ha crecido un treinta por ciento en capacidad de consumo. Eso es conservador, y lo digo siendo conservador. La demanda está ahí. Lo que no está es el producto suficiente para cubrirla.

Camilo miraba la mesa. No al café, no a Roi, sino a la superficie de la mesa, que era una manera de mirar que no era distracción sino procesamiento.

—El canal actual —dijo Camilo— ha funcionado porque tiene un tamaño que no llama la atención. El doble del volumen es el doble de movimiento. El doble de movimiento es el doble de exposición.

—No si se gestiona bien.

—¿Cómo se gestiona bien el doble de exposición?

—Diversificando los puntos de entrada —dijo Roi—. Ahora toda la fruta tropical entra por el mismo canal. Si distribuimos entre dos o tres canales distintos, el volumen de cada uno sigue siendo razonable.

Camilo levantó los ojos de la mesa.

—¿Tiene usted esos canales?

—Tengo uno desarrollado y uno en proceso.

—¿El segundo cuándo está operativo?

—Seis meses. Quizás ocho.

—Ocho meses es un período de transición. En ese período el canal actual tendría que asumir más carga de la habitual mientras el segundo se establece.

—Seis semanas. No más. Y con cuidado.

Camilo volvió a mirar la mesa.

Roi esperó. Era el tipo de espera que le costaba, la que no tenía acción posible porque la acción correspondía al otro y porque intervenir antes de que el otro terminara de pensar era el error que hacía la gente impaciente, y Roi sabía que era impaciente y sabía que saberlo no lo curaba pero sí le daba el margen para controlarlo en las reuniones que importaban.

Esta importaba.

—La fruta tropical que entra actualmente —dijo Camilo—, ¿la distribución en los mercados del norte la gestiona usted completamente?

—Completamente.

—¿Sin participación de terceros en el tramo final?

—El tramo final es nuestro. Siempre ha sido nuestro.

—¿Y el almacenamiento intermedio?

—Tenemos tres puntos. Todos nuestros.

Camilo asintió una vez, despacio.

—El problema no es la distribución ni el almacenamiento —dijo—. El problema es que el volumen aumentado requiere más frecuencia de

entrada. Más frecuencia de entrada es más oportunidades de encontrar algo que no debería encontrarse.

—El canal actual lleva ocho años sin incidentes.

—El canal actual tuvo un incidente hace tres meses.

Roi no respondió de inmediato.

Era verdad. El incidente de hacía tres meses era el camión de Vila Nova de Gaia, que era la razón por la que Roi había tenido que ajustar el volumen del último envío, que era la razón por la que el camión había llegado con doce kilos en una cavidad diseñada para cincuenta, que era la razón por la que Perico llevaba tres meses con un expediente en la comisaría de la calle Lalín. Nada de esto era lo que Roi y Camilo estaban diciendo en ese momento, porque lo que Roi y Camilo estaban diciendo era sobre fruta tropical y mercados del norte, pero era exactamente lo que estaba debajo de cada frase.

—Un incidente menor —dijo Roi—. Gestionado.

—Los incidentes menores que se gestionan bien no son el problema. El problema es el patrón. Si el canal tiene un incidente menor, ¿cuándo tiene el siguiente?

—No tiene por qué tenerlo.

—Tiene probabilidad de tenerlo —dijo Camilo—. Y si tiene el siguiente con el doble de volumen, el coste es el doble.

Roi se recostó en la silla.

Era el primer movimiento físico que hacía desde que se había sentado, y en él había algo de la impaciencia que había estado controlando, no una pérdida de control sino el reconocimiento de que la conversación había llegado a un punto de fricción que iba a requerir más trabajo del que había planeado.

—¿Qué garantías necesita? —preguntó.

—Tres meses sin variación de volumen —dijo Camilo—. Si en tres meses el canal actual funciona sin incidentes, hablamos del

aumento.

—Tres meses es un cuarto del año.

—Es el tiempo mínimo para verificar que el canal está estable después del incidente.

—El canal está estable ahora.

—Lo que usted dice y lo que yo puedo verificar son cosas distintas.

La frase no era un insulto. Era una delimitación de la información disponible para cada uno, que era algo diferente aunque sonara parecido. Roi lo entendió así porque había aprendido a entender así las frases de Camilo, que no atacaban sino que situaban.

—Dos meses —dijo Roi.

Camilo consideró.

—Dos meses —dijo—. Con un ajuste de volumen menor en el primer mes. No aumento, no reducción. Estabilidad.

—Puedo trabajar con eso.

Era el acuerdo. No sobre lo principal, que era el aumento de volumen, sino sobre el período de verificación previo al aumento, que era el acuerdo que desbloqueaba la conversación sin resolver todavía lo que Roi había venido a resolver.

Roi lo sabía. También sabía que era lo que podía obtener en esta reunión y que insistir en más sería el tipo de error que deteriora la relación más que el resultado concreto que persigue.

—De acuerdo —dijo.

Y entonces hizo algo que Camilo no hacía y que era parte de la diferencia entre los dos: sonrió. No una sonrisa de actuación sino la que se tiene cuando una negociación ha producido aunque sea un resultado parcial y el cuerpo registra eso como avance porque para Roi cualquier avance era mejor que ninguno.

Camilo no sonrió. Recogió el café que no había bebido y lo dejó en el borde de la mesa en señal de que había terminado con él, que era otra forma de indicar que la reunión había concluido en lo que tenía que concluir.

Se levantaron.

No hubo apretón de manos, igual que no lo había habido al llegar. Camilo recogió la maleta de cabina. Roi cogió el teléfono de la mesa.

Salieron del lobby en direcciones distintas: Camilo hacia la puerta principal donde un taxi lo estaría esperando para el aeropuerto de Peinador, Roi hacia la salida lateral que daba a la calle Uruguay, donde había aparcado el coche.

Desde la recepción, si alguien hubiera estado mirando, habría visto a dos hombres de negocios que acababan de tener una reunión de trabajo en la zona de descanso de un hotel de ciudad y que se separaban al terminar con la normalidad de quienes tienen el resto del día por delante.

Roi encendió el teléfono en la calle.

Marcó. Esperó dos tonos.

—Soy yo —dijo cuando contestaron—. Dos meses. Luego seguimos hablando.

La respuesta llegó en una frase que el narrador no recoge porque pertenece al silencio del lado gallego del Atlántico, donde Manuela Valeira estaba en ese momento sentada a la mesa de su cocina con el teléfono en la mano y la vista en el jardín donde noviembre había quitado las flores a las hortensias y dejado solo los tallos, que en esa luz del mediodía tenían el color del tiempo que pasa.

En el otro extremo de Vigo, en el taxi que tomaba la autopista hacia el aeropuerto, Camilo marcó un número colombiano.

—Dos meses de verificación —dijo cuando contestó Ernesto—. Luego veremos.

—¿Cómo los ves? —preguntó Ernesto.

—Sólidos en la estructura. Impacientes en los tiempos.

—¿El chico?

—El chico es el problema habitual —dijo Camilo—. Los que quieren crecer más rápido de lo que la estructura aguanta.

—¿Lo controlamos?

—Por ahora —dijo Camilo—. Por ahora sí.

El taxi entró en el túnel de la autopista y la señal se cortó. Camilo guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y miró el techo del túnel que pasaba sobre él a ciento veinte kilómetros por hora, los paneles de hormigón idénticos uno tras otro, y esperó a que saliera la luz del otro lado.

La operación

El despacho del juez Bermúdez olía a papel viejo y al café que la moka en la esquina de la estantería mantenía caliente desde las ocho de la mañana con esa perseverancia de los aparatos de cocina en los despachos que nadie apaga porque apagarlos requeriría una decisión que nadie ha tomado todavía. Los libros de las estanterías estaban forrados en plástico transparente, todos, incluidos los de publicación reciente, lo cual sugería un sistema de organización que había comenzado décadas atrás y que se había mantenido por inercia o por convicción, era imposible saber cuál de las dos cosas. Bermúdez tenía setenta y un años y llevaba veintidós en el juzgado de instrucción número cuatro de Vigo, que era el tiempo suficiente para que el despacho fuera una extensión de sí mismo más que un espacio de trabajo.

Estaba sentado detrás de la mesa cuando Perico entró con Nieto y el abogado del Estado que había solicitado veinticuatro horas antes y que se llamaba Carreño y tenía cuarenta años y la expresión de alguien que ha preparado esta reunión y confía en esa preparación.

Bermúdez no se levantó. Señaló las tres sillas frente a la mesa con un gesto que no era descortesía sino eficiencia: llevaba suficientes años recibiendo gente en ese despacho para saber que los saludos de pie retrasan lo que hay que tratar sin añadir nada útil.

—Siéntense —dijo.

Se sentaron.

Bermúdez tenía el expediente sobre la mesa, el que Perico había remitido a través de Nieto la semana anterior. Estaba abierto por una página del tercio final, lo cual indicaba que lo había leído completo y que lo que le interesaba discutir no era el principio.

—Inspector Losada —dijo Bermúdez—. La factura de la naviera panameña. ¿Cómo llegó a sus manos?

—A través de la Agencia Tributaria. Llegó con retraso por un problema de clasificación en el sistema.

—¿El retraso está documentado?

—Hay un registro de la fecha de clasificación en el sistema de la Agencia y la fecha de remisión a mi expediente. La diferencia es de veintiún días.

—¿Veintiún días.

—Sí.

Bermúdez anotó algo en el cuaderno que tenía a la derecha, un cuaderno de espiral que no iba con el resto del despacho pero que era evidentemente el que usaba en las reuniones. No era una anotación larga. Tres o cuatro palabras.

—La intervención del teléfono de prepago colombiano —continuó Bermúdez—. Esa no está en el expediente que me mandaron. Está mencionada pero la documentación de la intervención no está adjunta.

—La intervención fue realizada por la DIJIN colombiana en el marco de una investigación propia. Está documentada en Colombia. Para adjuntarla al expediente español necesitaría la comisión rogatoria que estoy solicitando hoy.

—Es decir, la prueba existe pero está en un país del que no tengo jurisdicción todavía.

—Así es.

Bermúdez cerró el expediente. Lo dejó en la mesa sin apartarlo, que era la señal de que no había terminado con él sino de que pasaba a otra cosa.

—¿Por qué la Guardia Civil no está en esta reunión? —preguntó.

Era la pregunta que Perico había esperado desde el momento en que había pedido la reunión, porque era la pregunta obvia y porque Bermúdez era el tipo de juez que hacía las preguntas obvias antes que las elaboradas.

—El expediente inicial es de la Policía Nacional —dijo Perico—. En la fase de vigilancia electrónica que estoy solicitando, la coordinación con la Guardia Civil es necesaria para el componente marítimo. Tengo un contacto en la Unidad de Acción Fiscal de la Guardia Civil de Pontevedra, el subteniente Dacal, que está informado del caso en términos generales.

—¿En términos generales.

—Sí.

—¿Y en términos específicos?

—En términos específicos, la coordinación formal requeriría la autorización de la vigilancia, que es lo que estoy solicitando hoy.

Bermúdez lo miró durante tres segundos, que en ese despacho con ese silencio eran tres segundos notorios.

—Lo que me está diciendo —dijo Bermúdez— es que ha compartido información con la Guardia Civil de forma informal sin que exista todavía un marco de coordinación oficial.

—Le he dado a Dacal suficiente para que sepa que hay una investigación activa en la zona y que si encuentra algo relevante me lo comunique. No le he dado el expediente.

—¿Y él le ha dado algo a usted?

—Confirmación de que hay actividad irregular en la costa de las Rías Baixas que no ha podido documentar suficientemente para abrir expediente propio.

—¿Eso está en algún papel?

—No está en ningún papel.

Bermúdez anotó de nuevo. Más palabras esta vez, pero con el mismo bolígrafo y el mismo ritmo que antes.

Nieto no había dicho nada desde que se habían sentado. Era la postura correcta en esa reunión: la presencia de la inspectora jefe acreditaba que el expediente tenía respaldo institucional sin que su

intervención fuera necesaria mientras el intercambio estuviera siendo manejado.

Carreño, el abogado del Estado, tampoco había dicho nada. Tenía una carpeta abierta sobre las rodillas que no había consultado.

—La cadena de custodia del análisis de la muestra —dijo Bermúdez — tiene una discontinuidad de cuarenta y ocho horas entre la recogida en el camión y la entrega al laboratorio.

—Hubo un problema con el transporte del material. El informe del laboratorio lo documenta.

—¿Qué tipo de problema?

—Un error administrativo en la clasificación del envío. El material fue enviado al laboratorio de Pontevedra en lugar del de Vigo y tuvo que ser redirigido.

—¿Cuarenta y ocho horas en tránsito.

—Cuarenta y tres horas y veinte minutos, según el registro del laboratorio.

—¿El laboratorio certifica que la muestra no fue comprometida durante ese tránsito?

—El laboratorio certifica que la muestra llegó con los sellos de seguridad intactos y que el análisis es válido.

Bermúdez dejó el bolígrafo en la mesa.

Era un gesto que Perico interpretó como el fin de la fase de preguntas sobre la documentación y el inicio de algo distinto, que era la evaluación de lo que había escuchado.

—Inspector —dijo Bermúdez—. Las cuarenta y tres horas de la muestra y los veintiún días de la factura son dos cosas distintas pero tienen algo en común: son las dos partes del expediente donde la cadena es más vulnerable. Si este caso llega a juicio, que es el objetivo presumible de lo que me está pidiendo hoy, un buen abogado defensor va a atacar esas dos partes.

—Lo sé.

—¿Lo sabe y me está pidiendo que autorice la vigilancia igualmente?

—Le estoy pidiendo que evalúe si lo que tengo es suficiente para justificar la vigilancia, que es una decisión distinta a la de si las pruebas son suficientes para un juicio. La vigilancia puede producir pruebas nuevas que sean más sólidas que las que tengo ahora.

Bermúdez miró a Nieto por primera vez en la reunión.

—¿La Brigada respalda esta solicitud?

—La respaldamos —dijo Nieto.

Bermúdez volvió a coger el bolígrafo. Escribió algo en la última página del cuaderno, lo que Perico no podía leer desde el otro lado de la mesa.

—Voy a autorizar la vigilancia electrónica de los números identificados en el expediente. —Una pausa—. Con condiciones. Primera: cualquier intervención que produzca material para el expediente tiene que ser comunicada a este juzgado en un plazo de cuarenta y ocho horas. Segunda: la coordinación con la Guardia Civil debe formalizarse antes de que comience la fase de vigilancia activa. Tercera: la comisión rogatoria para Colombia la voy a tramitar, pero necesito la documentación completa de la intervención colombiana en un plazo de treinta días. Si en treinta días no tengo esa documentación, la comisión queda suspendida.

—Entendido —dijo Perico.

—¿Algo más?

—La filtración a prensa —dijo Perico—. Si hay algún indicio de que el expediente ha sido accedido por alguien externo, me gustaría saberlo.

Bermúdez lo miró.

—¿Tiene razones para pensar que hay una filtración?

—No todavía. Es una precaución.

—Si hay una filtración de este juzgado —dijo Bermúdez con el tono preciso de quien delimita su territorio—, yo seré el primero en saberlo y el primero en actuar. ¿Algo más?

No había nada más.

Salieron los tres al pasillo. Carreño dijo algo sobre los plazos de la comisión rogatoria que Perico escuchó con atención suficiente para captar lo esencial y que era que el proceso tenía dos semanas en condiciones normales y que en este caso podría acelerarse si la solicitud se redactaba de cierta manera que Carreño ya había preparado. Perico le dijo que lo hiciera así.

En el ascensor, Nieto dijo:

—Las cuarenta y tres horas.

—Lo sé —dijo Perico.

—Si Xulia Vidal acaba defendiendo a alguien de este caso, las cuarenta y tres horas son lo primero que va a usar.

—Lo sé —repitió Perico.

Xulia Vidal era la abogada defensora que aparecía en tres de los últimos cinco casos de narcotráfico significativos juzgados en Galicia, y cuyo nombre Perico había encontrado en los archivos cuando había empezado a construir el perfil del entorno legal del clan. No estaba en ningún documento del expediente. Era simplemente un nombre que aparecía en los lugares donde aparecía.

El ascensor abrió en la planta baja.

Perico sacó el teléfono en el vestíbulo, el gesto automático de quien lleva noventa minutos sin mirarlo. Tenía tres notificaciones de la aplicación de noticias y dos mensajes de Ramos.

Los mensajes de Ramos decían lo mismo con cuatro minutos de diferencia entre uno y otro: *Llámame* y *Urgente*.

Perico llamó mientras cruzaba las puertas de cristal hacia la calle.

—¿Qué pasa?

—Que hay un titular en La Voz de Galicia digital desde hace veinte minutos —dijo Ramos—. *Investigación policial sobre red de narcotráfico con conexiones internacionales en Vigo.* Tres párrafos. Sin fuentes nombradas.

Perico se paró en la acera.

Nieto salió detrás de él y lo vio parado y se paró también.

—¿Qué hay en los tres párrafos? —preguntó Perico.

—Que hay una investigación activa. Que implica conexiones con Colombia. Que hay incautaciones relacionadas. Nada de nombres, nada de estructuras concretas.

—¿Cuándo lo publican?

—Está publicado. Lleva veinte minutos en la web.

Perico colgó sin despedirse, que era algo que hacía cuando la información que acababa de recibir requería procesar antes de hacer cualquier otra cosa.

Le pasó el teléfono a Nieto con la pantalla encendida.

Nieto leyó. Su expresión no cambió de una manera que Perico pudiera clasificar con precisión, pero algo en la postura cambió, ese ajuste milimétrico que tiene el cuerpo cuando recibe una información que cambia los cálculos previos.

—¿Cuántas personas sabían de la reunión de hoy? —preguntó Perico.

—La que tenía que saber —dijo Nieto.

—¿Y la comisión rogatoria?

—La solicitud la preparó Carreño y la firmé yo ayer tarde.

Perico miró la calle.

La acera del Palacio de Justicia de Vigo a las doce y cuarto de un jueves tenía el tráfico peatonal habitual de esa zona a esa hora: funcionarios de los juzgados en el descanso de media mañana,

abogados que salían o entraban, gente de paso. La lluvia que había empezado a caer cuando habían entrado a la reunión seguía cayendo con la consistencia de la lluvia de Vigo que no avisa de cuándo va a terminar porque quizás no va a terminar.

Perico buscó la noticia en su teléfono.

Investigación policial sobre red de narcotráfico con conexiones internacionales en Vigo. El titular era exactamente lo que Ramos había dicho. El texto era tres párrafos que contenían suficiente para que quien supiera de qué iba el caso reconociera el caso y suficiente vaguedad para que quien no supiera no pudiera precisar nada.

Alguien sabía.

No sabía exactamente qué, pero sabía que había algo.

Guardó el teléfono.

—Necesito saber si esto llega a los Valeiras antes de que tengamos la vigilancia activa —dijo.

—Si llega —dijo Nieto— se van a poner en modo defensivo.

—Lo van a ver igual que todo el mundo. En internet.

—En internet está desde hace veinte minutos.

Perico miró la calle mojada. Una mujer con un paraguas azul pasó a dos metros sin mirarlo. Un abogado con toga salió de las puertas de cristal y se alejó en la dirección opuesta.

No sabía quién había filtrado. No tenía manera de saberlo todavía y quizás no la tendría nunca, que era el tipo de incertidumbre que en las investigaciones largas se aprende a alojar en algún sitio donde no impide trabajar.

Empezó a caminar hacia la comisaría.

Nieto lo siguió.

Ernesto y su médico

La sala de espera de la Clínica Las Américas tenía el aire acondicionado puesto a una temperatura que era razonable para alguien que llevara traje y que para Ernesto, que llevaba camisa de manga corta, producía un frío seco e institucional que no tenía nada que ver con el frío de la montaña ni con ningún otro frío que él reconociera como natural. El zumbido del sistema de climatización era constante y estaba calibrado para no molestar, lo cual significaba que estaba calibrado para ser ignorado, aunque Ernesto no lo ignoraba porque Ernesto tenía el hábito de registrar los sonidos de los espacios en que estaba sin que eso le requiriera ningún esfuerzo consciente.

Había una revista en la mesita de al lado. Era una revista de viajes con una fotografía de una playa en la portada, de esas playas que existen principalmente en las portadas de las revistas de viajes, con un agua de un azul que en el mundo real solo tiene ese color en determinadas condiciones de luz que no coinciden con las horas en que la gente suele estar en las playas. La cogió, la abrió por una página del medio y la volvió a dejar. No era que no tuviera interés en leer. Era que no era ese tipo de lectura lo que quería en ese momento.

Llevaba cuarenta minutos esperando. La cita era a las diez. Eran las diez y cuarenta.

A su lado, a dos sillas de distancia, una señora mayor rezaba el rosario en silencio, los labios moviéndose sin sonido, los dedos pasando las cuentas con la automaticidad de quien ha hecho ese recorrido suficientes veces para que las manos lo hagan solas. Ernesto la miró un momento. Luego miró hacia la ventana que daba al jardín interior de la clínica, donde había tres palmas y un banco de madera en el que nadie estaba sentado.

El médico que lo atendía se llamaba Vargas. Treinta y ocho años, cirujano cardiovascular con especialización en arritmias, según la tarjeta que le habían dado en recepción cuando había pedido la cita

seis semanas antes. Ernesto había tardado seis semanas en pedir la cita porque en esas seis semanas había pensado que los síntomas iban a resolverse solos, que era lo que hacía siempre con las cosas que podían resolverse solas, que era también la razón por la que a veces dejaba que cosas que no podían resolverse solas se resolvieran mal.

Lo llamaron a las once menos diez.

El consultorio era pequeño y ordenado, con los diplomas en la pared enmarcados y la mesa limpia y el modelo del corazón en plástico que tienen todos los cardiólogos en algún punto del escritorio, ese modelo que muestra las cámaras y las válvulas en colores distintos y que sirve para explicar cosas que de otra manera requieren dibujos. El doctor Vargas era más joven de lo que Ernesto había esperado, con el pelo corto y los lentes de montura fina de los médicos que han estudiado mucho recientemente y que todavía tienen esa energía del conocimiento reciente que con los años se convierte en otra cosa.

—Don Ernesto. —Le tendió la mano—. Siente, por favor.

Ernesto se sentó.

—He revisado los resultados del Holter —dijo Vargas, abriendo la carpeta en la pantalla del ordenador—. El monitoreo de cuarenta y ocho horas muestra un patrón de fibrilación auricular paroxística. No es continua. Aparece en episodios de entre veinte minutos y dos horas, principalmente en las horas de la noche y la madrugada.

Ernesto escuchó.

—¿Qué significa paroxística? —preguntó.

—Que viene y va. No es una fibrilación permanente. El corazón entra en el ritmo irregular y luego vuelve a la normalidad por sí solo. Por ahora.

—¿Por ahora.

—La fibrilación auricular paroxística tiende a progresar con el tiempo. En la mayoría de los casos acaba siendo persistente, que significa que el corazón no vuelve al ritmo normal sin intervención. Pero ese proceso puede tomar años.

—¿Cuántos años?

—No hay manera de predecirlo con exactitud. Depende de la respuesta al tratamiento, de los factores de riesgo, de cómo evolucione.

Ernesto miró el modelo de plástico en el escritorio. El corazón en el modelo era más grande que un corazón real y tenía los colores del material didáctico, el rojo y el azul de las cámaras distinguidas para que se entendiera la circulación.

—¿Qué tratamiento? —preguntó.

Vargas explicó. Un anticoagulante para reducir el riesgo de trombos, que era el riesgo principal de la fibrilación auricular porque cuando el corazón no bombea con regularidad la sangre puede coagularse en las aurículas. Un antiarrítmico para intentar mantener el ritmo normal. Control cada tres meses. Ajuste de la medicación según respuesta.

—¿Cirugía?

—No en esta fase. Hay procedimientos, la ablación por catéter, que se considera cuando la medicación no es suficiente. Pero empezamos por aquí.

Ernesto asintió.

—¿Puedo seguir trabajando? —preguntó.

Vargas lo miró con la atención de los médicos que reciben esa pregunta de maneras distintas dependiendo de quién la hace.

—Sí —dijo—. Con la medicación y los controles puede hacer una vida normal. Lo que tiene que evitar es el estrés sostenido y el

agotamiento físico prolongado. El corazón tolera el estrés puntual. Lo que no tolera bien es el crónico.

—¿Cuánto es crónico?

—Cuando se convierte en el estado habitual. Cuando el cuerpo no tiene tiempo de recuperar entre un episodio y el siguiente.

Ernesto pensó en eso un momento sin que la reflexión fuera visible en su cara.

—Entendido —dijo.

Salió de la clínica con la receta y con la fecha del siguiente control en una tarjeta pequeña de cartulina que guardó en el bolsillo de la camisa, junto al rosario. El coche lo esperaba en el aparcamiento. El conductor, Hernán, que llevaba nueve años llevándolo a donde tenía que ir sin hacer preguntas sobre a dónde iba ni sobre lo que hacía cuando llegaba, lo vio salir y arrancó el motor antes de que Ernesto abriera la puerta.

—A la finca —dijo Ernesto.

El camino desde Medellín hasta Jericó duraba lo que duraba dependiendo del tráfico en la salida de la ciudad y de las condiciones de la carretera secundaria, que en época de lluvias podía sorprender con cierres de media hora por deslizamientos menores que los cuadrilleros arreglaban en el tiempo que tardaban en llegar. Ese día no había ni tráfico ni deslizamientos y el camino duró lo que debía durar, que era tiempo suficiente para que Ernesto mirara por la ventanilla el paisaje que conocía de memoria y que en ese momento le parecía el mismo de siempre, que era lo que le parecía siempre.

Camilo estaba en La Esmeralda cuando llegó.

Había llegado desde Medellín por la mañana y tenía el portátil abierto en la mesa del comedor con papeles alrededor, el tipo de espacio de trabajo que montaba cuando tenía que trabajar en la finca y que Ernesto toleraba porque Camilo trabajaba en cualquier parte y montar ese espacio era simplemente su manera de trabajar,

aunque a Ernesto le pareciera que la mesa del comedor no era el lugar para eso.

—¿Cómo fue? —preguntó Camilo sin levantar los ojos del portátil.

—Bien —dijo Ernesto.

Fue a la cocina, le pidió a Amparo un tinto y volvió al comedor. Se sentó en la silla de la cabecera, que era donde se sentaba siempre, y tomó el tinto cuando Amparo lo trajo.

Camilo seguía con el portátil.

—Necesito hablarte de algo —dijo Ernesto.

Camilo cerró el portátil. Era un gesto que Ernesto reconocía como la señal de que Camilo estaba disponible para la conversación, que era también la señal de que Camilo había detectado algo en el tono o en la frase que indicaba que lo que venía requería atención.

—Quiero cerrar la operación europea para fin de año —dijo Ernesto.

Camilo lo miró.

No era una metáfora de ganado ni era el lenguaje oblicuo que usaban en presencia de otros o en lugares donde la conversación podía ser escuchada. Era la primera vez en muchos meses que Ernesto nombraba la operación así, directamente.

—¿Por qué fin de año? —preguntó Camilo.

—Porque lleva ocho años funcionando y el año pasado hubo un incidente que no debería haber habido. Porque Roi Valeira quiere escalar y eso no es lo que quiero yo. Y porque quiero salir mientras todavía se puede salir bien.

Camilo esperó antes de responder. Era su manera de procesar: no llenaba el silencio con respuestas parciales sino que esperaba a tener la respuesta completa antes de decirla.

—La operación europea genera el treinta y dos por ciento de los ingresos netos —dijo—. Cerrarla a fin de año deja un hueco que no

podemos cubrir con lo que tenemos en Colombia sin reestructurar todo el modelo.

—Sé lo que genera.

—Entonces sabe lo que significa cerrarlo.

—Significa que tenemos que reestructurar.

—Reestructurar en seis meses es demasiado rápido —dijo Camilo—. Hay compromisos con las estructuras de distribución gallega que no se pueden cortar de un día para otro sin consecuencias. Hay relaciones construidas durante ocho años que si se cierran mal se convierten en un pasivo.

—Un pasivo de qué tipo.

Camilo sostuvo la mirada de su padre.

—Del tipo que no se gestiona con una reunión —dijo.

Ernesto tomó el tinto. Lo tomó despacio, que era como lo tomaba siempre, y dejó la taza en la mesa con el cuidado de quien sabe que los gestos bruscos con la loza no sirven de nada.

—¿Cuánto tiempo necesitas para cerrar ordenadamente? —preguntó.

—Dos años como mínimo. Uno si todo sale bien.

—Un año.

—Un año en el mejor caso —repitió Camilo—. Y eso asumiendo que los Valeiras acepten una reducción gradual del volumen sin buscar otro proveedor. Lo cual no está garantizado.

—Si buscan otro proveedor es problema de ellos.

—También nuestro. Si los Valeiras buscan otro proveedor y lo encuentran, ese proveedor va a querer el territorio que hemos construido durante ocho años. Y entonces sí tenemos el tipo de pasivo del que hablaba.

Ernesto miró hacia la ventana que daba al corredor. Desde allí no se veía el paisaje sino el corredor, con la hornacina de la Virgen y el corredor vacío a esa hora de la tarde.

—Un año —dijo Ernesto.

—Como mínimo.

—Vamos a ver qué pasa en un año.

Era el final de la conversación. No porque hubieran llegado a un acuerdo sino porque habían llegado al punto donde ninguno de los dos tenía más que agregar que fuera útil en ese momento, que era un tipo de final diferente aunque desde fuera pudiera parecer similar.

Camilo abrió el portátil.

Ernesto se quedó con la taza vacía en la mano y luego se levantó y salió al porche.

Eran las cinco de la tarde. La luz era la del atardecer temprano de noviembre en Antioquia, que no es la luz dorada del atardecer de otras épocas sino una luz más blanca y más quieta, la que llega cuando el sol ya ha bajado lo suficiente para perder intensidad pero no lo suficiente para desaparecer. Las gallinas andaban por el patio lateral, el grupo de ocho que Amparo tenía para los huevos, moviéndose con esa sistematicidad desordenada de las gallinas que parecen ir hacia algún sitio y luego no van a ninguno.

Ernesto las miró.

En el bolsillo de la camisa tenía la tarjeta con la fecha del siguiente control y la receta del anticoagulante. En el mismo bolsillo, el rosario.

El médico había dicho que podía seguir trabajando. Había dicho que el estrés crónico era el problema. Había dicho que el proceso podía tomar años.

Los años tenían la costumbre de tomar menos de lo que uno calculaba cuando los miraba desde lejos, y más de lo que uno

aguantaba cuando los miraba desde dentro.

Una de las gallinas se alejó del grupo hacia el borde del patio, picoteó algo en el suelo, levantó la cabeza, volvió con las demás.

Ernesto siguió mirando hasta que la luz cambió lo suficiente para que las gallinas fueran menos visibles y el sonido de la finca al atardecer, los pájaros y el mugido lejano y el ruido del agua en el canal de riego, lo fuera todo.

A Costa da Morte

El Atlántico en a Costa da Morte a las dos de la mañana de noviembre no se ve: se oye. El sonido llega antes que cualquier imagen, ese ruido del agua contra las rocas que no es el oleaje de playa sino el golpe del océano abierto contra piedra, un sonido que tiene graves que se sienten en el pecho antes que en los oídos. La playa de Trece era de arena oscura y guijarros y tenía en el extremo sur una formación de roca que cortaba el viento del norte y que era la razón por la que esa playa y no otra. El frío de noviembre en esa costa no es el frío de la lluvia sino el frío del viento que viene sin parar desde el Atlántico sin que nada lo detenga desde Terranova, un frío que no moja sino que seca y que en la cara produce después

de un rato una sensación de ardor que no tiene nada que ver con el calor.

Anxo Casal llevaba allí desde la una y cuarto.

Estaba sentado en el guijarro con la espalda en la roca sur y las rodillas dobladas y las manos en los bolsillos del impermeable. No fumaba, que era algo que había dejado hace seis años y que en situaciones como esta a veces echaba de menos no por el tabaco sino por tener algo que hacer con las manos durante la espera. La lancha estaba varada en el extremo norte de la playa, camuflada con una red de pesca vieja encima que desde veinte metros era simplemente una forma oscura entre las rocas.

Con él había dos hombres más.

Xurxo, que era de Camariñas y tenía cuarenta años y que hacía esto desde antes de que Anxo empezara, y un hombre al que todos llamaban el Chino y que no era chino sino de Malpica y que se llamaba Carlos pero que desde hacía tanto tiempo era el Chino que probablemente sus propios hijos lo llamaban así. Los tres se conocían lo suficiente para no necesitar hablar durante la espera, que era una de las cosas que Anxo valoraba en este trabajo: que la gente con quien lo hacía entendía que la espera era parte del trabajo y no un tiempo que había que llenar.

Llevaba quince años en esto.

El primer año había sido en una operación de hachís marroquí en la ría de Muros, con una lancha más pequeña que la actual y con menos experiencia de lo que uno necesita para no cometer errores. No había cometido errores. Había tenido suerte de no cometerlos, que no era lo mismo pero que en ese momento había parecido suficiente. Después del primer año había seguido porque el dinero era el triple de lo que sacaba en la pesca del pulpo y porque el pulpo ese año había estado mal y porque nadie había llegado a preguntarle si quería seguir o no: simplemente habían llamado para el siguiente y él había ido.

Así con el siguiente y con el siguiente.

La mecánica la conocía tan bien que ya no la pensaba mientras la hacía, igual que no pensaba cómo colocar las manos en el volante cuando conducía. Llegar antes que la mercancía. Comprobar que la playa está limpia. Esperar la señal. Ir a recoger. Cargar. Volver. No era complicado. Era un trabajo que requería paciencia, condiciones de mar razonables y la capacidad de no hacer nada visible en los momentos en que hacer algo visible sería lo peor que uno podía hacer.

La señal llegó a las dos y dieciséis.

Eran tres destellos cortos de una linterna desde el agua, a unos cuatrocientos metros de la costa. Anxo los contó: uno, dos, tres. Esperó diez segundos. No hubo más. Eso era correcto.

Se levantó.

Xurxo y el Chino ya se estaban moviendo hacia la lancha. Quitaron la red en silencio, uno de cada lado, doblando con cuidado porque la red tenía que volver a servir. La lancha era una semirígida de seis metros con dos motores fuera borda de ciento cincuenta caballos cada uno, suficiente para hacer los cuatrocientos metros en dos minutos y suficiente para alejarse a buena velocidad si hacía falta, aunque en quince años no había hecho falta.

La sacaron al agua entre los tres empujando desde la popa. El agua estaba a cuatro grados, que es la temperatura que tiene el Atlántico en noviembre en esa costa, y cuando le llegó a los pies Anxo sintió el frío a través de las botas de agua aunque las botas fueran buenas botas.

Arrancaron los motores al mínimo.

Al mínimo hacían poco ruido y poca velocidad, lo suficiente para moverse sin que el sonido llegara a donde no tenía que llegar. La noche estaba sin luna, que era la condición que hacía posible la operación: sin luna la oscuridad en ese tramo de costa era completa,

sin puntos de referencia visuales desde tierra que no fueran los que uno ya conocía de memoria.

Anxo conocía ese trozo de costa de memoria.

Navegaron los cuatrocientos metros en dirección a donde había estado la señal. No llevaban luces. Los ojos se acostumbran a la oscuridad si uno les da tiempo y si no hay luces propias que los readapten constantemente, y los tres llevaban suficiente tiempo en la oscuridad para ver lo que había que ver.

La lancha madre estaba a cuatrocientos cincuenta metros, resultó, no a cuatrocientos. Era una embarcación de unos quince metros, de las que se usan para pesca de altura, sin nombre visible en el casco a esa distancia y con una sola luz de posición encendida, la mínima para cumplir con la regulación de navegación sin ser más visible de lo necesario.

Alguien en la borda de la lancha madre los iluminó con una linterna roja durante dos segundos.

Anxo respondió con su linterna, también roja, también dos segundos.

Atracaron en el costado de estribor con los defensas de goma que llevaban para amortiguar el contacto. Desde arriba bajaron las cajas en una operación que duró dieciocho minutos. Eran dieciséis cajas de setenta centímetros por cuarenta, envueltas en bolsas de plástico negro selladas con cinta de embalar y metidas en bolsas de yute que olían a fertilizante, que era el olor que se usaba para disuadir a los perros en los controles de carretera aunque ese olor llevara años siendo conocido por los perros entrenados para buscarlo. El peso de cada caja era de veintidós kilos aproximados, que Anxo sabía por experiencia sin haber pesado ninguna.

Dieciséis cajas. Trescientos cincuenta kilos aproximados.

Lo cargaron en la semirígida distribuyendo el peso entre proa y popa para mantener el trimado. El Chino lo gestionaba como siempre, que

era como alguien que ha cargado embarcaciones toda la vida, que era exactamente lo que era.

Desde la lancha madre no bajó nadie a la semirígida. No se intercambiaron palabras. Cuando las cajas estuvieron cargadas, la linterna roja desde arriba parpadeó una vez. Anxo respondió igual. Soltaron los defensas y se alejaron.

Fue entonces cuando vio la luz.

Estaba al noroeste, a una distancia que en la oscuridad sin luna era difícil de calcular pero que parecía de dos o tres millas náuticas. Una luz blanca fija que podía ser la luz de posición de cualquier embarcación que navegara por esa zona a esa hora, que era el tráfico normal de la costa gallega en cualquier noche, cargueros, pesqueros, yates de paso. Podía ser eso.

Anxo no cambió el rumbo.

Seguir el rumbo previsto era lo correcto porque cambiar el rumbo en respuesta a una luz era lo que hacía quien tenía algo que esconder, y lo que hacía quien tenía algo que esconder llamaba la atención más que cualquier otra cosa. Siguió al mínimo de los motores, con las cajas bien trincadas y el Chino y Xurxo sentados sin moverse.

Xurxo también había visto la luz. No dijo nada.

Durante cuatro minutos los tres estuvieron mirando esa luz blanca mientras la semirígida avanzaba hacia la costa. La luz no se movió en su dirección. No aceleró. No emitió ningún señal. Era simplemente una embarcación navegando al noroeste por sus propios motivos, que eran motivos que no tenían nada que ver con ellos.

Anxo exhaló despacio.

No era un alivio dramático. Era simplemente la exhalación que ocurre cuando el cuerpo lleva cuatro minutos más tenso de lo habitual y vuelve a la tensión base, que en una operación era también una tensión, pero distinta.

Llegaron a la playa a las tres y dos.

El desembarco era el proceso inverso al embarque: la semirígida varada en la arena, las cajas descargadas y subidas hasta el camino que estaba cincuenta metros por encima de la playa siguiendo el sendero que Anxo conocía de años y que en noviembre estaba resbaladizo por la humedad y por el barro que la lluvia de la semana anterior había dejado en el suelo. Tardaron veinte minutos en subir las dieciséis cajas. Anxo hizo cuatro viajes. El Chino y Xurxo hicieron cuatro cada uno también.

El camión estaba aparcado en el área de tierra que había antes del desvío de la carretera comarcal, medio escondido entre la maleza con las luces apagadas. El conductor era un hombre que Anxo no conocía y que no hablaba, que era exactamente el tipo de conductor que uno quiere en esa situación. Cargaron las cajas en diez minutos. El conductor arrancó sin decir nada.

Anxo y los otros dos volvieron a la playa, guardaron la semirígida en el lugar donde la habían dejado antes de la operación, cubrieron con la red. La lancha podía quedarse allí una semana sin llamar la atención porque había tres o cuatro semirígidas más en esa playa que pertenecían a pescadores de la zona y que estaban allí igualmente, mezcladas entre sí con la normalidad de las cosas que pertenecen a un lugar.

Anxo cogió el coche que había dejado en el área antes de que oscureciera.

Xurxo y el Chino tenían el suyo.

Se separaron sin despedirse más que con un gesto.

El camino de vuelta a Laxe duraba cuarenta minutos por la carretera de la costa, que a las tres y media de la mañana estaba vacía. Anxo condujo sin música, que era como conducía siempre de vuelta, porque la música en ese trayecto le parecía superflua aunque no habría sabido explicar exactamente por qué.

En el bolsillo del impermeable llevaba el sobre que le habían dejado en el coche antes de salir. No lo había abierto todavía. Lo abriría en casa, en la cocina, antes de ir a dormir. Sabía lo que había dentro porque lo sabía de las otras veces: la cantidad acordada, en billetes de cincuenta, sin ninguna nota ni ningún papel adicional.

Llegó a Laxe a las cuatro y doce.

Aparcó en la calle donde vivía. El pueblo estaba en silencio completo a esa hora, las casas con las luces apagadas, el puerto visible desde donde había aparcado con las barcas de los socios amarradas y quietas en el agua.

Entró por la puerta de atrás, que era la que usaba cuando llegaba tarde para no hacer ruido en el pasillo que pasaba por delante del cuarto de los niños. Dejó el impermeable en la silla de la cocina. Abrió el sobre. Contó los billetes sin apresurarse, dos veces, que era el hábito aunque el recuento siempre diera lo mismo. Guardó el dinero en el bote de café que tenía en el armario de arriba a la izquierda, que era donde lo guardaba desde hacía años porque era el sitio que había elegido el primer año y que no había cambiado porque cambiarlo hubiera requerido una decisión que no había tomado.

Fue al baño. Se lavó las manos y la cara con agua caliente, que era lo que hacía siempre antes de ir a dormir en estas noches, no por ninguna razón concreta sino porque le parecía lo correcto.

Pasó por delante del cuarto de sus hijos.

La puerta estaba entreabierta, como siempre dormían con la puerta entreabierta. Anxo se quedó en el umbral el tiempo suficiente para escuchar la respiración de los dos, que eran diferentes entre sí, la del mayor más regular y la del pequeño con ese ritmo irregular que tenía desde que era bebé y que el pediatra había dicho que era normal y que con los años seguía siendo igual.

No entró.

Fue a su cuarto, se quitó la ropa, se metió en la cama con cuidado de no despertar a su mujer, que siguió durmiendo con la calma de quien duerme bien.

La amenaza

La puerta de su piso estaba abierta dos centímetros.

Perico la vio desde el rellano cuando llegó al segundo piso, antes de sacar las llaves del bolsillo. Era un detalle que requería haberlo visto antes en el estado correcto para reconocerlo como incorrecto: la puerta de su piso siempre cerraba del todo porque el marco tenía una ligera deformación que hacía que si no se tiraba con intención la cerradura no enganchaba, lo cual significaba que Perico siempre tiraba con intención y que si la puerta estaba abierta dos centímetros era porque alguien que no sabía eso la había cerrado sin intención suficiente.

Se quedó parado en el rellano.

No sacó el arma. No llamó por el teléfono. Escuchó treinta segundos: el sonido del edificio, el ascensor tres plantas arriba, la televisión del vecino del tercero, nada que viniera del interior de su piso.

Empujó la puerta con la yema de los dedos.

El salón estaba como siempre en la parte que se veía desde la puerta: el sofá, la mesa con el portátil cerrado, la estantería con los libros en el orden aproximado en que los había dejado. La lámpara de pie estaba apagada. La luz que había era la que entraba desde la calle por las persianas a medio bajar.

Mero estaba en el suelo entre el sofá y la mesa.

Perico cruzó el salón en cuatro pasos y se agachó junto a ella. Estaba en posición lateral, las patas estiradas, los ojos cerrados. No había sangre. No había señal visible de violencia. Estaba simplemente muerta de la manera en que están muertos los animales cuando alguien se ha tomado el trabajo de que parezca lo menos posible a lo que es: una decisión.

Perico puso la mano en el costado de Mero. Todavía estaba algo caliente, que era una información sobre el tiempo transcurrido desde que había ocurrido, aunque no una información que cambiara nada.

Se levantó.

Revisó el resto del piso en dos minutos: el dormitorio, la cocina, el baño. No había nadie. No había nada fuera de sitio. La ventana de la cocina que daba al patio interior estaba cerrada pero sin el seguro puesto, que era el punto de entrada más probable en un segundo piso de un edificio sin vigilancia de barrio.

Volvió al salón.

Llamó a Nieto.

Cogió al tercer tono.

—Han entrado en el piso —dijo Perico.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. No sé la hora exacta.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Se llevaron algo?

—No.

Una pausa.

—¿Qué hicieron?

—Mataron a la perra.

Otro silencio. Nieto no era de los que llenaban los silencios con palabras que no añadían información.

—¿Hay algo procesable?

—Nada visible. Entrada por ventana sin seguro. Sin nota, sin daño, sin huellas probables.

—¿Quieres que mande a alguien?

—Voy a llamar al turno de noche para el acta. No hace falta más por esta noche.

—Perico.

—Sí.

—Mañana a las ocho.

—A las ocho —dijo Perico.

Colgó.

Se sentó en el suelo junto a Mero.

No era una decisión consciente sino el resultado de que las piernas llegaron a ese punto y se detuvieron y el resto del cuerpo hizo lo que hacen los cuerpos cuando las piernas se detienen. El suelo de parqué tenía la temperatura del suelo a esa hora de la tarde en noviembre, que era frío pero no el frío de la calle sino el frío interior de los pisos que llevan el día solos.

Mero tenía las orejas en la posición que tenían cuando dormía, caídas hacia los lados, demasiado grandes para el resto de la cabeza, que había sido la característica de Mero desde el primer día

y que no había cambiado en tres años. Era una perra sin raza documentada que alguien había abandonado en el polígono de Balaídos y que Perico había recogido porque estaba allí y porque no recogerla hubiera requerido una decisión activa que no había tomado.

Estuvo así el tiempo que estuvo.

Pensó en cosas sin orden: en la ventana de la cocina que había dejado sin seguro porque en un segundo piso parecía innecesario y que ahora ya no le parecía innecesario. En la boda de los Valeiras que había leído en el informe de vigilancia de la semana anterior como una recopilación de nombres y de presencias sin que ningún nombre o presencia hubiera hecho nada procesable. En el camión de Vila Nova de Gaia y los pimientos de Padrón. En la foto de Manuela Valeira que tenía en el expediente, una foto de vigilancia en la lonja de Cambados, una señora con bolsas de tela comprando centollos.

En Mero.

Mero había tenido la costumbre de dormir encima de sus pies cuando él estaba en el sofá, lo cual era incómodo y que Perico había tolerado porque la alternativa era quitarla de allí y quitarla de allí habría requerido una constancia que no había tenido. Tres años de pies calientes debajo de una perra que pesaba demasiado para su tamaño y que cuando salían al parque de Castrelos corría detrás de las palomas con una convicción absoluta y una velocidad insuficiente, como si la distancia entre la convicción y la capacidad no fuera información relevante.

Abrió el cuaderno que llevaba en el bolsillo interior del anorak.

Escribió:

Mero. Las orejas demasiado grandes. Los pies siempre calientes. La manera de correr como si el objetivo fuera real aunque nunca lo fuera. Tres años es poco y es lo que hay. No te busqué. Apareciste. Lo mismo da.

Cerró el cuaderno.

Las amenazas que no dejan evidencia procesable son las más eficientes porque producen el efecto deseado sin el coste legal de producirlo. El mensaje era claro en lo que tenía que ser claro y opaco en todo lo demás: alguien podía entrar en su piso. Alguien sabía dónde vivía. Alguien había tomado la decisión de que Perico supiera esas dos cosas.

No era un mensaje de parar. Era un mensaje de que sabían dónde estaba.

Eso era distinto, aunque la diferencia requería un tipo de sangre fría que en ese momento, sentado en el suelo de parqué frío con la mano todavía cerca del costado de Mero, Perico estaba procesando de la misma manera en que procesaba todo: despacio, sin dramatizar, dejando que las cosas se asentaran en el lugar que les correspondía.

Lo que le correspondía a esto era el expediente, el protocolo, el acta de la comisaría. Era también un cambio de cerradura y probablemente un cambio de piso temporal, que Nieto iba a insistir en ello mañana a las ocho y que Perico iba a aceptar porque era lo correcto aunque le pareciera innecesario.

Lo que no tenía lugar en el expediente ni en el protocolo era lo que era: que Mero había estado en sus pies tres años y que ahora no estaba.

Eso era todo.

Se levantó.

Llamó al turno de noche de la comisaría, dio la dirección y el resumen, dijo que no había urgencia pero que necesitaba el acta antes de mañana. El agente de guardia dijo que mandaba a alguien en cuarenta minutos.

Perico cogió el anorak, que se había quitado al entrar sin pensar y que estaba en la silla junto a la puerta donde lo dejaba siempre, y lo volvió a poner.

Antes de salir se quedó un momento en el umbral del salón.

Mero en el suelo entre el sofá y la mesa, con las orejas caídas y los ojos cerrados y las patas estiradas. La lámpara de pie apagada. La luz de la calle por las persianas a medio bajar.

Salió.

Bajó las escaleras y salió al portal y luego a la calle.

Llovía.

Era la lluvia de Vigo de finales de noviembre, la que no tiene prisa porque sabe que va a seguir, una lluvia de gota pequeña y constante que en la luz de las farolas tenía una textura visible, una densidad en el aire que no era neblina sino lluvia menuda sostenida. La acera brillaba. Un coche pasó despacio por el charco que había junto al bordillo y el agua salió hacia los lados con ese sonido del agua que se desplaza a poca velocidad.

Perico esperó en el portal.

A los cuarenta y dos minutos llegó el coche de la comisaría.

Manuela sospecha

La barca de Suso estaba en su amarre.

Manuela la vio desde la entrada de la lonja, antes de coger la cesta y antes de hablar con nadie, en ese primer repaso visual que hacía siempre al llegar y que llevaba tantos años siendo parte del ritual matutino que ya no era consciente de hacerlo hasta que encontraba algo que no cuadraba. La Nosa Señora do Carme en su amarre del lado norte, con el casco limpio y las defensas colgadas, exactamente donde debería estar si Suso no hubiera salido. Y Suso no estaba en

la lonja. No estaba en el bar del muelle. No estaba en ninguno de los sitios donde estaban los marineros que no habían salido.

Había salido.

Pero la barca no había salido.

Manuela cogió la cesta y entró a la lonja.

El proceso de la compra fue el de siempre: los centollos primero, la navalla si había de buena, el mejillón de la semana. Barreiro estaba en su tablilla, los precios estaban donde estaban, los marineros saludaban desde sus puestos con el gesto o la frase corta del que está trabajando y tiene el saludo para el que pasa. Manuela respondía a cada uno, compraba lo que había ido a comprar, anotaba internamente lo que anotaba internamente.

La barca de Suso en el amarre y Suso sin estar.

Podía haber veinte razones. El coche averiado, una gestión en tierra, una cita médica que lo había retenido. Los marineros no salían todos los días aunque la barca estuviera lista para salir: había días en que el tiempo no invitaba, días en que los precios no compensaban el gasto de combustible, días en que simplemente uno no salía.

Manuela sabía cuándo Suso salía y cuándo no. Y ese miércoles Suso tendría que haber salido.

Pagó, cargó las bolsas en el coche, tomó la carretera de vuelta a O Grove.

El coche estaba aparcado en la calle de siempre.

Era un Renault Mégane azul marino, matrícula de Pontevedra, que Manuela había visto por primera vez el lunes por la mañana cuando había salido a por el pan. Estaba aparcado en el lado sur de la calle, en la zona donde había plazas libres porque los vecinos con plaza propia no lo usaban. El lunes no le había parecido nada. El martes lo había visto de nuevo al bajar la basura, en el mismo sitio o en uno muy cercano, y algo en esa repetición había entrado en el sistema

de registro de Manuela sin que ella tomara ninguna decisión al respecto.

Miércoles por la mañana.

El mismo coche o uno igual, en el mismo tramo de la calle.

Manuela aparcó el Touareg en su plaza sin variar el ritmo ni mirar hacia el Mégane más de lo que miraba cualquier otra cosa en la calle al llegar. Sacó las bolsas del maletero, cerró el coche, entró al portal. Subió las escaleras.

En la cocina puso el marisco en la nevera con el orden habitual: los centollos en la parte baja, la navalla en el cajón de verduras con hielo picado, el mejillón en un bol con agua fría. Lo hizo despacio porque siempre lo hacía despacio, no por falta de prisa sino porque era el tipo de tarea que se hacía bien o se hacía mal y hacer el marisco bien requería que cada cosa estuviera donde tenía que estar.

Luego se sentó a la mesa de la cocina.

Tres cosas: la barca de Suso sin Suso. El Mégane azul marino en la calle tres días seguidos. El titular que había leído la semana anterior en La Voz de Galicia sobre una investigación policial en Vigo con conexiones internacionales, que era el tipo de titular que en otras circunstancias habría pasado sin dejar huella y que en estas circunstancias no había pasado sin dejarla.

No eran certezas.

Eran patrones.

Manuela había aprendido a distinguir entre las certezas y los patrones cuando era joven y esa distinción le había servido para tomar decisiones correctas en momentos donde la gente que esperaba certezas tomaba decisiones tardías. Los patrones no prueban nada. Los patrones señalan hacia algo que puede ser lo que señalan o puede no serlo. Actuar sobre un patrón antes de que sea

certeza tiene un coste. No actuar sobre un patrón y esperar a que sea certeza tiene otro coste diferente y generalmente mayor.

Manuela actuaba sobre los patrones.

Llamó a Serafín.

Serafín llevaba dieciocho años al frente de la empresa de transporte y era el único de los empleados que sabía exactamente qué hacía la empresa además de transportar lo que decía que transportaba. No era de la familia pero llevaba dieciocho años siendo de confianza, que en la escala de Manuela era equivalente aunque no idéntico.

—Los archivos físicos de la oficina —dijo Manuela cuando contestó —. Los del armario de atrás. Esta semana.

Una pausa corta.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Cómo?

—Como siempre se ha hecho.

Serafín entendió. El método era una trituradora industrial que tenían en el almacén del polígono, la misma que usaban cuando había que deshacerse de documentación que no era conveniente que existiera. No era la primera vez. Era parte de la operación normal en ciertos momentos.

—¿Esta semana entera o antes?

—Antes del viernes.

—Hecho.

Colgó sin más.

Manuela se quedó mirando la mesa un momento. Luego fue al mueble del recibidor donde guardaba la agenda de papel, la que no era la agenda de trabajo sino la agenda de compromisos personales donde anotaba los cumpleaños y las visitas y las citas que no eran

de trabajo. Buscó el miércoles de esa semana. En la tarde tenía anotado: *Roi. 17h. En persona.*

Lo había anotado el domingo cuando le había dicho que viniera. No le había dicho por qué.

Roi llegó a las cinco con veinticinco minutos de retraso, que era su puntualidad habitual.

Traía el abrigo abierto y el pelo húmedo de la llovizna que había empezado a las cuatro. Se sentó en la silla de la cocina sin esperar a que Manuela le dijera que se sentara, que era también su manera habitual de llegar.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada todavía —dijo Manuela—. Quiero que congeles los movimientos digitales un mes.

Roi la miró.

—¿Qué movimientos?

—Los que sabes que te estoy diciendo.

—Manuela, llevamos tres semanas en un momento clave. Si congelo ahora lo de Camilo se va a pensar que hay un problema en el lado gallego y va a—

—Un mes —dijo Manuela.

—Escúchame. Si congelo ahora sin explicación—

—Un mes, Roi.

Lo dijo de la misma manera que había dicho todo lo demás esa tarde, sin subir el tono y sin bajar el tono, con la uniformidad de las personas que no necesitan la entonación para que lo que dicen tenga el peso que tiene.

Roi se quedó callado.

Eso no era habitual. Roi no se quedaba callado fácilmente, tenía la capacidad de producir argumentos en cadena cuando creía que tenía

razón, que era la mayor parte del tiempo. Que se quedara callado no significaba que cediera. Significaba que estaba calculando.

—¿Cuánto es un mes exactamente? —preguntó.

—Treinta días.

—¿A partir de cuándo?

—A partir de mañana.

—Eso nos deja fuera del siguiente envío que tenemos comprometido para—

—Ya lo sé —dijo Manuela.

—¿Y qué le digo a Camilo?

—Dile que hay un ajuste técnico. Que es temporal. Que en treinta días retomamos.

—Va a preguntar qué tipo de ajuste técnico.

—Que pregunte —dijo Manuela—. Las preguntas no cuestan nada.

Roi la miró con la atención de quien está intentando leer algo en una cara que no da mucha información. La cara de Manuela no daba mucha información.

—¿Es por el titular del periódico? —preguntó.

—Es por varias cosas.

—¿Cuáles?

—Las que necesito que sean —dijo Manuela.

Era el cierre de esa parte de la conversación, que Roi reconoció porque llevaba suficientes años en estas conversaciones para reconocer los cierres de Manuela aunque no le gustaran.

Se quedó en la cocina diez minutos más. Tomó el café que Manuela le puso, que era el café que le ponía siempre que venía y que era una continuidad del hábito independientemente del contenido de la conversación, y habló de otras cosas: de Carla, que estaba con un

proyecto grande de diseño, de un coche que estaba pensando en cambiar. Manuela escuchó con la atención con que escuchaba las cosas que no eran el centro de lo que había que tratar, que era una atención real aunque secundaria.

Cuando Roi se fue, Manuela recogió las tazas, las fregó, las puso a escurrir.

Fue a la ventana de la cocina que daba a la calle.

El Mégane azul marino seguía allí.

No había nadie visible dentro, o si había alguien no era visible desde esa distancia y con esa luz de tarde nublada de noviembre. Era simplemente un coche aparcado en una calle de O Grove, uno más entre los otros coches aparcados en esa calle, sin nada que lo distinguiera excepto que llevaba tres días en el mismo sitio y que tres días en el mismo sitio era un día más de lo que solían quedarse los coches de la gente del barrio.

Podía ser cualquier cosa.

Esa noche Manuela se fue a la cama a las diez y media, que era su hora habitual.

A las doce seguía despierta.

No era una vigilia de pensamiento activo sino la vigilia de quien ha dejado de intentar dormirse sin llegar a ninguna otra actividad, tumbada en la oscuridad con los ojos abiertos y el techo encima que en la oscuridad no se veía pero que se sabía que estaba allí. El sonido de la casa de noche: el refrigerador en la cocina, una persiana que el viento movía levemente en algún cuarto, el ruido de la calle que a esa hora era mínimo pero no cero.

Era la primera vez en la novela que Manuela no dormía.

No lo habría dicho así, porque Manuela no pensaba en términos de primeras veces. Era simplemente una noche en que el sueño no llegaba cuando tenía que llegar, que era algo que les pasaba a las personas y que pasaba cuando pasaba.

Pero era la primera vez.

La ría de Arousa estaba ahí fuera, en la oscuridad, a los pocos kilómetros de distancia que la separaban siempre, con el agua que tenía en noviembre y con el movimiento que tenía en noviembre y sin saber nada de lo que Manuela sabía ni de lo que Manuela no sabía todavía.

A la una y cuarto cerró los ojos.

No se sabe si durmió.

El colaborador

La Hilux olía a ambientador de pino y al café que el conductor había tomado en un vaso de papel dos horas antes y que había dejado en el portavasos del centro, ya vacío, con el borde mordido. La carretera entre Carmen de Viboral y el municipio de El Santuario a las once de la noche era una carretera secundaria sin más iluminación que los faros del coche y las luces ocasionales de las fincas que quedaban a los lados, espaciadas, cada vez más espaciadas a medida que se alejaban del casco urbano.

Gustavo iba de copiloto.

Nunca conducía en estas cosas. Era una norma que se había impuesto solo, sin que nadie se la dijera, porque quien conduce piensa en conducir y él necesitaba pensar en otra cosa o en nada, que eran estados que para Gustavo tenían la misma utilidad.

El conductor se llamaba Édgar también, lo cual era una coincidencia que Gustavo había notado cuando se lo habían dicho y que no le había parecido nada relevante porque los nombres son los nombres y no añaden ni quitan.

—Queda un kilómetro —dijo el conductor.

Gustavo no respondió.

Pensó en el lote de novillas que Ernesto había estado revisando el martes. Había cuatro que estaban listas antes de lo previsto, según

le había dicho Rodrigo en una llamada corta esa mañana. El mercado de reproductoras en Antioquia estaba recuperando el precio que había perdido en el segundo trimestre, que era lo que Ernesto había dicho que pasaría cuando Camilo proponía vender antes de tiempo. Ernesto tenía esa paciencia con el ganado que con otras cosas no tenía o que con otras cosas expresaba de manera diferente.

Gustavo y Ernesto eran hermanos de diferencia, que era el tipo de hermanos que se quieren sin tener que parecerse ni entenderse en todo. Ernesto había heredado el temperamento risueño del padre y Gustavo había heredado otra cosa que no tenía nombre claro en la familia pero que todos reconocían como necesaria. Durante cuarenta años esa distribución había funcionado sin que nadie la cuestionara porque las cosas que funcionan no se cuestionan, se usan.

El coche redujo la velocidad.

—Es aquí —dijo el conductor.

La casa de Edgar Rueda estaba al final de un camino de tierra de unos cien metros, separada de la carretera por un trecho de potrero sin cerca. Era una casa de dos plantas, de bloque sin revocar en la parte inferior y ladrillo visto en la superior, con una reja en la entrada que estaba abierta. Había un carro parqueado dentro, un Chevrolet viejo. En el segundo piso había una ventana con luz.

El conductor aparcó en el arcén de la carretera, fuera del camino de tierra, donde el coche no era visible desde la casa porque un grupo de guamos lo tapaba desde ese ángulo.

Gustavo miró la luz del segundo piso.

Era la luz de una habitación donde alguien estaba haciendo algo que requería luz, que podía ser dormir con la luz encendida, lo cual algunas personas hacían, o ver televisión, o leer, o cualquier otra cosa que se hace en una habitación a las once de la noche. Edgar Rueda tenía cuarenta y seis años, vivía solo desde que su mujer se había ido a vivir con la hija en Manizales hacía tres años, y tenía la

costumbre de quedarse despierto hasta tarde, que era una información que estaba en el seguimiento de la semana anterior.

Gustavo pensó en Ernesto.

En la conversación que habían tenido el domingo en el porche de La Esmeralda, cuando Ernesto le había dicho lo de Edgar Rueda con el mismo tono con que le decía cuando había que mover un lote de ganado antes de lo previsto porque el precio había cambiado o porque había aparecido un comprador conveniente. Ernesto nunca le pedía nada directamente. Le informaba de lo que había y Gustavo resolvía lo que había. Llevaban cuarenta años con ese sistema y el sistema no había fallado.

La luz del segundo piso siguió encendida durante veintidós minutos.

Gustavo lo sabía porque había mirado el reloj cuando aparcaron y lo miró de nuevo cuando la luz se apagó. No porque necesitara saber el tiempo exacto sino porque mirar el reloj era algo que hacía cuando esperaba, igual que algunas personas tamborilean con los dedos o mueven el pie. Era el único gesto que tenía durante la espera.

La luz se apagó.

Gustavo asintió con la cabeza hacia el conductor.

El conductor cogió el teléfono y llamó a un número. La llamada duró cuatro segundos. No hubo palabras. Colgó.

Gustavo abrió la puerta del coche y bajó.

La noche tenía el frío de las noches de Antioquia a esa altitud en esa época del año, que no era un frío extremo pero que con la humedad se metía en la ropa. El camino de tierra estaba seco porque llevaba días sin llover. Las ranas cantaban desde algún charco que no era visible.

Caminó hacia la casa.

El camino de tierra medía cien metros. Los hizo sin variar el paso, que era el paso de alguien que va a donde va porque tiene razón para ir. Pasó junto al Chevrolet parqueado. La reja estaba abierta como la habían visto desde la carretera. Subió los tres peldaños del porche.

Diez minutos después volvió por el mismo camino.

El mismo paso. Sin correr. Las manos en los bolsillos del pantalón porque hacía frío y porque no necesitaba las manos para nada en ese momento.

Subió al coche.

El conductor no preguntó nada. Arrancó y tomó la carretera en dirección a la autopista.

Gustavo sacó el teléfono y llamó a Ernesto.

Tres tonos.

—¿Aló? —dijo Ernesto.

—Ya —dijo Gustavo.

Una pausa de dos segundos.

—Bueno —dijo Ernesto.

Colgaron.

El teléfono volvió al bolsillo.

Por la ventanilla pasaban las fincas y los árboles y la oscuridad entre los árboles, y ocasionalmente las luces de una casa lejana, y el asfalto de la carretera secundaria que el conductor conocía bien y que a esa hora tenía poco tráfico, solo algún camión de carga de los que viajan de noche porque los peajes son más baratos.

Gustavo apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

No puso la música. El conductor tampoco la puso, que era lo correcto, porque Gustavo no ponía música cuando quería dormirse.

Pensó en el lote de novillas un momento más, en lo que le había dicho Rodrigo sobre las cuatro que estaban listas. Habría que hablar con Ernesto antes de la feria del mes que viene para ver cuáles mandaban y cuáles retenían. Era una conversación que podían tener el domingo, si Camilo venía al almuerzo habría que esperar a que se fuera porque Camilo y Ernesto habían estado con esa discusión sobre los sistemas y no era el momento de añadir más cosas a la mesa.

Antes de que el coche llegara a la autopista, Gustavo estaba dormido.

La respiración se regularizó sin que él lo decidiera, que era la manera en que Gustavo se dormía desde siempre: despacio, sin transición visible, como alguien que simplemente deja de estar despierto porque ya no hace falta.

El conductor siguió hacia Medellín.

Perico y Marta

La moqueta del Hotel Ibis tenía un patrón de rombos grises y azules que Perico llevaba tres noches mirando sin verlo y que esa noche veía porque no tenía nada más que mirar. La maleta estaba en el suelo junto a la cama, abierta pero sin deshacer, con la ropa en el mismo orden en que la había metido el miércoles cuando Nieto había dicho que tenía que irse del piso al menos provisionalmente y él había cogido lo necesario sin pensar mucho en qué era necesario. El resultado era una maleta con dos camisas, cuatro mudas, el neceser, la libreta, los cargadores y ningún libro, que era la distribución de alguien que había hecho la maleta pensando en otra cosa.

Eran las diez menos cuarto.

Perico tenía el teléfono en la mano desde hacía doce minutos sin haber llamado a nadie.

Buscó el contacto de Marta. Lo tenía en la posición habitual, entre los nombres de uso frecuente, no porque la llamara con frecuencia sino porque nunca lo había movido de ahí y moverlo habría requerido una decisión que no había tomado.

Llamó.

Dos tonos.

—Hola —dijo Marta.

—Hola.

Una pausa de las que ocurren entre personas que se conocen bien y que no necesitan llenar el silencio para establecer que están ahí.

—¿Qué hora es allí? —preguntó ella.

—Las diez menos cuarto.

—Aquí igual. —Otra pausa—. ¿Estás en el piso?

—En un hotel.

—¿Por qué?

—Tuvieron que entrar a revisar algo —dijo Perico.

No era mentira. Era la versión que omitía lo que no necesitaba decir en ese momento.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé. Unos días.

Marta no preguntó más sobre eso. Era una de las cosas que Perico valoraba en ella, que sabía cuándo una pregunta iba a recibir menos respuesta que la que valía la pena hacer y que en esos casos no la hacía.

—¿Cómo estás? —dijo ella.

—Bien.

—¿En serio?

—Más o menos.

—¿Qué pasó?

Perico miró el techo del hotel, que era blanco y tenía una mancha de humedad en la esquina superior derecha que alguien había pintado encima sin resolver el origen y que se notaba por el tono ligeramente diferente del blanco en esa zona.

—Mataron a Mero —dijo.

Silencio.

—¿Cuándo?

—El miércoles.

—¿Quién?

—Alguien que quería decirme algo.

Marta no preguntó qué querían decirle. Eso también era una de las cosas.

—Lo siento —dijo.

—Ya.

—Llevaba, ¿cuánto, tres años?

—Tres años y cuatro meses.

—Las orejas —dijo Marta.

—Las orejas —repitió Perico.

Era una referencia a la primera vez que Marta había visto a Mero, dos años antes, cuando había venido a Vigo a una conferencia y había pasado por el piso y había dicho *pero qué orejas tiene este animal* con el tono de quien está describiendo algo que le parece a

la vez absurdo y completamente correcto, y Perico había dicho *las heredó de otro perro más grande que no existe* y Marta se había reído con la risa que tenía cuando algo le parecía exactamente lo que era.

Se quedaron callados un momento.

No era un silencio incómodo. Era el silencio de dos personas que han compartido suficiente espacio para que el silencio entre ellas tenga una textura propia, distinta al silencio entre desconocidos.

—¿Cómo va lo otro? —preguntó Marta.

—Avanzando.

—¿Bien o mal?

—Bien, creo. Pero hay cosas que no encajan todavía.

—¿Qué tipo de cosas?

Perico pensó un momento en cómo decirlo sin decir lo que no podía decir.

—La estructura del lado gallego. Sé que existe y sé más o menos cómo funciona, pero no entiendo del todo cómo lleva tanto tiempo sin que nadie la haya visto. Son décadas. No es suerte.

Marta tardó.

—¿Es una comunidad costera?

—Sí.

—¿Pesca, hostelería, ese tipo de economía?

—Sí.

—Entonces no es raro —dijo Marta. Lo dijo con el tono que usaba cuando estaba pasando de la conversación personal a la profesional, que no era un tono frío sino el de alguien que piensa en voz alta y que ha aprendido que pensar en voz alta es útil si el otro sabe escuchar—. Las comunidades costeras con economía mixta tienen una relación con la economía informal que es estructural, no

accidental. El contrabando en Galicia no empezó con la droga, empezó con el tabaco y con el wolframio y con lo que había que contrabandear en cada época. Eso crea una normalización de la opacidad económica que no es corrupción en el sentido clásico, es más bien una cultura de no preguntar de dónde viene lo que viene porque preguntar tiene costes y no preguntar tiene beneficios difusos para toda la comunidad.

Perico cogió la libreta de la mesilla.

—¿Puedes repetir lo último?

—¿El qué?

—Lo de los beneficios difusos.

—Que el narco en esas comunidades no sobrevive porque todo el mundo esté comprado. Sobrevive porque todo el mundo tiene algo que perder si se rompe el sistema. El restaurante que tiene clientes. El marinero que tiene trabajo en la empresa de transporte. El alcalde que tiene votos de familias que viven de esa economía mixta. Nadie toma una decisión activa de protegerlo. Simplemente nadie toma la decisión activa de atacarlo.

Perico escribió: *Nadie protege activamente. Nadie ataca activamente. El sistema se sostiene por inercia del beneficio difuso.*

—¿Eso lo has publicado? —preguntó.

—Estoy en ello. Tengo un artículo a medias sobre redes de economía sumergida en comunidades pesqueras del Cantábrico. Sale en primavera si consigo terminar el maldito marco teórico.

—¿Cuándo llevas con él?

—Dieciocho meses.

—Normal en ti.

—Cállate.

Era el tipo de intercambio que tenían, que no era cariñoso exactamente pero que funcionaba como el cariño porque era la

forma que había tomado el cariño entre ellos después de años de convivencia y de separación y de todo lo que había habido en medio.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Perico.

—Bien. Ocupada. El departamento ha pedido a todo el mundo que presente un proyecto nuevo antes de Navidad, que es la manera que tienen de decir que les parece que no trabajamos suficiente.

—¿Cuántos proyectos tienes ahora?

—Tres activos y uno en hibernación. Cuatro si cuenta el artículo.

—Cuenta.

—Entonces cuatro. Y ahora cinco si presento el nuevo antes de Navidad.

—¿Sobre qué va a ser el nuevo?

—Sobre redes de influencia en procesos de selección de personal en instituciones públicas. Que es una manera elegante de decir lo que todo el mundo sabe pero nadie ha documentado bien.

—Suena a trabajo de años.

—Todo lo que vale algo lo es.

Perico lo anotó también, aunque no era algo que fuera a usar en el expediente. Era simplemente una frase que le parecía verdad y que en ese momento, en la moqueta de rombos grises y azules del Hotel Ibis, le parecía una de las más verdaderas que había escuchado en mucho tiempo.

Se quedaron callados otra vez.

Esta vez la pausa duró más. Perico miró la mancha de humedad en el techo. Marta hizo algún sonido que podía ser que estaba bebiendo algo o que estaba cambiando de posición en donde estuviera sentada.

—¿Cuánto te queda? —preguntó Marta.

—¿Del caso?

—Sí.

—No lo sé. Meses. Depende de lo que salga.

—¿Va a salir bien?

—El caso sí, creo. Hay suficiente.

—No te pregunto por el caso.

Perico entendió lo que le preguntaba. No respondió de inmediato porque era el tipo de pregunta que requería o bien una respuesta honesta o bien no respuesta, y la respuesta honesta en ese momento era que no lo sabía, que salir bien en el caso y salir bien en lo que le preguntaba Marta eran dos cosas que a veces coincidían y a veces no y que en este caso todavía no sabía cuál de las dos opciones iba a ser.

—Creo que sí —dijo.

—Bien —dijo Marta.

No añadió nada más sobre eso, igual que no había añadido nada cuando él había dicho lo del hotel, que era la simetría que habían encontrado, o que había encontrado sola la conversación sin que ninguno de los dos la diseñara.

Hablaron diez minutos más sobre otras cosas: un restaurante nuevo en Madrid donde había ido con una amiga, el grifo de la cocina de Perico que seguía sin arreglarse desde hacía seis meses y que ahora con el cambio de piso iba a ser problema del casero gestionar, el frío que había llegado antes de lo habitual ese año tanto en Vigo como en Madrid.

A las once menos cuarto Marta dijo que tenía que madrugar.

—Ya —dijo Perico.

—Oye.

—¿Qué?

—Lo de Mero.

—Ya.

—Ya —dijo Marta, y con ese ya cerró lo que había abierto antes sin añadir nada más, que era exactamente la manera correcta de cerrarlo.

Colgaron.

Perico se quedó con el teléfono en la mano mirando el techo.

La mancha de humedad en la esquina tenía la forma de nada en particular, como tienen la forma de nada en particular la mayoría de las manchas de humedad, y el blanco pintado encima era simplemente blanco pintado encima.

Miró la libreta.

Nadie protege activamente. Nadie ataca activamente. El sistema se sostiene por inercia del beneficio difuso.

Lo leyó dos veces.

La pregunta que esa idea generaba en el expediente era la siguiente: si nadie protegía activamente a los Valeiras, ¿quién había enviado el aviso a su piso? Una acción activa, con riesgo, con decisión. Eso no era la inercia del beneficio difuso. Eso era alguien que había evaluado el coste y lo había considerado aceptable.

Alguien que tenía algo más que perder que los demás.

Escribió debajo: *¿Quién tiene más que perder? ¿Quién tomó la decisión activa?*

Dejó la libreta en la mesilla.

Se quedó mirando el techo el tiempo que quedaba antes de que el cansancio fuera más que cualquier otra cosa que hubiera en la habitación.

El locutorio (II)

El caldo había perdido temperatura en el camino desde O Grove hasta A Lama aunque Manuela lo había envuelto en el paño de lana gruesa que usaba para esto, el mismo paño desde hacía años, porque el paño funcionaba y no había razón para cambiarlo. Lo comprobó en el aparcamiento levantando la tapa del táper y pasando el dedo por el borde interior: todavía caliente, no tanto como al salir pero suficiente. El frío del aparcamiento a esa hora de la mañana era el frío húmedo del interior de Pontevedra en diciembre, que se diferencia del frío de la costa en que no trae olor a mar sino ese olor a tierra mojada y a pino que tienen los valles cuando ha llovido la noche anterior y el sol no ha llegado todavía a donde tiene que llegar.

Cerró el táper. Cogió la bolsa y entró.

El procedimiento del locutorio era el mismo que siempre y Manuela lo atravesó con la eficiencia de quien lo ha hecho suficientes veces para que cada parte sea automática. Lo que no era automático era lo que llevaba dentro de la cabeza, que esa mañana era más ordenado que otras veces, con las cosas en el sitio que les correspondía antes de entrar, que era la manera en que Manuela preparaba las conversaciones que tenían más de una capa.

Brais entró por la puerta del fondo con el paso de siempre, que era un paso que no había cambiado en tres años de cárcel, ni más lento ni más cauteloso que antes. Se sentó.

Los dos cogieron el teléfono.

—Trajiste caldo —dijo Brais.

—Y empanada. De bacallau.

—Bien.

En la cabina del lado había una mujer joven que hablaba en voz baja con alguien que Manuela no veía. El funcionario del fondo era diferente al de las otras visitas, uno más joven que miraba la

pantalla del teléfono con esa atención de quien está en otro sitio aunque esté allí.

—¿Cómo estás? —dijo Brais.

—Bien. ¿Y tú?

—Igual.

Una pausa corta. Era la pausa que separaba los preliminares de lo que venía, y los dos la reconocían.

—Las labores del invierno —dijo Manuela— van a ser más cortas este año. He decidido dejar descansar los campos hasta la primavera.

Brais escuchó sin cambiar la expresión.

—¿Todos los campos?

—Los que dan más trabajo. Los otros se quedan como están.

—¿Es buen momento para descansar?

—Es el momento que hay —dijo Manuela—. Y el que hay siempre es mejor que el que uno elige sin mirarlo.

Brais asintió despacio. La metáfora era clara para los dos: reducción de operaciones, pausa en los movimientos activos, esperar a que lo que había que esperar pasara antes de retomar. Era la decisión de alguien que había evaluado el riesgo y había concluido que el coste de seguir era mayor que el coste de parar.

—¿El temporero nuevo? —preguntó Brais.

—En caja —dijo Manuela.

Era suficiente. El temporero nuevo era Roi, que era el que había estado queriendo forzar el ritmo, y en caja significaba lo que significaba: parado, controlado, sin margen para actuar por su cuenta en el período siguiente.

—¿Lo sabe él? —preguntó Brais.

—Lo sabe.

—¿Y?

—Y lo sabe —repitió Manuela, que era la manera de decir que Roi había protestado y que la protesta no había cambiado nada.

Brais miró hacia la pared lateral un momento, ese gesto de mirar a un lado que no era distracción sino procesamiento.

—¿Cuánto tiempo de descanso?

—Lo que haga falta.

—¿Un mes?

—O dos. No lo sé todavía.

—¿Hay algo concreto?

Manuela consideró cuánto decir.

—Hay patrones —dijo—. No certezas. Pero los patrones son suficientes.

—¿El titular del periódico?

—Entre otras cosas.

Brais asintió de nuevo. La diferencia entre esta conversación y la del capítulo anterior era el tempo: entonces habían ido más despacio, con más espacio entre las frases, como si hubiera más tiempo. Ahora las frases llegaban más juntas sin que ninguno de los dos hubiera decidido que fuera así, simplemente porque la materia que estaban tratando tenía esa densidad que aprieta el ritmo.

—¿El abogado está al tanto? —preguntó Brais.

—Xulia sabe lo que necesita saber.

—¿Le dijiste lo de los archivos?

—Le dije que estaban en orden.

Era la respuesta correcta, que significaba que los archivos ya no existían y que por tanto estaban perfectamente en orden, que era el tipo de lógica que Xulia Vidal aplicaría sin necesidad de que nadie se la explicara.

—Bien —dijo Brais.

Estuvieron un momento sin hablar. En la cabina del lado la mujer joven había empezado a llorar en silencio, ese llanto contenido de los locutorios que es una de las formas del llanto que más ruido hace aunque no se oiga.

—¿Cuánto te queda? —preguntó Brais.

Era la pregunta que le hacía siempre, que era también la pregunta de Manuela a Brais en otras visitas, que era la pregunta que medía el tiempo en ese lugar donde el tiempo tenía una textura diferente.

—Doce meses —dijo Manuela—. Xulia dice que con buen comportamiento puede ser menos.

—Siempre me porté bien.

—Ya lo sé.

Una pausa más larga.

—¿Y después? —preguntó Brais.

Manuela lo miró.

—¿Después de qué?

—De que salga. ¿Qué vas a hacer tú?

Era la pregunta personal, la que no tenía código y que tampoco lo necesitaba porque era simplemente lo que preguntaba.

—Me voy a retirar al Grove —dijo Manuela.

—¿En serio?

—¿Por qué no?

—Porque llevas diciéndolo desde que yo tenía veinte años.

Manuela no respondió de inmediato. Sostuvo la mirada de su hijo con esa manera de sostener las miradas que tenía, directa y sin esfuerzo aparente.

—Esta vez es diferente —dijo.

—¿Por qué?

—Porque me estoy haciendo mayor.

—Siempre te has estado haciendo mayor.

—Brais.

—¿Qué?

—Me voy a retirar al Grove.

Lo repitió con el mismo tono que la primera vez, ni más firme ni más suave, que era el tono con que Manuela decía las cosas que había decidido aunque las dos personas en la conversación supieran que lo que estaba diciendo no era del todo lo que iba a pasar.

Brais la miró un momento más.

—Bien —dijo.

—Bien —dijo ella.

Los dos sabían que no era verdad. O que era verdad de la manera en que son verdad las intenciones cuando las intenciones y los hechos todavía no han tenido tiempo de separarse, que es una verdad provisional y suficiente para sostener la conversación aunque no sea suficiente para sostener lo que viene después.

Hablaron los últimos minutos de la visita de cosas que no eran nada de esto: el frío que había entrado esa semana, que en A Lama era más intenso que en la costa, el partido que habían dado la noche anterior en el módulo, una carta que había recibido de un primo que estaba en Alemania y que Manuela tenía que responder y que llevaba semanas sin responder.

Cuando el funcionario anunció los cinco minutos, Brais recogió el teléfono que había dejado un momento en la repisa.

—El caldo —dijo.

—En el táper de los verdes. La empanada en papel de aluminio encima.

—¿Le pusiste perejil?

—Le puse perejil.

Brais asintió.

—Mamá.

—Qué.

—Cuídate.

No era la frase que le decía normalmente al final de la visita, que era una frase más corta o ninguna frase. Era esta, que era diferente no por las palabras sino por el tono, que era el tono de alguien que tiene información incompleta sobre algo que le preocupa y que no puede pedir más información sin que eso cambie algo.

Manuela lo miró.

—Siempre —dijo.

Se levantaron.

Cuando la puerta del fondo se cerró detrás de Brais, Manuela esperó a no verlo antes de recoger el bolso.

En el aparcamiento hacía el mismo frío que a la llegada, quizás algo menos porque el sol había subido lo suficiente para estar sobre las copas de los pinos aunque no para calentar todavía. Las montañas del interior de Pontevedra estaban allí, con la neblina todavía a media altura, el verde de los pinos en la parte baja y el gris arriba.

Manuela abrió el coche, tiró el bolso en el asiento del copiloto, se sentó.

Arrancó.

Salió del aparcamiento en dirección a la carretera principal.

No miró las montañas.

El punto de no retorno

Las tres pantallas del despacho de analistas tenían ese brillo específico de los monitores encendidos en una habitación con poca luz, un brillo azulado que a las once de la noche hacía que las caras de los que los miraban tuvieran un tono que no tendrían bajo ninguna otra iluminación. Ramos llevaba allí desde las nueve con el café de la máquina en el borde de la mesa, ya frío, sin beber. Perico estaba de pie detrás de él, un paso atrás, con los brazos cruzados y la vista en la pantalla central, que era la que mostraba lo que Ramos le había dicho por teléfono que tenía que ver.

—Cuéntamelo desde el principio —dijo Perico.

Ramos señaló la pantalla de la izquierda.

—La vigilancia electrónica del número de Roi Valeira lleva activa seis semanas. En ese tiempo el número ha tenido actividad normal: llamadas, mensajes de texto, uso de redes. Nada que saliera del patrón habitual de alguien de su perfil.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta hace cuatro días. El sistema detectó una conexión anómala: el número de Roi se conectó a una red WiFi pública, la del Hotel Zenit de Vigo, y desde esa red utilizó una aplicación de mensajería cifrada.

—Las aplicaciones cifradas no se pueden interceptar.

—El contenido no. Pero la conexión sí. —Ramos abrió una ventana en la pantalla central—. Cuando usas una aplicación cifrada desde una red WiFi pública, la aplicación genera metadatos de conexión que quedan registrados en los logs del router de la red. Esos logs los pedimos al hotel hace tres días con la autorización de Bermúdez.

—¿Y los dieron?

—Con resistencia pero los dieron. —Ramos señaló una columna de datos—. Aquí está el registro. El teléfono de Roi se conectó a la red del Zenit el martes de hace tres semanas, a las once y diecisiete de la mañana. La conexión duró cuarenta y ocho minutos.

Perico recordó el capítulo diecinueve. El Hotel Zenit. La mesa del fondo. Roi y Camilo con los cafés que ninguno bebía.

—¿Qué más da la conexión?

—Que la aplicación que usó Roi estaba mal configurada para redes públicas. —Ramos señaló otra línea—. Las aplicaciones de mensajería cifrada buenas tienen una función que se llama enrutamiento cebolla: hacen que el tráfico pase por varios servidores intermedios para que no se pueda rastrear el destino. Esta función hay que activarla manualmente en la configuración avanzada. Roi no la tenía activada.

—No sabía que tenía que activarla.

—O la tenía activada en su red habitual y cuando se conectó a la red del hotel la aplicación la desactivó por compatibilidad. Pasa con algunas versiones. El resultado es que los metadatos de la conexión son visibles: a qué servidor conectó, en qué momento, durante cuánto tiempo.

—¿Y el servidor?

—El servidor está registrado a nombre de una empresa de servicios digitales en Ámsterdam que es el tipo de empresa que existe para no decir quién la usa. Pero. —Ramos pasó a la pantalla de la derecha—. En los cuarenta y ocho minutos de conexión, desde ese

mismo teléfono y desde la misma red, se realizó una transferencia bancaria a través de una aplicación de pagos distinta. Esa aplicación no estaba cifrada.

—¿A quién?

—A una cuenta de la empresa Transportes Valeira e Hijos S.L. —Ramos señaló el número—. Cuatro mil trescientos euros. Concepto: servicios de logística.

Perico se quedó mirando la pantalla.

Cuatro mil trescientos euros transferidos desde el teléfono de Roi Valeira a la empresa familiar de los Valeiras, desde la red del Hotel Zenit de Vigo, el mismo día y a la misma hora en que Roi Valeira se había reunido con Camilo Ríos en ese hotel.

No era la transferencia en sí lo que importaba. Era la coincidencia de tiempo y lugar que la conectaba con la reunión. Era la cadena: el teléfono de Roi, la red del Zenit, la transferencia a la empresa Valeira, la empresa Valeira que aparecía en el extremo gallego del mapa que Perico había trazado en Bogotá meses antes.

Era el nombre que le faltaba.

—¿Esto es suficiente para Bermúdez? —preguntó Perico.

—Es suficiente para conectar el número de Roi con la empresa Valeira a través de una transacción documentada. Combinado con la documentación colombiana y la naviera panameña, sí. Es suficiente.

Perico miró el reloj. Eran las once y cuarenta.

—¿Tienes todo esto en un informe?

—Lo terminé hace media hora.

—Mándamelo.

Ramos lo mandó. Perico abrió el correo en su teléfono, descargó el informe, lo leyó en cuatro minutos de pie junto a la ventana del despacho. Era un informe de once páginas con los datos en el orden correcto, sin interpretaciones innecesarias, que era la manera en que

Ramos escribía los informes y que Perico apreciaba porque los informes que interpretan demasiado le dan al juez menos margen que los que simplemente describen.

Llamó a Bermúdez.

Tres tonos. Bermúdez cogió, que significaba que era de los jueces que tenían el teléfono encendido a esa hora o que esa noche no dormía bien por alguna razón que no era asunto de Perico.

—Tenemos suficiente —dijo Perico.

Una pausa.

—¿Cuánto es suficiente?

—La empresa gallega tiene nombre. Transportes Valeira e Hijos. Hay una transacción documentada que la conecta con el número de vigilancia en el lugar y la hora de la reunión que ya estaba en el expediente. Con la documentación colombiana es masa crítica.

Otro silencio, más largo.

—¿El informe del analista está firmado?

—Sí.

—Mándemelo esta noche.

—Ahora mismo.

—¿Cuándo quiere actuar?

—Cuando usted diga.

Bermúdez tardó un momento. Perico imaginó el despacho con los libros forrados en plástico y la moka en la esquina, aunque a esa hora la moka estaría apagada.

—Déme cuarenta y ocho horas para revisar el expediente completo —dijo Bermúdez—. Si todo está como dice, tendrá la autorización el jueves por la mañana.

—Entendido.

—Y Losada.

—Sí.

—La cadena de custodia del rastro digital. Que esté perfecta. Todo.

—Todo —dijo Perico.

Colgó.

Miró a Ramos.

—La cadena de custodia —dijo Perico.

—Está documentada desde el momento en que pedimos los logs hasta ahora. Cada paso tiene fecha, hora y firma.

—¿Seguro?

—Seguro.

Perico asintió.

Pasó la hora siguiente coordinando. Llamó a Decker en La Haya, que a esa hora de la noche en Europa Central estaba durmiendo y que cogió el teléfono con la voz de quien ha aprendido a pasar del sueño a la vigilia en dos respiraciones porque le ha tocado hacerlo suficientes veces. Le dio la novedad: el nombre de la empresa gallega, la fecha de la operación prevista, lo que necesitaba de Europol para el componente de la naviera panameña en el momento del golpe.

Decker tomó nota en silencio y dijo que lo tendría listo.

Llamó a Ospina.

Ospina contestó al primer tono, que significaba que tampoco dormía o que estaba esperando la llamada.

—Tenemos el nombre del extremo gallego —dijo Perico—. La operación se activa el jueves si Bermúdez firma. Necesito que el componente colombiano esté coordinado para la misma ventana temporal.

—El Coronel Vargas lleva dos semanas preparado —dijo Ospina—. Solo espera la confirmación de fecha.

—Jueves a las seis de la mañana, hora española. ¿Cuánto es eso en Colombia?

—Medianoche del miércoles. Una de la mañana del jueves.

—¿Puede el operativo en la finca ser a esa hora?

—Puede. —Una pausa—. ¿Cuántos objetivos en el lado español?

—Dos principales. Puede haber más pero los dos principales son los que tienen la documentación.

—En Colombia son cuatro —dijo Ospina—. Ernesto, Camilo, Gustavo y la documentación de La Esmeralda.

—¿Yolanda?

Ospina tardó.

—Yolanda está en Buenaventura. Si la incluimos en el operativo tenemos que coordinar con la seccional del Valle del Cauca.

—¿Tiempo?

—Con cuarenta y ocho horas es posible.

—Entonces que estén listos para Yolanda también.

—Entendido.

Colgaron.

Perico volvió al despacho de Ramos, que había seguido trabajando mientras él hacía las llamadas, añadiendo verificaciones a la cadena de custodia del informe con el método de alguien que ya había terminado pero que repasaba igualmente porque repasar no costaba nada y encontrar un error costaba todo.

—¿Algo más que necesites de mí esta noche? —preguntó Ramos.

—No. Buen trabajo.

Ramos asintió sin decir nada, que era su forma de recibir el reconocimiento, y volvió a la pantalla.

Perico recogió la libreta y el anorak y apagó la luz de su despacho, que había dejado encendida. Bajó las escaleras. La comisaría a las dos de la mañana tenía el personal mínimo del turno de noche, un par de agentes en recepción, el zumbido de los sistemas que no se apagan. Uno de los agentes lo saludó con un gesto cuando pasó. Perico devolvió el gesto.

Salió a la calle.

La acera estaba mojada de la lluvia que había caído durante la tarde y que había parado antes de la noche, dejando ese brillo específico del asfalto húmedo bajo las farolas que en Vigo era tan habitual que formaba parte del aspecto normal de la ciudad. Hacía frío. No el frío húmedo de la lluvia sino el frío seco de después de la lluvia, que en noviembre en Vigo significa que la temperatura ha bajado lo suficiente para que la humedad se haya cristalizado en algo más quieto.

Perico no fue hacia el hotel.

Fue hacia el puerto.

Tardó diez minutos a pie. A esa hora el muelle de pescadores estaba vacío, con las barcas amarradas y las farolas del muelle dando una luz suficiente para caminar sin tropezar pero no suficiente para ver lejos. Más allá de la luz de las farolas estaba la oscuridad del agua, y más allá de la oscuridad del agua estaba el Atlántico, que a esa hora y desde ese ángulo no se veía pero que se sabía que estaba, que es la presencia que tiene el océano cuando uno lleva suficiente tiempo viviendo cerca de él para no necesitar verlo para saber que está.

Se quedó en el muelle el tiempo que tardó en que el frío del mar fuera más que cualquier otra cosa.

Pensó en el mapa que había dibujado en la mesa del hotel en Bogotá meses antes, las cuatro letras en los cuatro puntos, la línea diagonal que cruzaba el azul del océano. Ahora el mapa estaba

completo: los nombres en los puntos, los documentos que conectaban los nombres, la cadena que había empezado con una factura de pesos equivocados en un camión de pimientos de Padrón y que terminaba en un despacho de juez con libros forrados en plástico.

No era satisfacción lo que sentía.

Era la sensación de verlas venir y de que cuando terminara todo, solo quedaría caminar.

Sacó la libreta.

A la luz de la farola más cercana escribió una sola línea: *Jueves. Seis de la mañana.*

Cerró la libreta.

El Atlántico invisible hacía su trabajo de estar ahí, que era el único trabajo que tenía y que hacía con la indiferencia de lo que lleva suficiente tiempo haciendo algo para no necesitar que nadie lo note.

Perico volvió al hotel.

D-1

Vigo. 23:04.

El papel de la impresora tenía ese calor residual de los documentos que llevan dos horas impresos y que en una habitación cerrada retienen la temperatura más que el papel ordinario. Perico lo notó cuando recogió la última hoja del plan operativo de la mesa y la añadió al resto. Veintidós páginas. Las había leído tres veces completas esa noche y las partes críticas más. No porque no las supiera de memoria sino porque leerlas era la forma que tenía de verificar que lo que estaba en el papel era lo que estaba en la cabeza y que las dos versiones coincidían.

Coincidían.

La sala de operaciones de la segunda planta de la comisaría estaba vacía excepto por él y por el agente Ferreiro, que estaba en el otro extremo de la sala revisando los canales de comunicación del operativo con los auriculares puestos y el gesto de concentración de quien está escuchando algo que Perico no oía. La pizarra blanca que habían usado durante semanas para trazar el mapa de la operación todavía tenía los nombres en un extremo: Transportes Valeira e Hijos, Roi Valeira, Manuela Valeira. En el otro extremo, los nombres colombianos: Ernesto Ríos, Camilo Ríos. Una flecha horizontal de izquierda a derecha que cruzaba el espacio entre los dos grupos. Debajo de la flecha, la palabra ATLÁNTICO en letras de Perico que eran pequeñas y bastante regulares para ser letras escritas en una pizarra de pie.

A las seis de la mañana.

Perico miró el reloj. Las once y cuatro de la noche. Quedaban seis horas y cincuenta y seis minutos, que era un tiempo que podía usarse para dormir si el cuerpo lo permitía o para revisar el plan por cuarta vez si no lo permitía.

—¿Todo en orden? —le preguntó a Ferreiro.

Ferreiro se quitó un auricular.

—Los canales con la Guardia Civil están activos. El subteniente Dacal confirmó posiciones hace veinte minutos.

—¿Colombia?

—Ospina confirmó a las diez. El Coronel Vargas activa a la una hora local.

—¿Europol?

—Decker confirmó a las nueve. La naviera está identificada y el componente documental está listo para el momento que se diga.

Perico asintió.

Todo estaba en orden. Eso no era una sorpresa porque había pasado las últimas cuarenta y ocho horas asegurándose de que estuviera en orden, pero era útil escucharlo igualmente.

—Vete a dormir un rato —le dijo a Ferreiro.

—¿Usted?

—Luego.

Ferreiro se fue. Perico se quedó solo en la sala con el plan operativo en la mano y la pizarra con los nombres y la flecha horizontal que cruzaba el Atlántico en letras pequeñas.

Dejó el plan sobre la mesa.

Se sentó en la silla de Ferreiro y miró la pizarra desde allí, que era un ángulo diferente al que había tenido durante semanas y desde el que los nombres se veían en un orden distinto, los gallegos a la derecha y los colombianos a la izquierda, que era el orden geográfico real visto desde el oeste.

A las seis de la mañana.

La Esmeralda. 20:30.

El comedor olía a arepas recién hechas y a la sopa de fideos que Amparo había preparado para los niños, que era la sopa que hacía siempre que los nietos se quedaban a dormir y que los tres conocían como la sopa de los martes aunque no siempre fuera martes.

Sebastián tenía nueve años. Valentina tenía siete. El pequeño, Mateo, tenía cuatro y se había dormido en el sofá antes de que llegara la sopa y Ernesto lo había dejado allí con una manta encima porque despertarlo para que comiera no compensaba el esfuerzo.

Camilo había llamado a las siete y media.

—No voy a llegar a cenar —había dicho.

—¿Mañana?

—Mañana tampoco. Tengo que quedarme en Medellín.

—Está bien —había dicho Ernesto.

Y había colgado y había ido al comedor donde Sebastián y Valentina estaban esperando con la expresión de los niños que tienen hambre y que han aprendido que decirlo directamente es menos eficiente que poner esa expresión.

—Vuestro papá no viene —les dijo.

—¿Por qué? —preguntó Valentina.

—Trabajo.

—Siempre es trabajo —dijo Sebastián, con el tono de los niños de nueve años que están probando frases de adulto para ver cómo suenan.

—A veces —dijo Ernesto.

Cenaron. Amparo sirvió la sopa y las arepas y un vaso de jugo de lulo para cada uno. Ernesto tomó la sopa despacio porque la sopa de fideos de Amparo era buena y porque había aprendido hace tiempo que las cosas buenas se toman despacio o se pierden sin haber sido del todo.

Sebastián comió rápido, que era como comía siempre.

Valentina comió con el cuidado de quien está aprendiendo a no manchar la ropa, que era una preocupación nueva que había desarrollado ese año y que a Ernesto le parecía temprana pero que no comentó.

Después de la sopa, mientras Amparo recogía, Sebastián pidió un cuento.

—¿Qué cuento? —dijo Ernesto.

—Uno del campo.

Ernesto los conocía todos, los que su padre le había contado y los que había inventado él a lo largo de los años para los hijos y ahora para los nietos, que eran versiones de los mismos con variaciones de detalle. Eligió el del novillo que no quería crecer.

Era un cuento sobre un novillo que pensaba que si no crecía no tendría que trabajar, que era la lógica de los animales jóvenes y también la de algunas personas, y que al final crecía de todas formas porque los cuerpos no esperan a que uno esté de acuerdo. El final no era moral: era simplemente que el novillo, ya grande, descubría que el trabajo no era tan malo como había pensado, que era distinto a decir que era bueno.

Sebastián lo escuchó con la atención variable de los niños de nueve años, que es una atención que va y viene sin que ellos lo controlen.

Valentina se quedó dormida antes del final.

Ernesto terminó el cuento igualmente, para Sebastián y para Mateo dormido en el sofá y para Valentina dormida en la silla, que era la audiencia que había y que era suficiente.

Luego fue al porche.

La noche de La Esmeralda en diciembre tenía el sonido de siempre: los grillos, el agua del canal, algún animal en la oscuridad del potrero. Las estrellas eran visibles porque no había nubes y porque en esa parte de Antioquia la oscuridad rural era todavía oscuridad real.

Ernesto se sentó en la silla de los brazos desgastados y sacó el rosario del bolsillo.

No rezó. Lo sostuvo en la mano derecha mientras miraba las estrellas, que era lo que hacía algunas noches cuando la cabeza no pedía pensamiento sino simplemente estar.

O Grove. 02:15.

El frío de la cocina de noche era el frío de los cuartos que llevan horas sin calefacción, no extremo pero sí suficiente para que Manuela se hubiera puesto el jersey encima del camisón antes de bajar. Los azulejos blancos bajo la luz del techo tenían esa blancura dura de la madrugada que hace que los espacios conocidos parezcan levemente distintos.

Puso la leche en el cazo.

Fuego bajo. La leche tardaba cuatro minutos en calentarse si el fuego era bajo y se pegaba si uno se distraía, que era la razón por la que Manuela se quedaba junto al fuego en lugar de ir a sentarse mientras esperaba. No necesitaba distracción adicional a las tres de la mañana.

La leche caliente en el vaso. Un poco de azúcar.

Fue a la ventana.

Desde la cocina de la casa grande no se veía la ría directamente sino el jardín y los tejados de las casas de la calle siguiente y, más allá de los tejados, la oscuridad del cielo sobre el agua que en O Grove de noche se distingue del cielo sobre la tierra por el tipo de oscuridad, más blanda, más abierta.

La ría de Arousa estaba ahí.

No sabía cuánto tiempo llevaba sin dormir bien. Más de dos semanas, contando desde la primera noche después de ver el Mégane azul marino en la calle. Algunas noches dormía en tramos, dos horas y luego vigilia y luego otra hora, que era un tipo de descanso que no era descanso del todo pero que era lo que había.

Esa noche no había habido tramos.

Se bebió la leche despacio.

No pensó en nada en concreto, que era lo que intentaba cuando la cabeza no daba más: no pensar en nada en concreto, que era difícil

pero posible si uno se quedaba en los detalles inmediatos sin saltar a las consecuencias. El calor del vaso en las manos. El sabor de la leche con azúcar. El sonido del tejado con el viento leve que había esa noche.

El vaso vacío en el fregadero.

Manuela se quedó de pie junto a la ventana con las manos apoyadas en el borde del fregadero y miró hacia donde estaba la ría aunque no la viera.

El agua estaba ahí.

Había estado ahí siempre, desde antes de que ella naciera y desde antes de que naciera la familia y desde antes de que hubiera familia que recordar. Eso no era consuelo exactamente. Era simplemente un hecho sobre el tiempo que a las tres de la mañana tenía un peso diferente al que tenía durante el día.

Apagó la luz de la cocina.

Subió las escaleras en la oscuridad, que conocía de memoria.

Se metió en la cama.

Fuera, la ría de Arousa seguía donde había estado siempre.

La operación en Galicia

Las furgonetas salieron de la comisaría a las cinco cuarenta y cinco con las luces apagadas, que era el protocolo para los primeros tres kilómetros antes de tomar la autopista donde ya daba igual. El asfalto de la calle Lalín a esa hora tenía el brillo específico del asfalto mojado de madrugada, ese brillo sin fuente que viene de la

humedad acumulada y de las farolas que lo reflejan desde ángulos que durante el día no existen. El amanecer no había llegado todavía. Había la promesa del amanecer, esa claridad gris que precede a la luz sin ser todavía luz, que en Galicia en diciembre llega tarde y se queda poco.

Perico estaba en el puesto de mando de la segunda planta de la comisaría.

El puesto de mando era la sala de operaciones que llevaban semanas usando para planificar y que esa mañana era lo que siempre había sido y además otra cosa: el lugar desde donde Perico iba a escuchar la operación sin estar en ella. Era una decisión que Nieto y él habían discutido dos veces y que las dos veces habían resuelto de la misma manera: Perico era el instructor del caso, no el agente de campo, y su presencia en el terreno añadía riesgo sin añadir valor en el momento de la detención. Perico había aceptado esa lógica porque era correcta aunque no le gustara.

En la sala estaban Nieto, Ferreiro con los auriculares, y una agente de enlace con la Guardia Civil que se llamaba Soto y que había llegado a las cinco con el informe de posiciones del subteniente Dacal.

—Equipo uno en posición —dijo Ferreiro.

Era el equipo que iba a O Grove. Seis agentes de la Brigada más dos de la Guardia Civil en apoyo. Objetivo: Manuela Valeira Soto, en la casa grande de la calle Rosalía de Castro número cuatro.

—Equipo dos en posición —dijo Ferreiro, treinta segundos después.

Equipo dos, Vigo. Cuatro agentes. Objetivo: Roi Valeira Losada, en el apartamento de la calle Uruguay número diecisiete, cuarto segundo.

Perico miraba el mapa en la pizarra. Los dos puntos marcados en rojo. La distancia entre O Grove y Vigo era de cuarenta y dos kilómetros por la autopista, que a esas horas era veinte minutos de conducción. La coordinación requería que las dos detenciones

ocurrieran en la misma ventana de diez minutos para que ninguno de los dos objetivos pudiera avisar al otro.

—¿Hora? —preguntó Perico.

—Cinco cincuenta y dos —dijo Ferreiro.

Ocho minutos.

A las cinco cincuenta y seis, el equipo uno aparcó en la calle Rosalía de Castro.

La casa grande de Manuela era la segunda del lado izquierdo contando desde el cruce. Dos plantas, puerta de madera con aldaba de hierro, ventanas con persianas bajadas. Una luz encendida en la planta baja.

El inspector Loureiro, que mandaba el equipo uno, lo anotó en el parte: luz encendida en cocina, primera planta. Lo comunicó a Ferreiro.

En el puesto de mando, Ferreiro se lo dijo a Perico sin apartar los ojos de la pantalla.

—Luz en cocina.

Perico asintió.

Era jueves. Manuela hacía filloas los jueves.

La puerta de la casa grande no estaba cerrada con llave de seguridad, que era lo que el equipo de entrada había evaluado durante el reconocimiento de la semana anterior: una cerradura estándar de bombillo que una llave de ganzúa abría en cuarenta segundos sin ruido. El protocolo era sin ruido hasta que fuera imposible sin ruido, que era el protocolo correcto para una detención de una mujer de sesenta y siete años en una casa sin armas documentadas.

Loureiro fue el primero en entrar.

El pasillo de la casa olía a masa de filloa, ese olor de harina y leche y el punto de anís que Manuela ponía siempre y que el equipo de entrada no sabía que era el olor de los jueves de esa casa desde hacía décadas y que para ellos era simplemente el olor de una cocina en uso.

La puerta de la cocina estaba abierta.

Manuela estaba de pie junto a los fogones con la espátula en la mano, vuelta hacia la sartén. Cuando oyó los pasos en el pasillo se giró.

Vio a Loureiro y a los dos agentes detrás de él.

No dijo nada.

Loureiro identificó a la Brigada de Crimen Organizado, dijo el nombre de Manuela, dijo que tenía una orden de detención firmada por el Juzgado de Instrucción número cuatro.

Manuela lo escuchó sin moverse.

Luego se giró hacia la sartén.

Apagó el fuego.

Lo hizo con el mismo gesto con que lo habría apagado en cualquier otra mañana: la mano al mando del gas, un cuarto de vuelta a la izquierda, el clic del cierre. La llama se apagó. La sartén siguió en el fuego porque retirarla habría requerido un paso más que no dio.

Se giró de nuevo hacia Loureiro.

—Las esposas —dijo ella.

No era una pregunta. Era una constatación.

Loureiro las sacó.

Manuela puso las manos delante.

En el puesto de mando, la voz de Loureiro llegó por el canal dos a las seis y cuatro minutos.

—Objetivo uno asegurado. Sin incidentes.

Perico lo oyó.

Nieto, que estaba detrás de él, no dijo nada.

Ferreiro anotó la hora en el registro.

El apartamento de Roi en la calle Uruguay era un cuarto segundo con dos dormitorios y terraza, en un bloque de los años noventa con portería automática y ascensor que el equipo dos no usó. Subieron por las escaleras. La agente Vázquez, que mandaba el equipo dos, había coordinado con el administrador de la finca la apertura del portal a las cinco cuarenta y ocho, cuando todavía era oscuro, para que el equipo estuviera en posición en el rellano del cuarto antes de que el equipo uno iniciara en O Grove.

Las seis menos cuatro.

Vázquez dio la señal.

La puerta del apartamento de Roi abrió con la ganzúa en treinta y ocho segundos.

Roi estaba en el dormitorio.

Los oyó cuando entraron al pasillo, o oyó algo, un sonido diferente al sonido habitual de un apartamento a esa hora, porque salió del dormitorio antes de que llegaran a él. Salió en ropa interior, sin camiseta, con el teléfono en la mano derecha que había cogido del cargador que estaba en la mesilla porque el teléfono era lo primero que cogía al levantarse y su mano lo había cogido antes de que la cabeza procesara por qué se estaba levantando.

Vio a Vázquez y a los tres agentes detrás de ella en el pasillo.

Miró el teléfono.

Hizo el movimiento.

No llegó.

Vázquez tenía el brazo derecho de Roi antes de que el teléfono llegara a la mitad de la distancia entre la mano de Roi y el suelo. El teléfono cayó de todas formas, no lanzado sino soltado, y el cristal de la pantalla se partió en dos líneas diagonales que cruzaban la pantalla pero no la rompían del todo.

Roi no opuso resistencia después de eso.

Vázquez le leyó los derechos. Roi los escuchó mirando el teléfono roto en el suelo del pasillo.

—¿Puedo vestirme? —preguntó.

—Con supervisión —dijo Vázquez.

Volvió al dormitorio con la agente Sánchez. Se puso unos vaqueros y una camiseta y las zapatillas que estaban junto a la cama. No habló mientras se vestía. Miró una vez hacia el cajón de la mesilla y no abrió el cajón porque había una agente mirándolo y porque lo que había en el cajón, si había algo, ya no servía de nada.

Salieron del dormitorio.

En el pasillo, Roi miró de nuevo el teléfono roto en el suelo.

—¿Puedo cogerlo?

—No —dijo Vázquez.

Roi asintió.

—Objetivo dos asegurado —llegó por el canal dos a las seis y once.

La voz de Vázquez era plana y limpia, sin el trasfondo de adrenalina que tienen algunas voces después de una detención. Profesional, que era la palabra que no era un adjetivo de valoración sino una descripción de lo que había ocurrido.

—¿Incidentes? —preguntó Ferreiro.

—Intento de tirar el teléfono. Neutralizado. Sin lesiones.

—¿El teléfono?

—Partido pero en posesión del equipo.

Perico se levantó de la silla.

—¿Pantalla rota? —preguntó.

—El técnico tendrá que verlo —dijo Vázquez por el canal.

—Que lo lleven directamente al laboratorio. Antes que a custodia.

—Entendido.

Nieto estaba a su lado.

—¿El teléfono tiene algo? —dijo Nieto en voz baja.

—Puede que sí. Si la pantalla está rota pero el chip está bien, hay posibilidad de recuperar lo que intentó borrar.

—¿Intentó borrar algo?

—No sabemos. Intentó tirarlo. Por algo sería.

Nieto asintió.

Ferreiro seguía en los auriculares, coordinando la llegada de los dos detenidos a la comisaría por accesos separados y en tiempos separados, que era el protocolo para evitar que se cruzaran antes de que cada uno hubiera sido procesado por su lado.

La agente de enlace Soto informó que el subteniente Dacal había confirmado que el componente de vigilancia marítima en la zona de las Rías Baixas no había detectado ningún movimiento durante la noche anterior ni durante la mañana, que era la confirmación de que no había habido activación de ningún protocolo de emergencia de los Valeiras, que era la confirmación de que la operación había llegado a sus objetivos sin que los objetivos supieran que llegaba.

—¿Registros en la casa de O Grove? —preguntó Perico.

—El equipo de registro entra en cuarenta minutos, cuando el equipo uno confirme que el perímetro está limpio —dijo Soto.

—¿Y la empresa de transporte?

—Equipo tres está en el polígono desde las seis. Acceso con la orden de registro. Están dentro.

Perico miró el mapa de la pizarra. Los dos puntos en rojo. La distancia entre O Grove y Vigo.

Cuarenta y dos kilómetros.

Dos nombres.

A las seis y veintinueve, cuando el sol había salido lo suficiente para que la ciudad tuviera luz propia y no necesitara ya las farolas, Ferreiro recibió el parte final de coordinación.

—Confirmación de equipo uno y equipo dos —dijo—. Objetivo uno y objetivo dos asegurados y en traslado. Registros en curso en los tres puntos. Sin incidentes graves.

Perico se levantó de la silla donde había estado sentado desde las cinco y cuarenta.

—¿Colombia? —preguntó.

—Ospina confirmó a las dos cuarenta y tres hora local. Operativo en La Esmeralda completado.

—¿Cómo?

—No dio detalles. Dijo que te llamaba.

Perico cogió el teléfono. Había una llamada perdida de Ospina de las cinco y veintidós, que en Colombia eran las doce y veintidós de la noche, que era la hora en que el operativo había terminado si empezaba a la una hora local como habían coordinado. Había un mensaje de texto: *Completado. Habla cuando puedas.*

Perico salió de la sala.

El pasillo de la segunda planta de la comisaría a las seis y media de la mañana era el pasillo de siempre: el fluorescente del techo que seguía parpadeando, el olor a café de la máquina de la segunda

planta que alguien había encendido durante la noche, el ruido de los sistemas que no se apagan.

Bajó las escaleras.

Salió a la calle Lalín.

El sol había salido hacía ocho minutos y estaba todavía muy bajo en el horizonte, en el punto en que da luz pero no calor, en que las sombras son largas y la ciudad tiene ese aspecto de ciudad que acaba de empezar que solo tiene en el invierno a primera hora. El asfalto húmedo del amanecer reflejaba el sol bajo desde los charcos que habían quedado de la noche.

Perico no fue al puerto.

Se quedó en la acera de la comisaría con el teléfono en la mano y el frío de diciembre en la cara, que era el frío correcto para ese momento, que era el frío de Vigo de siempre.

Llamó a Ospina.

Dos tonos.

—¿Cómo salió? —dijo Perico.

—Salió —dijo Ospina.

—¿Ernesto?

—En custodia. Sin resistencia.

—¿Camilo?

Una pausa de dos segundos.

—Camilo no estaba en la finca. Localizamos el coche en Medellín. Hay una orden activa.

Perico lo procesó.

Camilo había llamado a Ernesto la noche anterior para decir que no podía ir a cenar. Camilo había estado en Medellín.

—¿Saben dónde?

—Tenemos el último ping del teléfono. Zona del Poblado. Están en ello.

—¿Cuánto tiempo?

—Esta mañana. O esta tarde.

—Bien.

—¿Y ahí?

—Los dos asegurados —dijo Perico—. Manuela Valeira y Roi Valeira. Sin incidentes graves.

—¿Sin incidentes graves significa con algún incidente menor?

—Roi intentó tirar el teléfono. No llegó.

—¿El teléfono sirve?

—Eso dice el laboratorio.

Ospina hizo un sonido que podía ser aprobación o simplemente el sonido de alguien que está procesando.

—Habla luego —dijo.

—Habla luego —dijo Perico.

Colgó.

Se quedó en la acera.

La calle Lalín en diciembre a las seis y media de la mañana con el sol recién salido tenía esa quietud de las ciudades cuando el día todavía no ha empezado del todo. Un coche pasó despacio. Un hombre con un perro cruzó al final de la calle sin mirar hacia la comisaría.

El sol seguía subiendo.

Perico lo miró un momento, que era algo que no hacía habitualmente porque el sol en Vigo no invita a ser mirado con frecuencia, y luego entró de nuevo a la comisaría, donde todavía había trabajo que hacer.

La operación en Colombia

Los perros de la vaquería ladraron a las cinco y cuarenta y siete.

Ernesto los oyó desde el porche donde estaba sentado con el tinto de las seis que Amparo le dejaba preparado la noche anterior en el termo, porque Ernesto se levantaba antes de que Amparo llegara y el tinto del termo no era lo mismo que el recién hecho pero era el tinto que había. Los perros ladraban con esa frecuencia que tienen cuando detectan algo en el perímetro exterior, no el ladrido de alerta del perro que ha visto algo cerca sino el que corresponde a algo en la distancia que se acerca.

Luego se callaron.

El silencio de los perros duró cuatro segundos y fue más informativo que el ladrido.

Ernesto puso el tinto en la mesa que tenía junto al sillón. Se quedó quieto con las manos en los apoyabrazos. Desde el porche no se veía la entrada de la finca ni el camino que venía de la finca vecina, que era la finca de los Oquendo, que llevaba tres años sin ganado porque los Oquendo habían vendido el hato y no habían vuelto a meter animales. Sí se veía el cielo sobre el Eje Cafetero, que a las cinco y cuarenta y siete tenía la claridad suficiente para distinguir las formas de las montañas aunque no los colores todavía.

Pensó en los nietos.

Sebastián, Valentina y Mateo estaban en los cuartos del fondo. Amparo no llegaba hasta las seis y media.

Veinte segundos después de que los perros se callaran, Rodrigo apareció en el camino que venía desde los establos corriendo, que era algo que Rodrigo no hacía nunca, y eso también fue una información.

Rodrigo no llegó a decir nada.

Detrás de él venían cuatro hombres con chalecos que ponían DIJIN en letras grandes en la espalda y que llevaban las armas fundadas

pero en la mano.

Ernesto se levantó del sillón.

Lo hizo despacio, con el esfuerzo que le costaba levantarse de ese sillón desde hacía dos años, apoyando primero una mano en el apoyabrazos y luego la otra. Se puso de pie y esperó.

El primero de los cuatro hombres era el que mandaba. Tenía cuarenta años, bigote, la expresión de quien ha hecho esta operación suficientes veces para que el protocolo funcione solo. Dijo el nombre de Ernesto. Dijo que tenía una orden de captura firmada por el Juzgado Tercero Especializado de Medellín. Dijo que tenía derecho a un abogado.

Ernesto escuchó todo.

—¿Puedo vestirme? —dijo.

—Tiene cinco minutos.

Uno de los agentes entró con él al cuarto. Ernesto se puso los pantalones de dril de siempre y la camisa azul de cuadros que estaba en la silla, la misma que había llevado a la consulta del cardiólogo. Se ató los zapatos sin apresurarse. Cogió el rosario de la mesilla y lo metió en el bolsillo de la camisa.

El agente lo esperó sin hablar.

Salieron al pasillo. Desde el cuarto del fondo llegaba el sonido de Sebastián despertándose, ese sonido de niño de nueve años que ha oído algo y que todavía no sabe si dormirse de nuevo o levantarse.

Ernesto se detuvo un momento en el pasillo.

—Amparo llega a las seis y media —le dijo al agente.

El agente asintió.

—Los niños —dijo Ernesto.

—Se hará cargo alguien.

Ernesto asintió. Era suficiente. Era lo que podía hacer desde donde estaba.

Salieron al porche.

Camilo había llegado a La Esmeralda a la una de la mañana.

No había llamado para avisar. Había llegado en el BMW directamente desde Medellín, sin pasar por el hotel de Jericó donde tenía reserva, porque algo en la tarde del jueves había cambiado el cálculo que venía haciendo desde hacía semanas sobre cuándo era el momento de estar en la finca y cuándo era el momento de estar en otra parte, y el resultado de ese cálculo había sido la finca.

Había dormido en su cuarto de siempre, el de la segunda planta que daba al cafetal, con el teléfono en la mesilla y el maletín de mano debajo de la cama.

Cuando oyó los pasos en el pasillo principal, a las cinco y cincuenta y dos, ya estaba despierto.

Había una diferencia entre el paso de Ernesto yendo al porche a las cinco de la mañana y el paso de alguien que no era Ernesto. Camilo conocía esa diferencia.

Cogió el maletín.

Fue a la ventana del cuarto que daba al cafetal. Dos metros de caída al parterre de debajo, que tenía la tierra blanda de la última lluvia. Abrió la ventana.

Saltó.

Aterrizó bien, que era un resultado que no estaba garantizado pero que ocurrió. Tomó el camino del cafetal hacia el fondo, que llevaba a una cancela en el límite oriental de la finca que daba al camino de tierra que bordeaba la propiedad de los Oquendo.

Cuarenta metros desde la cancela hasta el camino de tierra.

Recorrió veinte.

Los dos agentes que estaban en posición en el camino de tierra llevaban allí desde las cinco y veinte, que era antes de que el operativo principal iniciara en la entrada delantera, que era la posición que Ospina había insistido en cubrir porque era la salida que él habría tomado y que por tanto era la salida que tomaría alguien que pensara como él pensaba.

Camilo los vio a los quince metros.

Se detuvo.

Levantó las manos.

Freddy Palomino tenía veintidós años y era de Turbo, en Urabá, y llevaba seis meses en La Esmeralda porque era el trabajo que había encontrado cuando terminó el bachillerato y la alternativa era la pesca de camarón en el golfo, que pagaba menos y era más peligrosa de otra manera.

Su función era la entrada delantera.

Cuando vio las luces de las camionetas de la DIJIN entrando por el camino de la finca vecina, hizo lo que le habían enseñado que tenía que hacer si esto pasaba.

Murió a las cinco y cincuenta y uno de la mañana del catorce de diciembre.

El parte oficial diría resistencia armada. Era la categoría que correspondía.

En Turbo, su madre recibió la llamada a las nueve de esa mañana. En La Esmeralda, Ernesto supo de Freddy cuando llegó al centro de detención, dos horas después. Cerró los ojos diez segundos. No dijo nada.

Yolanda estaba en Buenaventura.

Había dormido en el apartamento de la calle Caracas que alquilaba cerca de las oficinas de la ONG, el mismo apartamento desde hacía

dos años, con la ventana que daba al patio interior y que de noche tenía el ruido del generador del edificio de enfrente que había aprendido a no oír.

El teléfono sonó a las seis y diecisiete.

Era un número que no tenía guardado pero que reconoció: el de la administradora de La Esmeralda, la mujer que llevaba la contabilidad de la finca desde hacía doce años y que nunca llamaba a esa hora.

Descolgó.

La administradora habló durante cuarenta segundos. Yolanda escuchó.

Cuando la administradora terminó, Yolanda dijo:

—¿Está bien?

—Está bien. Se lo llevaron, pero está bien.

—¿Y los niños?

—Con Amparo. Amparo llegó a las seis y media.

—Bien —dijo Yolanda.

Colgó.

Se sentó en el suelo de la cocina.

No fue una decisión. Fue que las piernas llegaron a ese punto y se detuvieron y el resto siguió la lógica del cuerpo. El suelo de la cocina tenía las baldosas frías del apartamento de alquiler que no tenía calefacción y que en diciembre en Buenaventura tampoco la necesitaba porque en Buenaventura en diciembre el frío no era el frío de la baldosa sino el de la madrugada antes de que el calor volviera, que era un frío diferente y más tolerable.

Yolanda se quedó en el suelo.

Pensó en Freddy Palomino.

No lo conocía. Había estado en La Esmeralda dos veces en los últimos seis meses y en ninguna de las dos veces había conocido a los escoltas por el nombre. Pero sabía que tenían nombre, que era la cosa que sabía y que a veces resultaba más difícil de sostener que cualquier otra.

Veintidós años.

Era un año más joven que ella cuando había visto morir al hombre de la camisa azul en Buenaventura en 2014. Era la edad que tienen las personas cuando todavía creen que las decisiones que toman son reversibles.

No lloró por Freddy Palomino.

Lloró por los veintidós años de Freddy Palomino, que era distinto aunque desde fuera no lo pareciera.

Estuvo en el suelo veinte minutos.

Luego se levantó, fue al baño, se lavó la cara con agua fría. Se miró en el espejo el tiempo que tardó en reconocer la cara que tenía.

Cogió el teléfono.

Llamó a Camilo. No contestó, que era un resultado que no la sorprendió.

Llamó al abogado de la familia en Medellín. Contestó al segundo tono con la voz de quien ya estaba despierto y ya sabía lo que había pasado o parte de lo que había pasado.

Habló con él cuatro minutos. Al terminar, tenía la información que necesitaba: Ernesto estaba en el centro de detención de la DIJIN en Medellín, con acceso a abogado, en buen estado. Camilo había sido detenido en el camino de tierra de la finca. Gustavo había sido detenido en Jericó, en el piso que tenía allí.

—¿Y yo? —preguntó Yolanda.

Una pausa del abogado.

—Hay una orden preventiva. Le recomiendo que se presente voluntariamente antes de que la ejecuten.

—¿Cuándo?

—Hoy. Esta mañana.

—Entendido.

Colgó.

Fue al dormitorio. Hizo una maleta pequeña, de esas que se hacen cuando no se sabe cuánto tiempo va a durar lo que viene pero se sabe que no va a ser poco. Ropa, el cargador del teléfono, los documentos que estaban en el cajón de la mesilla. El libro que estaba leyendo, que era un libro sobre historia de los derechos laborales en el Pacífico colombiano y que estaba a mitad, aunque no sabía si iba a poder seguir leyéndolo donde fuera que fuera.

Lo metió igualmente.

Salió del apartamento a las siete y cuatro.

El coche policial que llevaba a Ernesto salió de La Esmeralda a las seis y veinte por el camino de la entrada delantera.

Ernesto estaba en el asiento trasero, sin esposas porque el agente que lo había procesado había considerado que no eran necesarias para un hombre de sesenta y cinco años con un problema de corazón que había subido al coche sin dificultad.

El camino de tierra medía trescientos metros desde la casa principal hasta la carretera secundaria. Ernesto lo conocía de haberlo recorrido en los dos sentidos miles de veces en cuarenta años, a pie y en coche y alguna vez a caballo cuando todavía tenía los caballos. Conocía cada curva, cada zona donde la tierra se ponía blanda en época de lluvias, el punto donde había un guayabo que daba fruta en marzo y que sus hijos habían comido de niños bajándola con una vara.

Por la ventanilla del lado derecho vio los cafetales.

Estaban en la fase entre la cosecha de octubre y el brote de enero, que era la fase en que los cafetales tienen ese aspecto de reposo que no es abandono sino pausa, las matas con el verde oscuro del follaje sin el rojo de los granos maduros. Era la fase que Ernesto prefería, aunque no sabría haber dicho exactamente por qué.

La casa desapareció detrás de la primera curva.

El coche tomó la carretera secundaria en dirección a Jericó.

Ernesto miró al frente.

El rosario estaba en el bolsillo de la camisa azul de cuadros, en el mismo sitio donde siempre estaba.

No lo sacó.

El día después

Los fluorescentes de la sala de operaciones llevaban encendidos desde las cuatro de la mañana y a las once de la noche seguían encendidos porque nadie los había apagado. Daban una luz que era suficiente para ver todo lo que había en la sala y que a esa hora, sin nadie que los necesitara, producía el efecto específico de los espacios iluminados vacíos: la luz sin destinatario, el cuarto que sigue funcionando después de que la gente se ha ido. Los mapas en la pizarra seguían donde habían estado toda la semana. Las fotos del expediente en el tablón, los nombres escritos en rotulador azul, las flechas que conectaban los puntos. El mapa del Atlántico con la línea diagonal que Perico había trazado meses antes en Bogotá y que alguien había reproducido en la pizarra durante la fase de planificación. Todo en el mismo sitio. Todo exactamente igual que a las cinco de la mañana, excepto que ahora los nombres tenían personas detrás que estaban en centros de detención y que mañana pasarían por los juzgados correspondientes para el trámite de presentación.

Perico se sentó en la silla de Ferreiro.

La silla de Ferreiro estaba orientada hacia las pantallas apagadas y tenía el respaldo ligeramente inclinado hacia atrás porque Ferreiro era más alto que la mayoría de las personas para quienes se había diseñado la silla y había ajustado el respaldo sin devolver la inclinación original. Perico la dejó como estaba.

Miró el tablón.

Manuela Valeira. Roi Valeira. Ernesto Ríos. Gustavo Ríos. Camilo Ríos. Los cinco nombres con sus fotos al lado. Las fotos de vigilancia que conocía de meses de trabajo, las mismas que había estado mirando tantas veces que las conocía con el detalle con que se conocen las cosas que se han mirado durante mucho tiempo: la expresión de Ernesto en el porche de La Esmeralda, de perfil, mirando los cafetales. La foto de Camilo cruzando una acera en El Poblado con el teléfono en la mano. La foto de Manuela en la lonja de Cambados comprando centollos, las bolsas de tela verde oscuro que el tiempo había desteñido hasta el gris.

Sacó el teléfono.

Llamó a Ospina.

Dos tonos. Ospina cogió con la voz de alguien que no ha dormido o que ha dormido poco, que era la misma voz que Perico tenía aunque no se oyera a sí mismo.

—¿Cómo estás? —dijo Ospina.

—Bien. ¿Y ahí?

—Bien. Camilo está procesado. El abogado llegó esta tarde. —Una pausa—. Yolanda se presentó voluntariamente a las siete de la mañana.

Perico procesó eso.

—¿Voluntariamente?

—Llamó al abogado de la familia, el abogado la aconsejó presentarse, se presentó. —Otro silencio—. Hizo bien.

—¿Cómo está Ernesto?

—El cardiológo que fue a verlo al centro de detención dice que está estable. El rosario se lo dejaron.

Perico no respondió a eso de inmediato. Era una información que no cambiaba nada en el expediente y que sin embargo era una información.

—¿Gustavo? —preguntó.

—Gustavo no ha dicho nada. Ni una palabra desde que lo detuvieron. Es lo esperado.

—¿Y Camilo?

—Camilo ha pedido trasladar la instrucción a Bogotá por razones de competencia territorial. El abogado dice que tiene argumentos. —Ospina hizo el sonido de alguien que evalúa algo—. Tiene buenos abogados.

—¿Cuánto le va a durar la preventiva?

—Eso ya es otro mundo. —Lo dijo sin ironía, simplemente como lo que era: la evaluación de alguien que conoce el sistema judicial colombiano—. Lo que puedo decirte es que el expediente está sólido en el lado colombiano. Lo que hagan con él ya no depende de mí.

—Ni de mí —dijo Perico.

—No. —Una pausa más larga—. Salió bien, Losada.

—Salió.

—No es lo mismo.

—No —dijo Perico—. No es lo mismo.

Colgaron sin más protocolo, que era la manera en que Perico y Ospina habían terminado siempre las conversaciones en los meses

que llevaban trabajando juntos: sin los añadidos que hacen las despedidas más largas de lo que necesitan ser.

Perico se quedó mirando el teléfono un momento.

Buscó el número de Nieto.

—¿Sigues ahí? —dijo Nieto cuando cogió.

—Haciendo el cierre.

—¿Cómo está el expediente?

—El laboratorio confirmó que el teléfono de Roi tiene material recuperable. Cuánto material, lo sabremos mañana.

—¿La casa de O Grove?

—El equipo de registro encontró documentación en el despacho que no estaba en los archivos de la empresa. Serafín, el encargado de la empresa de transporte, había quemado los archivos físicos del almacén antes del operativo. Pero en la casa había cosas que Manuela llevaba en papel y que no estaban en el almacén.

—¿Qué tipo de cosas?

—Registros de operaciones en un código que el analista todavía está descifrando. Fechas, cantidades, referencias numéricas sin nombre explícito. Si el analista puede cruzarlos con los registros de la naviera, tenemos trazabilidad de al menos tres años.

—Bien —dijo Nieto.

Era la primera vez en todo el día que Perico la oía decir eso sin añadir nada después.

—Bermúdez quiere la actualización del expediente el lunes —continuó Nieto—. El proceso de extradición para los colombianos va a tardar tiempo. Hay que tener el expediente impecable para cuando llegue el momento.

—Lo estará.

Una pausa.

—Buen trabajo, Perico.

Era la segunda vez que se lo decía, la primera había sido la mañana del operativo en una llamada corta, y la segunda tenía un peso diferente porque ya no era el calor de los primeros minutos sino la evaluación fría de al final del día.

—Gracias —dijo Perico.

—Mañana a las nueve.

—A las nueve.

Colgó.

Miró el tablón de nuevo.

Los cinco nombres. Las fotos de vigilancia. Las flechas. El mapa con la línea diagonal.

Pensó en Ernesto Ríos en el porche de La Esmeralda la mañana del operativo, en pijama, levantándose del sillón con el esfuerzo que le costaba levantarse de ese sillón y que Perico había leído en el parte de Ospina pero que podía imaginar con la precisión de alguien que había visto a ese hombre en una foto de perfil mirando los cafetales y que llevaba meses construyendo la imagen del espacio donde ese hombre existía. El rosario en el bolsillo de la camisa azul de cuadros. El tinto en el termo porque Amparo no había llegado todavía.

Pensó en Manuela Valeira apagando el fuego de la sartén.

Un cuarto de vuelta a la izquierda. El clic. La llama que se apaga.

Era el gesto de alguien que tiene una norma sobre lo que se deja encendido y lo que no, y que esa norma funciona independientemente de lo que esté pasando alrededor, y que esa independencia es precisamente lo que hace el gesto lo que es: la continuidad de una forma de ser en el momento en que esa forma de ser ya no va a poder continuar de la misma manera.

No era victoria lo que sentía mirando esas fotos.

Era la extrañeza de haber pasado meses construyendo el mapa de un mundo que existía con toda su densidad y su cotidianidad y su afecto interno, y de haber llegado al final del proceso en que ese mundo, sin desaparecer del todo, ya no podía seguir siendo lo que había sido.

Eso no era algo que cabía en el expediente.

El expediente tenía nombres, fechas, cantidades, registros de llamadas, manifiestos de carga, transacciones financieras, el informe del laboratorio sobre el análisis de la muestra del camión de Vila Nova de Gaia que era donde había empezado todo hacía casi un año. El expediente era sólido. Era lo que había construido durante meses y era suficiente para lo que tenía que ser suficiente.

Lo que no estaba en el expediente era el sancocho de los domingos en La Esmeralda. No estaban las filloas de los jueves en la cocina de O Grove. No estaba el locutorio de A Lama con el olor a plástico y desinfectante y el caldo en el táper de los verdes. No estaba Yolanda en el suelo de la cocina de Buenaventura llorando por los veintidós años de Freddy Palomino.

Esas cosas existían igualmente.

Perico lo sabía porque había pasado meses aprendiendo a leer el mundo de los clanes desde fuera y desde cerca, y lo que había aprendido no era solo información operativa sino también otra cosa para la que no tenía nombre en el vocabulario del expediente.

No lo anotó en ningún sitio.

No había sitio donde anotarlo.

Recogió la libreta de la mesa. Recogió el anorak del respaldo de la silla. Apagó los fluorescentes de la sala de operaciones, que siguieron un segundo encendidos mientras el interruptor hacía el ciclo completo y luego se apagaron y la sala quedó en la oscuridad de los espacios que tienen ventanas que dan a la calle y que por tanto nunca están en la oscuridad completa, sino en esa penumbra

de la ciudad de noche que es suficiente para ver las siluetas de las cosas aunque no sus detalles.

Las siluetas del tablón. Las fotos que seguían allí aunque ya no se vieran.

Bajó las escaleras.

El agente del turno de noche en recepción levantó la vista cuando Perico pasó.

—Buenas noches —dijo el agente.

—Buenas —dijo Perico.

Salió.

La calle Lalín a las once y cuarto de la noche tenía el aspecto que tenía siempre a esa hora: la acera mojada de la lluvia que había caído a las ocho y que había parado antes de las diez, el brillo del asfalto bajo las farolas, el frío que en diciembre en Vigo es el frío correcto para diciembre en Vigo, que es un frío que sabe cómo estar sin pedir que lo nombren.

Caminó hacia el hotel.

Eran diez minutos a pie. Los empleó en no pensar en nada concreto, que era lo que hacía cuando el día había sido lo que ese día había sido y el cuerpo todavía necesitaba tiempo para procesar la diferencia entre el estado de alerta de las últimas dieciocho horas y el estado que venía ahora, que no tenía un nombre preciso pero que era el estado en que las cosas ya habían ocurrido y lo que quedaba era simplemente la continuación de lo que viene después de que las cosas ocurren.

En el hotel, la recepcionista de noche le dio la llave sin preguntar cómo había ido el día, que era lo correcto porque no sabía que el día había sido un día en que había pasado algo y que Perico le hubiera agradecido igual aunque lo hubiera sabido.

Subió al cuarto.

La moqueta de rombos grises y azules seguía siendo la moqueta de rombos grises y azules, que era la moqueta que había cuando Nieto le había dicho que tenía que mudarse del piso y que era la moqueta que iba a seguir siendo cuando Perico volviera al piso. La maleta seguía sin deshacer del todo, que era el estado en que había estado desde el primer día porque deshacer una maleta de hotel implicaba una decisión sobre cuánto tiempo uno iba a estar que Perico no había tomado.

Dejó el anorak en la silla.

Dejó la libreta en la mesilla.

Miró el teléfono.

Tenía el número de Marta en la memoria de la mano, que es como se llama cuando algo se hace sin que la mano necesite instrucciones de la cabeza. La mano no lo marcó. La cabeza tampoco lo pidió, que era una forma de decir que había algo en ese momento que no era el momento de esa llamada, aunque no habría sabido explicar exactamente qué.

Se quitó los zapatos.

Se acostó sin desvestirse del todo, con la ropa del día encima, que era algo que no hacía nunca y que esa noche era simplemente lo que hacía porque el cuerpo había llegado a ese punto y el punto era ese.

Miró el techo.

La mancha de humedad en la esquina superior derecha, el blanco pintado encima que no era del todo el mismo blanco. La llevaba viendo desde hacía semanas y era ya una de esas cosas que uno ve sin verlas porque las ha visto suficientes veces.

Cerró los ojos.

Perico durmió.

No fue un sueño tranquilo ni intranquilo. Fue simplemente sueño, que era lo que el cuerpo necesitaba y lo que recibió, sin imágenes que el narrador registre porque eran las imágenes que son de quien las tiene y que no pertenecen al expediente ni a ninguna otra cosa que no sea el sueño de un inspector de treinta y dos años que se había acostado con la ropa del día en una habitación de hotel en Vigo a las once y media de la noche de un viernes de diciembre después de un día que había terminado lo que había empezado hacía casi un año en el muelle del puerto con un camión y unas cajas de pimientos de Padrón y unos números que no cuadraban.

Durmió hasta las ocho y cuarto de la mañana.

Cuando se despertó, la primera cosa que vio fue la mancha de humedad en la esquina del techo.

La segunda fue la libreta en la mesilla.

La tercera fue que había luz fuera, una luz gris de mañana de Vigo que entraba por la rendija de las persianas, que era la luz correcta para una mañana de Vigo en diciembre, que era la única luz que Perico conocía de memoria desde antes de saber que la conocía.

Se levantó.

El juicio I: La apertura

La sala de la Sección Primera de lo Penal del Tribunal Superior de Galicia olía a madera antigua y a un producto de limpieza que intentaba ser neutro y no lo conseguía del todo, y debajo de esos dos olores, cuando la sala estaba llena como estaba esa mañana, el olor de la gente: abrigos húmedos de la lluvia de Santiago, perfumes de las periodistas, el papel de los cuadernos de los taquígrafos. Era un olor que tenía historia antes de que empezara la vista, la historia de todas las vistas que habían ocurrido en esa sala desde que el edificio era lo que era y que habían dejado en la madera del banco y en el techo y en el suelo esa acumulación de presencias que los espacios judiciales tienen y que no tiene nombre pero que se percibe.

El silencio llegó cuando abrieron las puertas del fondo y los magistrados entraron.

Eran tres. El presidente del tribunal, que se llamaba Souto y que tenía sesenta años y el pelo blanco de alguien que lo ha tenido blanco desde antes de lo habitual, caminó en el centro con la toga que le daba la apariencia de los magistrados en todas las salas y que a la vez lo hacía inconfundiblemente él, porque la toga no cambia la manera de caminar de nadie y Souto caminaba con la cadencia de alguien que no tiene prisa porque el tiempo de la sala es el tiempo que él determina. Los otros dos magistrados iban a sus lados y eran más jóvenes y menos visibles, que era la jerarquía que la disposición física de la entrada expresaba antes de que nadie dijera nada.

Todo el mundo se puso de pie.

Todo el mundo se sentó cuando Souto se sentó.

Perico estaba en la bancada de los testigos, al costado derecho de la sala, donde los testigos esperaban durante las sesiones en las que no declaraban pero cuya presencia había sido requerida. Era la tercera fila. Desde allí veía la bancada de los acusados en diagonal, el estrado del presidente al frente, y la parte de la sala destinada al público, que ese primer día estaba llena con una densidad que los

ujieres habían gestionado sin conseguir que todo el mundo estuviera del todo cómodo.

La prensa ocupaba la zona izquierda. Perico reconoció a dos periodistas de La Voz de Galicia que habían publicado cosas sobre el caso en los meses anteriores. Había cámaras fuera del edificio, en la plaza del Obradoiro, porque dentro no estaban permitidas.

Miró la bancada de los acusados.

Manuela Valeira estaba en el extremo izquierdo. Llevaba el traje negro de siempre, el que usaba para las ocasiones, y tenía las manos en el regazo y la vista al frente, hacia el estrado del presidente, con esa manera de mirar directamente que Perico había aprendido a reconocer en las pocas ocasiones en que había podido verla de cerca. A su lado, Roi Valeira miraba hacia la mesa que tenía delante. No miraba a nadie en particular. Tenía el pelo peinado de una manera que Perico no le había visto en ninguna de las fotos de vigilancia, más ordenado, y llevaba una americana gris que era la americana de los acusados que tienen abogado bueno y que han recibido consejo sobre cómo presentarse ante un tribunal.

En la pantalla de videoconferencia que habían instalado en el extremo derecho de la bancada estaba Ernesto Ríos.

La imagen era buena, de las buenas, con el audio sincronizado y el encuadre correcto que mostraba a Ernesto desde el pecho hasta la cabeza, con el fondo de la sala de videoconferencia del centro penitenciario de Bogotá donde cumplía la prisión preventiva mientras el proceso de extradición avanzaba. Llevaba una camisa blanca. Tenía el aspecto de alguien que ha dormido bien aunque Perico no sabía si había dormido bien y probablemente no importaba saberlo.

En el lugar que habría correspondido a Camilo Ríos no había nadie. El presidente había dejado constancia al inicio de la sesión de que Camilo Ríos Castaño había sido declarado en rebeldía por no haberse presentado a los llamamientos judiciales y que el proceso continuaría en su ausencia según lo establecido por el artículo correspondiente

de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Nadie en la sala había reaccionado a eso de ninguna manera visible.

El fiscal se llamaba Mendoza y tenía cincuenta y dos años y llevaba veinte en la Fiscalía Especial Antidroga, lo cual significaba que conocía los procedimientos con la profundidad de quien los ha aplicado muchas veces y que también conocía sus limitaciones con la misma profundidad. Era un hombre de complexión media, voz firme, que presentó el caso durante noventa minutos con la solidez de alguien que ha preparado bien una exposición y que la expone exactamente como la ha preparado. Los hechos en orden cronológico. La ruta atlántica. La conexión entre las empresas pantalla de Vigo y la naviera panameña. La transacción que conectaba el número de Roi con la empresa Valeira. El expediente de la DIJIN colombiana. Los registros de la casa de O Grove. La muestra del camión de Vila Nova de Gaia y los doce kilos de cocaína que habían sido el inicio de todo.

Fue una exposición sólida.

No fue una exposición brillante, que era la diferencia que importaba.

Xulia Vidal escuchó la presentación del fiscal con el cuaderno abierto delante y el bolígrafo en la mano, tomando notas con una regularidad que no era nerviosa sino metódica, la de alguien que está registrando lo que necesita para después y que sabe exactamente qué necesita. Tenía cuarenta años, aunque en la sala parecía menos, con el pelo oscuro recogido y la toga encima del traje que debajo era azul marino, el color de los abogados que han aprendido que la elección del color en un juicio es también comunicación.

Cuando le tocó el turno para la declaración inicial de la defensa, Xulia Vidal se levantó sin papeles.

No llevaba nada en las manos.

Se dirigió hacia el estrado con el paso de alguien que conoce la distancia exacta entre su silla y el punto desde donde va a hablar y

que no necesita mirar el suelo para saber cuándo llegar. Se giró hacia los magistrados.

Habló durante cuarenta y cinco minutos.

Empezó con los hechos aceptados, que eran los que el fiscal había expuesto y que Xulia no cuestionó: había habido una incautación en el puerto de Vigo, había habido una investigación, había habido detenciones. Esos hechos, dijo, no estaban en discusión.

Lo que estaba en discusión, dijo, era la manera en que se habían obtenido las pruebas que conectaban esos hechos con las personas que el Ministerio Fiscal señalaba como responsables. Y esa discusión, continuó, era la discusión central de este proceso, porque un estado de derecho no puede permitir que la urgencia de un resultado correcto justifique la utilización de métodos incorrectos.

Hizo una pausa.

El silencio en la sala era el silencio de las salas cuando alguien habla de una manera que obliga a escuchar.

La evidencia digital que el Ministerio Fiscal presentaba como prueba central, dijo Xulia, había sido obtenida a través de una solicitud de registros de red a un hotel privado. Esa solicitud había sido autorizada por el Juzgado de Instrucción número cuatro de Vigo. Hasta ahí, procedimiento correcto.

El problema, dijo, era la cadena de custodia de los datos obtenidos entre el momento de su recepción y el momento de su incorporación al expediente. Había una ventana de cuarenta y tres horas en ese período durante la cual los datos habían estado en posesión del equipo técnico de la Brigada sin que hubiera un registro continuo y verificable de que no habían sido modificados.

Cuarenta y tres horas, repitió. Sin certificación de integridad en tiempo real.

No estaba diciendo que los datos hubieran sido modificados, dijo Xulia, con el tono preciso de quien sabe exactamente lo que está

diciendo y lo que no está diciendo. Estaba diciendo que no había manera de probar que no lo habían sido, y que en un proceso penal la carga de la prueba de la integridad de las evidencias recaía en quien las presentaba, no en quien las cuestionaba.

Miró a los magistrados.

Dijo que la defensa plantearía en el momento procesal oportuno la nulidad de esa prueba y de todas las obtenidas en consecuencia de ella, que era un volumen significativo del expediente del Ministerio Fiscal.

Se sentó.

No había alzado la voz en ningún momento de los cuarenta y cinco minutos.

Perico la había escuchado sin moverse. El problema de las cuarenta y tres horas era el problema que Nieto le había señalado en el ascensor del juzgado meses antes, el mismo día en que habían salido de la reunión con Bermúdez y habían encontrado el titular en el periódico. Era el punto débil que existía y que Xulia Vidal había encontrado porque era una abogada que encontraba los puntos débiles de los expedientes con la misma eficiencia con que Perico encontraba los puntos débiles de las redes, que era la eficiencia de alguien que sabe lo que está buscando antes de empezar a buscar.

El fiscal pidió la palabra para una aclaración.

El presidente la concedió.

Mendoza explicó, con la misma solidez de antes, que la cadena de custodia de los datos digitales había seguido el protocolo establecido por la Circular de la Fiscalía General del Estado sobre gestión de evidencias digitales del año anterior, que era el protocolo vigente y que había sido aplicado en su totalidad. Que la ventana de cuarenta y tres horas correspondía al tiempo de tránsito de la muestra entre dos laboratorios, no entre dos custodios distintos. Que había documentación de cada paso de ese tránsito.

Era una respuesta sólida.

Era una respuesta que no cerraba del todo lo que Xulia había abierto, que era la diferencia entre tener documentación de los pasos y tener certificación continua de la integridad, que no era lo mismo y que Xulia sabía que no era lo mismo y que Mendoza también sabía que no era lo mismo aunque no lo hubiera dicho.

Souto levantó la sesión a las dos de la tarde.

La sala tardó diez minutos en vaciarse porque la prensa salió despacio y los abogados tuvieron conversaciones de pasillo y los ujieres gestionaron el orden de salida de los acusados. Perico salió entre los primeros, por la puerta lateral que daba a un corredor secundario y desde allí a la salida de la Praza das Praterías, que era el lateral del edificio y no la fachada principal que daba al Obradoiro donde estaban las cámaras.

No dio resultado. En las Praterías también había un grupo de periodistas que esperaban a quien saliera por donde saliera.

Una periodista joven, con una grabadora en la mano, se le acercó antes de que llegara a la calle.

—Inspector Losada. ¿Cómo valora la primera sesión?

Perico siguió caminando.

La periodista caminó con él dos metros antes de entender que no iba a obtener respuesta.

Perico tomó la calle de las Platerías hacia el sur, en dirección a donde había aparcado, y Santiago de Compostela en diciembre lo recibió con la lluvia fina que tiene Santiago en diciembre, que en Vigo sería lluvia normal y que en Santiago, con el granito de los edificios y los soportales y el adoquín mojado, tiene una calidad propia que no es de ninguna otra ciudad.

Caminó sin paraguas.

La lluvia en Santiago hacía el mismo trabajo que la lluvia en Vigo, estar aunque nadie se lo pida.

El juicio II: Las pruebas

El estrado de los testigos en la Sección Primera olía a la misma madera antigua de toda la sala y a algo más que Perico identificó cuando se sentó: el sudor frío de los que habían estado antes en esa misma silla ese día, absorbido por el material del respaldo y que a temperatura de sala se volvía perceptible para quien llegara después. Era un olor que decía algo sobre lo que era ese sitio y lo que le pasaba a la gente que se sentaba en él.

Perico puso las manos en los muslos.

La sala desde el estrado era diferente a la sala desde la bancada de los testigos donde había estado los días anteriores. Desde aquí se veía todo a la vez: el estrado del presidente al frente y ligeramente elevado, la mesa del fiscal a la izquierda y la de la defensa a la derecha, la bancada de los acusados en diagonal, el público y la

prensa al fondo. Era el único punto de la sala desde el que todas las caras estaban en el mismo campo visual al mismo tiempo.

Manuela Valeira lo miraba.

Perico lo notó antes de que el presidente Souto iniciara la sesión. Manuela estaba en el extremo izquierdo de la bancada, como los días anteriores, con el traje negro y las manos en el regazo, y tenía los ojos en él. No era una mirada de hostilidad ni de súplica. Era la mirada de alguien que está evaluando algo con la atención que se da a las cosas que importan.

Souto inició la sesión.

El fiscal Mendoza se levantó para el interrogatorio directo.

La pregunta sobre su cargo, su experiencia, su función en el caso. Perico respondió con la economía de quien ha preparado las respuestas y que sabe que las respuestas largas en el interrogatorio del fiscal son territorio del fiscal, no del testigo. Inspector de la Brigada de Crimen Organizado de Vigo. Siete años en la brigada. Instructor del caso desde el inicio.

¿Cómo había comenzado la investigación?

Una incautación rutinaria en el puerto de Vigo. Doce kilos de cocaína en la cavidad trasera de un camión de transporte con matrícula portuguesa. Los números de la factura de carga no cuadraban con el peso real de la mercancía.

¿Qué le había llamado la atención específicamente?

El peso declarado era el doble del peso real. La cavidad estaba diseñada para el cuádruple de lo que llevaba. Eso no es el error de un operativo improvisado.

Mendoza siguió. La empresa pantalla en Vigo con el administrador muerto. La naviera panameña. La ruta Buenaventura-Panamá-Las Palmas-Vigo. El viaje a Colombia y la colaboración con la DIJIN. La conexión con el número de Roi Valeira a través de los registros del Hotel Zenit. La transacción financiera de la empresa Valeiras.

Perico respondió a cada pregunta con la misma economía del principio. No añadía información que no le hubieran pedido. No especulaba. Describía lo que había encontrado y cómo lo había encontrado, en el orden en que lo había encontrado, sin saltar al significado antes de que la pregunta lo pidiera.

El interrogatorio de Mendoza duró cincuenta minutos.

Cuando terminó, Souto preguntó si la defensa tenía preguntas.

Xulia Vidal se levantó.

Llevaba el mismo traje azul marino de los días anteriores con una blusa diferente, blanca, y tenía el cuaderno abierto en la mesa aunque no lo miró al levantarse. Caminó hasta el punto desde donde había hablado en la sesión inaugural y se quedó allí, de pie, sin apoyarse en nada.

Miró a Perico.

Le preguntó si podía confirmar la fecha en que había solicitado los registros de conexión al Hotel Zenit de Vigo.

Perico la confirmó.

Le preguntó si podía confirmar la fecha en que esos registros habían llegado a su poder.

Perico la confirmó.

Le preguntó si había algún registro de comunicación entre esas dos fechas entre él y el analista técnico Ramos que pudiera documentar la cadena de posesión de los datos en ese período.

Sí. Los correos internos de la brigada.

¿Estaban en el expediente?

Sí.

¿Todos?

Perico tardó un segundo.

Los relevantes, dijo.

Xulia anotó algo en el cuaderno.

¿Qué criterio había usado para determinar cuáles eran relevantes y cuáles no?

El criterio de la circular de la Fiscalía General del Estado sobre gestión de evidencias digitales.

¿Podía citar el artículo de esa circular que establecía ese criterio?

Perico lo citó. Lo había preparado.

Xulia asintió despacio, como quien registra una respuesta correcta sin que eso cambie lo que va a preguntar a continuación.

Pasó a la coordinación con Colombia. Preguntó si la intervención del teléfono de prepago colombiano que aparecía en el expediente había sido realizada bajo una orden judicial colombiana.

Sí. La DIJIN había actuado dentro de su propia investigación.

¿Esa investigación estaba abierta antes de que la Brigada de Vigo contactara con la DIJIN?

Perico respondió que sí.

¿Podía documentarse que la investigación colombiana era independiente de la española en su origen?

Perico dijo que el expediente de la DIJIN estaba disponible para el tribunal a través de la comisión rogatoria tramitada por el Juzgado de Instrucción número cuatro de Vigo.

¿Y la fecha de apertura de ese expediente colombiano era anterior a la solicitud española de cooperación?

Perico dijo que sí.

¿Por cuánto tiempo?

Tres meses.

Xulia anotó.

El lector, que llevaba treinta y cuatro capítulos en el mundo de Ospina, sabía que esa respuesta era la respuesta correcta pero que correcta no significaba toda la historia.

Manuela Valeira miraba a Perico.

El narrador lo anotó por primera vez en este punto.

Xulia preguntó sobre el momento de la solicitud de los registros del Hotel Zenit. Le preguntó si en el momento de realizar esa solicitud la investigación tenía una hipótesis formada sobre la identidad del receptor gallego de la ruta atlántica o si la hipótesis se había formado después de obtener los registros.

Perico respondió que la hipótesis sobre la existencia de una estructura gallega receptora había sido anterior a los registros. Lo que los registros habían aportado era la identidad de esa estructura.

¿La hipótesis anterior estaba documentada en el expediente antes de la solicitud de los registros?

Perico dijo que estaba en el informe de síntesis que había remitido al Juzgado de Instrucción número cuatro con fecha que podía comprobarse en el expediente.

Xulia dijo que lo comprobaría.

Siguió. Llegó a la pregunta que Perico sabía que iba a llegar porque era la pregunta que quedaba cuando todas las demás habían sido respondidas y no había manera de llegar al fondo sin hacerla.

Le preguntó si podía explicar al tribunal el proceso exacto por el que el teléfono de Roi Valeira había quedado bajo vigilancia. Quería decir, le dijo Xulia con una precisión que no era pedantería sino delimitación, quería decir el proceso por el que ese número había llegado a estar en la solicitud de autorización de vigilancia que había presentado al Juzgado de Instrucción número cuatro.

Perico miró a Xulia.

Xulia lo miraba.

Había silencio en la sala, el silencio de cuando la sala sabe que lo que viene importa aunque no sepa todavía qué es.

Manuela Valeira miraba a Perico.

El narrador lo anotó por segunda vez.

Perico dijo que el número de teléfono de Roi Valeira había sido identificado a través de registros de llamadas obtenidos de la empresa de servicios de telecomunicaciones en el marco de la solicitud de información preliminar autorizada por el Juzgado.

Xulia preguntó si podía precisar qué registros de llamadas y qué período.

Perico lo precisó.

Xulia preguntó si esos registros de llamadas habían llegado a la solicitud del Juzgado antes o después de que la Brigada tuviera conocimiento de la conexión entre ese número y el nombre de Roi Valeira.

Perico tardó dos segundos.

Eran los dos segundos en que la respuesta correcta y la respuesta completa no eran la misma respuesta y en que Perico estaba calibrando exactamente qué parte de la respuesta correcta decir sin que la respuesta correcta se convirtiera en una mentira por omisión que Xulia pudiera usar para algo más grande.

Los dos segundos en que la sala estaba en silencio y Xulia lo miraba y el presidente Souto tenía la vista al frente y Mendoza tenía el bolígrafo detenido sobre el cuaderno y en la bancada de los acusados Manuela Valeira tenía los ojos en Perico.

Perico dijo que los registros de llamadas habían llegado a la solicitud en el mismo proceso de documentación por el que el nombre de Roi Valeira había sido identificado como posible receptor gallego, y que la solicitud al Juzgado había incorporado toda la información disponible en ese momento de forma que el Juzgado pudiera evaluar la pertinencia de la vigilancia.

Xulia lo miró durante un momento después de que Perico terminara la frase.

No dijo nada durante tres segundos.

Luego preguntó si Perico podía confirmar que la solicitud al Juzgado había descrito de forma completa el origen de cada uno de los datos que fundamentaban la petición de vigilancia.

Sí, dijo Perico.

¿Incluido el dato sobre el número de teléfono?

Sí.

Xulia anotó.

Souto, desde el estrado, no había advertido la diferencia entre lo que Xulia había preguntado y lo que Perico había respondido, que era la diferencia entre el origen del dato y la secuencia temporal entre el conocimiento del dato y su incorporación a la solicitud, que no era exactamente lo mismo pero que en la respuesta de Perico había quedado tratado como si fuera lo mismo. Mendoza la había advertido, Perico lo notó en el ángulo del bolígrafo. Xulia la había advertido, que era la razón por la que había hecho la siguiente pregunta, y la respuesta de Perico a esa siguiente pregunta había sido sí, que era la respuesta correcta aunque no fuera la respuesta que habría satisfecho completamente a Xulia.

Era un empate.

El tipo de empate que en el vocabulario del derecho no se llama empate sino que se llama que la prueba no ha sido invalidada pero que la duda ha sido plantada, y que la diferencia entre esas dos cosas la decidirán los magistrados en el momento en que tengan que decidirla.

Xulia preguntó tres cosas más sobre la cadena de custodia del teléfono de Roi, sobre la documentación del intento de destruirlo y sobre el proceso de recuperación de datos por el laboratorio técnico.

Perico respondió a las tres sin dificultad porque esas tres eran las que estaban documentadas sin ambigüedad.

Luego Xulia dijo que no tenía más preguntas.

Se sentó.

Souto preguntó a Mendoza si quería hacer alguna pregunta adicional en redireccionamiento.

Mendoza se levantó y preguntó a Perico si en algún momento del proceso de investigación había actuado fuera de los protocolos establecidos por la Circular de la Fiscalía General del Estado sobre gestión de evidencias digitales.

Perico dijo que no.

Mendoza dijo que no tenía más preguntas.

Souto levantó la vista del cuaderno donde había estado anotando.

Le dijo a Perico que podía retirarse.

Perico se levantó del estrado.

Caminó hacia la salida lateral de la sala por el pasillo que quedaba entre el estrado del presidente y la bancada de los acusados. Era un pasillo estrecho, de metro y medio, suficiente para que dos personas pasaran con comodidad en la misma dirección pero no en sentidos contrarios.

La bancada de los acusados estaba a su izquierda.

Manuela Valeira tenía los ojos en él.

El narrador lo anotó por tercera vez sin comentar.

Perico pasó junto a la bancada a dos metros de distancia. Manuela no apartó los ojos. No era hostilidad ni era reconocimiento. Era la misma mirada de evaluación que había tenido al principio de la sesión, cuando Perico había subido al estrado y ella le había dado esa atención que daba a las cosas que importaban.

Perico llegó a la salida lateral.

Empujó la puerta.

En el corredor, el aire era más frío que el de la sala y el ruido era el ruido del edificio en funcionamiento: pasos, voces lejanas, el sonido de otra sala en proceso en algún punto del edificio.

Se paró junto a la pared.

Había una pregunta que Xulia Vidal había plantado en la sala sin hacerla explícita, que era la pregunta que quedaba cuando todas las demás habían terminado: si un sistema construido para proteger las libertades individuales puede proteger esas mismas libertades cuando las herramientas que necesita para hacerlo requieren moverse en los márgenes de lo que ese mismo sistema permite.

No era una pregunta con respuesta disponible en ese corredor.

Era la pregunta que Perico había llevado consigo desde el día en que había trazado el mapa en papel en una mesa de hotel en Bogotá con un bolígrafo azul, la misma que había llevado el día en que había escuchado a Marta hablar de beneficio difuso en una habitación de hotel en Vigo, la misma que llevaba ahora saliendo de la sala donde un tribunal de tres magistrados iba a decidir, en el momento en que tuviera que decidir, qué parte de lo que Perico había construido durante dieciocho meses era suficientemente sólida para sostenerse.

No lo sabía.

En la sala, a través de la puerta que ya estaba cerrada, el presidente Souto estaría levantando la sesión o continuando con el siguiente testigo, que era el analista técnico Ramos, que tenía su propio estrado que cruzar y sus propias preguntas de Xulia Vidal que recibir.

Perico se separó de la pared.

Fue hacia las escaleras.

El juicio III: El veredicto

El aire de la sala tenía esa densidad que acumula la gente cuando lleva mucho tiempo sin moverse. Tres meses de vista oral, con las interrupciones de rigor por períodos festivos y por un aplazamiento de dos semanas en febrero cuando uno de los magistrados había tenido una intervención quirúrgica menor que el tribunal había gestionado sin publicidad. En ese tiempo la sala había aprendido sus propios ritmos: la hora a la que Souto llegaba al estrado, el momento en que los periodistas del fondo dejaban de anotar porque lo que se decía era ya repetición de lo dicho, la frecuencia con que Manuela Valeira pedía agua al ujier con un gesto tan pequeño que solo lo veían los que llevaban tiempo mirándola.

Ese miércoles de marzo la sala estaba llena desde antes de que abrieran las puertas.

Souto entró a las diez en punto.

Todo el mundo se levantó.

Todo el mundo se sentó.

Souto puso el documento sobre la mesa del estrado con el gesto de quien pone algo que ha leído muchas veces y que ya no necesita leer para saber lo que dice. Carraspeó. Dijo que el Tribunal, tras la deliberación correspondiente, había alcanzado el siguiente veredicto en la causa número que leyó en voz alta con la velocidad de los números que ya no son información sino ritual.

Empezó por el primero de la lista.

Ernesto Ríos Castaño.

Culpable de delito contra la salud pública en su modalidad de tráfico de sustancias que causan grave daño a la salud, en grado de organización, con la circunstancia agravante de reincidencia. Dieciocho años de prisión.

En la pantalla de videoconferencia, Ernesto escuchó sin cambiar la expresión. Estaba sentado con la misma postura que en todas las

sesiones, la espalda recta, las manos fuera de la mesa para que fueran visibles. Cuando Souto terminó de leer su condena, Ernesto asintió con la cabeza una sola vez, como alguien que confirma algo que ya sabía.

El abogado colombiano que estaba a su lado en la sala de videoconferencia anotó algo.

Souto continuó.

Gustavo Ríos Castaño. Culpable. Quince años.

Gustavo no estaba en la sala. Cumplía preventiva en Colombia y su proceso de extradición todavía estaba en trámite. La condena española sería la base de la solicitud formal.

Yolanda Ríos Castaño.

Culpable de colaboración con organización criminal. Tres años de prisión, con suspensión de la pena condicionada a la continuidad de su colaboración con las autoridades judiciales y al cumplimiento de las condiciones que el tribunal establecería en auto posterior. Yolanda estaba en la sala, en la bancada de los acusados, en el extremo opuesto a donde había estado Manuela. Era la primera vez en la vista que los dos grupos de acusados, el español y el colombiano representado en persona, compartían la misma bancada. Yolanda recibió la condena mirando al frente, con las manos en el regazo, y no dijo nada.

Camilo Ríos Castaño.

El tribunal declaraba a Camilo Ríos Castaño no culpable de los cargos imputados por insuficiencia de prueba directa que lo vinculara a las operaciones descritas en el escrito de acusación. La evidencia digital presentada por el Ministerio Fiscal establecía conexiones entre la estructura operativa y el número de teléfono de Roi Valeira, pero no aportaba prueba directa de la participación de Camilo Ríos en la toma de decisiones de esa estructura. La declaración de rebeldía no afectaba al fondo de la decisión sobre los cargos.

Nadie en la sala reaccionó de manera visible.

Era el resultado que Xulia Vidal había estado construyendo desde la sesión inaugural, la semilla plantada en cuarenta y cinco minutos sin papeles que había crecido durante tres meses de vista hasta convertirse en lo que ahora el presidente Souto leía en voz alta como si fuera simplemente el siguiente nombre de la lista.

Souto continuó.

Manuela Valeira Soto.

Culpable de delito contra la salud pública en su modalidad de tráfico de sustancias que causan grave daño a la salud, en grado de organización, con la circunstancia agravante de pertenencia a organización criminal de carácter transnacional. Doce años de prisión.

Manuela estaba mirando al frente cuando Souto empezó a leer su nombre. Siguió mirando al frente mientras Souto leía los cargos. Cuando Souto dijo doce años, Manuela cerró los ojos.

Fue un segundo.

Luego los abrió.

La expresión que tenía cuando los abrió era la misma que tenía cuando los había cerrado, que era la misma que tenía desde el primer día de la vista, que era la misma que había tenido en la lonja de Cambados comprando centollos y en el locutorio de A Lama con el táper de caldo y en su cocina el jueves por la mañana cuando el equipo uno había entrado y ella había apagado el fuego de la sartén.

Souto continuó.

Roi Valeira Losada. Culpable. Seis años.

Roi tenía la vista en la mesa. Cuando Souto leyó su condena levantó los ojos un momento, miró hacia donde estaba Xulia Vidal, volvió a bajarlos. Xulia tenía el bolígrafo sobre el cuaderno y la expresión de alguien que está escuchando algo que ya había calculado dentro de

un rango de posibilidades y que está verificando en qué punto del rango ha caído.

Seis años era el extremo inferior del rango.

Souto terminó de leer el veredicto con la información sobre los plazos de recurso y las condiciones de la suspensión de la pena de Yolanda y los términos de la extradición de los condenados colombianos que todavía no estaban en jurisdicción española. Dijo que la sala quedaba levantada.

Todo el mundo se levantó.

Todo el mundo empezó a moverse.

La prensa salió primero, con la urgencia de quien tiene un titular que publicar antes de que lo publiquen otros, y en ese movimiento hacia las puertas había algo que Perico observó desde la bancada de los testigos donde había estado toda la sesión: la transformación de lo que acababa de ocurrir en el cuarto, la materia de tres meses de vista, en el titular que en veinte minutos estaría en las versiones digitales de todos los medios que habían cubierto el caso. La materia y el titular no eran la misma cosa aunque compartieran los mismos nombres.

Perico no se levantó de inmediato.

Esperó a que el movimiento principal de la sala se resolviera, que los abogados hablaran con sus clientes, que los acusados fueran conducidos por los ujieres hacia las salidas correspondientes, que la prensa terminara de salir. Siguió sentado con las manos en los muslos, en la misma postura que había tenido durante la lectura del veredicto.

No había reacción visible que describir.

Lo que había era el procesamiento de una información que ya llevaba semanas siendo probable y que ahora era definitiva: dieciocho meses de trabajo habían producido un veredicto que era lo que era, que era parcialmente lo que había buscado y que en la

parte que no lo era tenía una explicación que no era difícil de entender pero que era difícil de aceptar como satisfactoria.

Camilo Ríos había construido su rol en la estructura con suficiente distancia de los documentos y de las comunicaciones directas como para que nada que el expediente contuviera lo implicara de forma que un tribunal pudiera usar. Ese era el diseño de Camilo, que era también el diseño de alguien que entendía la diferencia entre organizar una operación y aparecer en los papeles de esa operación.

Perico lo sabía desde hacía meses.

Saberlo no cambiaba lo que el tribunal podía hacer con lo que tenía.

Se levantó.

Salió por la puerta lateral del corredor, la misma que había usado el día que había declarado, y desde el corredor bajó al vestíbulo y del vestíbulo a la calle.

En la plaza del Obradoiro había cámaras y periodistas y el movimiento de los que habían estado en la sala y que ahora salían en distintas direcciones. Perico cruzó la plaza en diagonal hacia la calle de las Platerías sin detenerse.

Llovía.

Era la lluvia fina de Santiago de finales de marzo, que era diferente a la lluvia de diciembre en que había menos frío pero más agua en el aire, una lluvia que no moja de golpe sino que va entrando despacio y que cuando uno se da cuenta ya tiene el pelo húmedo y la chaqueta con ese peso adicional que da la humedad absorbida.

Perico llegó a la calle de las Platerías y siguió hacia el sur hasta encontrar un portal con saliente suficiente para estar fuera de la lluvia sin estar en la calle.

Sacó el teléfono.

Llamó a Ospina.

Tres tonos. Cuatro. Ospina cogió con la voz de las horas de trabajo, que era diferente a la voz de las otras horas.

—¿Cómo salió? —dijo Ospina.

—Ernesto dieciocho. Manuela doce. Roi seis. Gustavo pendiente de extradición.

—¿Yolanda?

—Suspendida. Colaboración.

Una pausa.

—¿Camilo?

—Camilo salió limpio.

Silencio de tres segundos.

—Ya —dijo Ospina.

No era sorpresa. Era el sonido de alguien que había calculado esa posibilidad y que ahora la confirmaba.

—El rastro de Roi no lo implicaba directamente —dijo Perico—. Sin prueba directa, no hay condena.

—Lo sé.

—Lo tenía diseñado así desde el principio.

—Lo sé —repitió Ospina—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Sigue en rebeldía. Puede estar en cualquier sitio.

—Ya aparecerá.

—O no.

Ospina no respondió a eso. Era el tipo de afirmación que no necesitaba respuesta porque las dos posibilidades eran igualmente verdaderas y ninguna de las dos cambiaba lo que había que hacer al día siguiente.

La lluvia seguía. En la calle de las Platerías pasó un grupo de turistas con paraguas que miraban hacia arriba, hacia la fachada de la catedral que se veía al fondo, y que no miraron hacia el hombre parado en el portal con el teléfono en la mano.

—Hasta la próxima, Ospina —dijo Perico.

Una pausa breve.

—Hasta la próxima —dijo Ospina.

Colgaron.

Perico se quedó en el portal con la lluvia cayendo delante de él, sobre el adoquín mojado de la calle de las Platerías, sobre los tejados de las casas barrocas, sobre la plaza del Obradoiro que quedaba a doscientos metros y donde todavía habría cámaras y periodistas recogiendo el material del día.

Doce años para Manuela Valeira.

Manuela había cerrado los ojos un segundo y los había vuelto a abrir con la misma expresión que tenía antes de cerrarlos. Eso no era indiferencia. Era otra cosa para la que Perico no tenía nombre en el vocabulario que tenía.

Dieciocho para Ernesto.

Ernesto había asentido una vez, la cabeza, como alguien que confirma algo que ya sabía, y el rosario estaba en su bolsillo aunque el tribunal no lo pudiera ver.

Camilo estaba en algún lugar del mundo que no era un centro de detención.

La lluvia en el adoquín de la calle de las Platerías tenía el sonido específico del agua sobre piedra vieja, que es diferente al sonido del agua sobre asfalto y al del agua sobre tierra, y que en Santiago a esa hora de la tarde de marzo era el sonido correcto para el momento en que estaba, que era el momento en que algo había terminado y lo que quedaba era simplemente lo que venía después.

Perico salió del portal.

Caminó hacia donde había aparcado el coche, con la lluvia entrando despacio en la chaqueta, sin buscar el paraguas que llevaba en el bolsillo interior desde hacía semanas sin haberlo necesitado y que esa tarde tampoco sacó.

Restos

El agua del Atlántico a las siete de la mañana de un sábado de abril tenía la temperatura que tiene en abril, que es fría sin ser el frío de los meses anteriores, el frío que ya no paraliza sino que despierta. Perico entró al agua desde la escalerilla del muelle de Bouzas, que era el punto donde entraba siempre desde hacía años porque la escalerilla tenía cuatro peldaños y el último estaba exactamente en el nivel en que el agua llegaba a la cintura antes de soltar y nadar, que era el momento que marcaba la diferencia entre estar a punto de nadar y nadar. El Atlántico en ese punto de la ría tenía el sabor salado de siempre y el color verde oscuro de las mañanas sin sol directo, que era la mayoría de las mañanas en Vigo aunque en abril hubiera más días con sol que en los meses anteriores.

Nadó cuarenta minutos.

No era un nado de competición ni de entrenamiento. Era el nado que hacía tres días a la semana desde hacía años y que había interrumpido durante los meses del caso porque los meses del caso habían interrumpido muchas cosas y esa entre otras, y que había

retomado la semana después del veredicto porque las cosas que se interrumpen necesitan un momento en que se reanudan o se pierden, y Perico no quería perder esta.

El mar en abril a esa hora no tenía tráfico de embarcaciones de placer, que era la razón por la que esa hora y no otra. Solo algún pesquero en la distancia, las luces de posición todavía encendidas aunque ya hubiera luz suficiente para navegar sin ellas.

Salió por la escalerilla.

El frío del aire después del agua era más intenso que el frío del agua, que era una paradoja de la temperatura que tenía sentido físicamente y que Perico experimentaba cada vez sin que dejara de sorprenderle ligeramente. Se secó con la toalla que había dejado en el escalón de arriba. Se puso la ropa encima del bañador húmedo, que era lo que hacía siempre porque en el coche tenía ropa seca y el tramo entre el muelle y el coche era corto.

En el coche se cambió.

La ropa del sábado, que era ropa de trabajo pero más informal que la de los días de semana, sin corbata, con el anorak encima. Arrancó.

La ciudad a las ocho menos cuarto de un sábado de abril tenía el aspecto de las ciudades que empiezan el sábado más despacio que los días de semana: menos tráfico, las persianas de la mayoría de los comercios todavía bajadas, alguna persona caminando con el ritmo de quien va a algún sitio concreto entre muchas personas que no van a ningún sitio con urgencia.

Perico aparcó en la calle Lalín.

Entró a la comisaría.

El agente del turno de noche que estaba terminando lo saludó desde recepción. Perico subió las escaleras. La segunda planta a esa hora del sábado tenía el personal mínimo del turno de fin de semana, dos agentes en sus puestos y Ramos, que trabajaba sábados porque

Ramos trabajaba todos los días de la semana con la regularidad de alguien que ha encontrado en el trabajo el lugar donde prefiere estar y que no ve razón para estar en otro sitio.

—Buenos días —dijo Ramos sin levantar la vista de la pantalla.

—Buenos días —dijo Perico.

Fue a la máquina de café de la segunda planta. El café salió a la temperatura habitual, que era la temperatura habitual. Lo cogió y fue a su despacho.

La sala de operaciones donde habían trabajado durante los meses del caso estaba vacía y con la pizarra borrada, que alguien había borrado en algún momento de las últimas semanas sin que Perico hubiera decidido cuándo borrarlo ni hubiera estado presente cuando ocurrió. La pizarra blanca era simplemente una pizarra blanca. Los tablones donde habían estado las fotos estaban vacíos. Los mapas habían vuelto al archivador.

El despacho de Perico tenía el escritorio con los papeles del trabajo corriente de la brigada que se había acumulado durante los meses en que el caso había concentrado su atención y que había ido resolviendo en los últimos meses de forma que la pila era ahora manejable. Sobre esa pila, en la esquina del escritorio que quedaba más cerca de la puerta, había una carpeta que no reconoció de inmediato.

Era una carpeta nueva, sin etiqueta en el lomo todavía.

La cogió.

Pesaba lo que pesan las carpetas con papel dentro, que es un peso que varía y que dice algo sobre el estado del caso: poco papel significa que acaba de empezar o que es sencillo, mucho papel significa que lleva tiempo o que no lo es. Esta carpeta tenía un grosor intermedio, de las que sugieren que hay algo pero que ese algo todavía no se sabe lo que es.

En la cubierta, alguien había escrito a bolígrafo con la letra de Nieto: *Para Losada. Cuando pueda.*

Perico se sentó.

Abrió la carpeta.

Las primeras páginas eran un informe preliminar de la Guardia Civil, el subteniente Dacal, con fecha de la semana anterior. Había un parte de incautación adjunto, con los datos básicos: tipo de mercancía, cantidad, punto de incautación, medio de transporte. Una foto de la incautación en el adjunto, en blanco y negro porque las fotos de los partes de la Guardia Civil seguían siendo en blanco y negro.

Leyó las primeras líneas del informe.

Había ciertas palabras que aparecían y que eran las palabras que aparecen al principio de los casos que van a ser largos: estructura, ruta, desconocidos, patrón. Palabras que describen lo que no se sabe todavía pero que apuntan hacia algo que se va a necesitar saber.

Cerró la carpeta.

La dejó en el escritorio en el mismo sitio donde estaba.

Miró por la ventana.

La ventana del despacho de Perico daba a la calle Lalín, que desde el segundo piso era una calle gris de ciudad gallega en la que no pasaba nada particular a las ocho y cuarto de un sábado de abril. Los coches aparcados en el lado derecho. La acera con el adoquín mojado de la lluvia de la noche anterior. Un hombre cruzando con prisa en la dirección del supermercado que quedaba en la esquina de más abajo. La luz de mañana nublada que en Vigo era la luz por defecto y que a esa hora tenía la densidad específica de la luz que no ha terminado de llegar pero que ya no es la oscuridad.

Al fondo de la calle, en el punto donde la calle Lalín terminaba y empezaba el tramo que bajaba hacia el puerto, había un trozo de

cielo sobre los tejados que era el cielo que había sobre la ría. No el mar. El cielo sobre el mar, que desde esa ventana era todo lo que se podía ver del Atlántico.

Perico lo miró el tiempo que se tarda en beber el café cuando el café está a la temperatura que estaba.

La carpeta seguía en el escritorio.

Tenía el grosor intermedio de los casos que pueden ir en cualquier dirección. El informe de Dacal era el tipo de informe que a veces lleva a algo y a veces no lleva a nada, y la diferencia entre las dos opciones no estaba en el informe sino en lo que hubiera detrás del informe, que era lo que todavía no se sabía.

Las palabras que había leído: estructura, ruta, desconocidos, patrón.

Eran las mismas palabras con que hubiera descrito el caso de los pimientos de Padrón hace dieciocho meses si alguien le hubiera pedido que resumiera las primeras páginas del expediente. Eso no significaba nada sobre el caso nuevo porque las palabras son las mismas aunque los casos sean distintos. Pero significaba algo sobre el trabajo, que era que el trabajo seguía siendo el trabajo independientemente de lo que hubiera ocurrido antes.

Manuela Valeira estaba cumpliendo los doce años en el centro penitenciario que le habían asignado, que era el de Pereiro de Aguiar en Ourense porque el de A Lama, donde había visitado a Brais todos los meses durante tres años, no tenía módulo de mujeres con las condiciones que la condena requería. Brais había salido hacía dos meses. Perico lo sabía porque Nieto se lo había dicho en una conversación sobre otro tema y él había anotado mentalmente ese dato sin que hubiera ninguna razón operativa para hacerlo.

Ernesto Ríos estaba en el centro penitenciario de Bogotá a la espera de la resolución del proceso de extradición, que los abogados colombianos habían conseguido ralentizar con la eficiencia de quienes conocen el sistema y saben dónde está la fricción. El rosario seguía en su bolsillo, Perico lo suponía sin tener razón para

suponerlo excepto que era un hombre de costumbres y las costumbres de los hombres de costumbres no cambian con la dirección postal.

Camilo Ríos estaba en algún sitio.

Yolanda Ríos estaba en Buenaventura, cumpliendo las condiciones de la suspensión de su pena, que incluían la continuidad de su trabajo en la ONG y las comparecencias periódicas ante el juzgado colombiano que gestionaba el componente de colaboración. Era un resultado que el derecho llamaba suspensión y que en la vida de Yolanda era la continuación de la contradicción que había tenido siempre, con otros términos y con el juzgado como nuevo elemento del cuadro.

Perico terminó el café.

Cogió la carpeta.

La abrió en la página del parte de incautación y leyó el resto, que eran dos páginas más con la información técnica y los primeros datos de identificación de los vehículos implicados y los nombres de los agentes que habían participado en la incautación y el nombre del coordinador del operativo que era el subteniente Dacal, que era un nombre que Perico conocía de los meses del caso anterior y que era buena señal en la medida en que un nombre conocido es siempre mejor punto de partida que uno desconocido.

Cerró la carpeta.

La dejó donde estaba.

Miró de nuevo por la ventana.

La calle Lalín, el adoquín mojado, el hombre que había cruzado antes ya no estaba. El trozo de cielo sobre los tejados seguía siendo el mismo trozo de cielo sobre los tejados. Desde esa ventana el Atlántico era invisible pero en Vigo el Atlántico invisible desde una ventana es todavía el Atlántico, que estaba donde había estado siempre y que iba a seguir estando.

Cogió el teléfono.

Llamó a Dacal.

Dos tonos.

—Subteniente —dijo Perico cuando cogió—. He leído el parte. ¿Cuándo puede venir a contarme el resto?

Epílogo: Tres mundos, tres meses después

Bogotá. Tres meses después.

El papel que le habían dado era papel de carta común, del tipo que se vende en los quioscos de los centros penitenciarios a un precio que en la calle no justificaría la compra pero que dentro justifica cualquier precio porque es el único papel disponible. Tenía la textura ligeramente áspera del papel barato y una línea azul pálida cada centímetro que servía de guía para quien escribía, aunque Ernesto no había necesitado líneas guía para escribir derecho desde que tenía doce años y que a los sesenta y cinco tampoco las necesitaba.

Le habían dado treinta minutos y un bolígrafo negro.

El cuarto donde escribía era una sala pequeña del módulo administrativo del centro penitenciario de La Picota, en Bogotá, que tenían para este tipo de cosas: las que no eran celda y no eran visita y no eran ninguna otra categoría establecida sino la categoría de lo que no cabe en ninguna otra categoría. Había una mesa y dos sillas y una ventana con barrotes que daba a un patio interior donde no había nada que ver excepto el patio y el cielo encima del patio, que ese día en Bogotá era un cielo nublado de las nueve de la mañana que prometía lluvia para la tarde.

Ernesto miró el papel.

Pensó en Sebastián, en Valentina, en Mateo. Mateo tenía cinco años ahora. En cinco años la memoria no es todavía lo que va a ser y lo que quedaba de los veranos en La Esmeralda podía ser ya solo imágenes sin contexto, la forma de la vaquería, el color del cielo sobre el Eje Cafetero, la sopa de Amparo sin el nombre de Amparo.

Sebastián tenía diez. Valentina ocho. Ellos dos sí recordarían más, aunque lo que recordaran también iba a ir cambiando con los años, como cambia todo lo que se recuerda durante suficiente tiempo.

Empezó a escribir.

No escribió sobre donde estaba. No era el tipo de información que los nietos de diez años necesitaban de una carta, y tampoco era el tipo de información que Ernesto quería poner en papel en ese momento. Escribió sobre La Esmeralda. Sobre los guayacanes que en marzo florecían de amarillo y que en los días claros se veían desde el camino de entrada antes de que la finca fuera visible. Sobre la novilla que había pesado mejor de lo esperado en el último pesaje antes de que Ernesto saliera de la finca para no volver, aunque en la carta no lo escribió así. Escribió sobre las gallinas de Amparo, sobre el canal de riego, sobre el ruido que hace el agua en el canal de riego cuando ha llovido la noche anterior y hay más caudal del habitual.

Escribió que la finca seguía ahí.

Era verdad. La finca seguía ahí bajo la gestión de Rodrigo, el capataz, que había seguido yendo todos los días desde la mañana del operativo como si fuera cualquier otro día, porque los animales no esperan y el café no espera y las cosas que no esperan son las que organizan el tiempo de quien trabaja con ellas. Ernesto lo sabía porque el abogado le había dicho que Rodrigo seguía y porque en eso había algo que era lo que era sin necesidad de añadirle nada.

Terminó la carta con el nombre de los tres, uno debajo del otro, y debajo de los tres nombres escribió el suyo.

Dobló el papel en tres partes.

Lo pasó al funcionario.

Se levantó.

La ventana del patio interior tenía el cielo nublado de las nueve de la mañana que seguía siendo el mismo cielo nublado. La lluvia para la

tarde era todavía una promesa.

Buenaventura. Tres meses después.

El olor de la oficina de la ONG era el mismo que siempre: café, papel con humedad, el producto de limpieza del suelo que alguien aplicaba los martes y cuya presencia en el aire duraba hasta el jueves. Yolanda lo reconoció cuando entró porque era uno de esos olores que son el olor de un sitio antes de ser cualquier otra cosa, el olor que hace que el cuerpo sepa dónde está antes de que la cabeza lo procese.

Llevaba tres meses fuera.

Los tres meses habían sido el trámite de la suspensión de la pena, las comparecencias ante el juzgado, la firma de los documentos que establecían las condiciones, la espera de que el proceso tuviera el ritmo que tenía, que era un ritmo que no dependía de nadie en particular sino del sistema, que era como decir que dependía de todos y de ninguno. En ese tiempo había estado en Bogotá, en la casa de una prima, en las antesalas de los juzgados, en las reuniones con el abogado de la familia que había gestionado el componente de colaboración con una eficiencia que Yolanda apreciaba sin poder decir que le generaba ningún otro sentimiento.

Entró.

La recepcionista, que era nueva, la miró con la atención de quien no la conocía pero había oído hablar de ella, que era un tipo de mirada que Yolanda había aprendido a recibir en los últimos meses y que no

tenía nombre preciso: no era hostilidad ni era bienvenida sino la evaluación de alguien que está decidiendo cómo catalogar a quien tiene delante.

La directora salió del despacho del fondo.

Se dieron dos besos. Hubo palabras de las que se dicen en esos momentos, palabras sobre el regreso y sobre el trabajo que había que retomar y sobre los proyectos que habían avanzado durante la ausencia y que Yolanda iba a necesitar tiempo para ponerse al día. Palabras funcionales y también genuinas, que no son categorías excluyentes.

La sala de reunión tenía las mismas sillas naranjas y el mismo mapa de Buenaventura con las chinchetas de colores cuyo sistema de clasificación nadie había revisado. La reunión de la tarde era con familias de tres casos activos.

Yolanda revisó los expedientes en el despacho que había sido suyo y que durante tres meses había sido de alguien más y que ahora volvía a ser suyo con los papeles en un orden diferente al que ella habría usado pero que era un orden funcional y que no iba a cambiar porque cambiar el orden de los papeles de otro era el tipo de cosa que no se hace.

A las tres entró el primer grupo.

Al final del turno, cuando la sala estaba casi vacía y la recepcionista estaba apagando las luces del fondo, entró el niño.

Venía con una mujer que Yolanda reconoció como la madre, aunque tardó un segundo porque en tres meses las personas cambian de maneras menores que sin embargo son visibles cuando uno lleva tiempo sin verlas. El niño llevaba el mismo uniforme del colegio que la última vez, o uno igual, con la camisa blanca y el pantalón azul.

La madre dijo que habían venido a dejar unos documentos que le habían pedido para el expediente. Los dejó en la recepción. Luego miró hacia Yolanda.

El niño también miró hacia Yolanda.

No dijo nada. Tenía la misma mirada de la última vez, la de los niños que han estado en demasiadas reuniones de adultos y que han aprendido a estar presentes sin pedir que los incluyan.

Yolanda lo miró.

El niño siguió mirándola.

Luego la madre le dijo algo en voz baja y el niño asintió y los dos se giraron hacia la puerta.

Yolanda siguió mirando la puerta después de que se cerrara.

El olor a café y papel húmedo y producto de limpieza del martes seguía siendo el olor de ese sitio, que era el sitio donde ella estaba y donde iba a seguir estando.

A Lama. Tres meses después.

El arroz con leche había llegado frío porque Rosario había calculado mal el tiempo de viaje o porque el tarro tenía menos aislamiento del que ella pensaba, que eran las dos posibilidades y ninguna de las dos era culpa de nadie. Manuela lo había recibido en el locutorio con el mismo gesto con que recibía el arroz con leche en la cocina de O Grove cuando Rosario lo hacía allí, que era el gesto de alguien que va a comerlo independientemente de la temperatura porque el arroz con leche de Rosario era el arroz con leche de Rosario y eso no cambiaba con la temperatura.

Rosario estaba al otro lado del metacrilato rallado.

Era la primera visita de Rosario desde que habían trasladado a Manuela al penal de Pereiro de Aguiar, que estaba en Ourense y que era más lejos de O Grove que A Lama, lo cual significaba que Rosario había tenido que coger el tren de las siete y cuarto de la mañana y que el trayecto de vuelta iba a llegar tarde a casa. Rosario

lo había hecho igualmente sin que Manuela se lo pidiera y sin que Manuela se lo agradeciera de una manera que requiriera palabras porque Rosario sabía que no necesitaba ese tipo de agradecimiento.

El locutorio olía al mismo desinfectante de siempre.

Manuela había pedido el arroz con leche la semana anterior, en la llamada del martes, que era la llamada que el reglamento del centro le permitía hacer cada semana. Había dicho que si Rosario iba le trajera arroz con leche, con canela, en el tarro de cristal pequeño, no en el de los yogures porque el de los yogures no cerraba bien y se derramaba en el bolso. Rosario había traído el tarro de cristal pequeño.

Hablaron de las cosas que se hablan en esos cuartos.

Del tiempo en Ourense, que no era el tiempo de las Rías Baixas. De los vecinos de la calle, de un cumpleaños que había habido la semana anterior. De Brais, que seguía en Cambados y que había empezado a trabajar en algo que Rosario describió como un negocio de cosas de la mar que Manuela escuchó sin preguntar qué tipo de negocio porque había preguntas que en ese cuarto, a través de ese metacrilato, no tenían respuesta útil.

La cuñada de Manuela mencionó a Roi.

Roi estaba en Vigo, cumpliendo la condena en un centro de inserción social que le habían concedido a los dos meses por el régimen de tercer grado, que era un resultado que el abogado había conseguido con los argumentos habituales sobre integración y riesgo y que Manuela había recibido con el mismo asiento que recibía todo lo que llegaba desde fuera: registrándolo, sin reacción visible, poniéndolo donde correspondía.

Manuela abrió el tarro de cristal.

El arroz con leche tenía la consistencia que tenía el de Rosario, que era una consistencia que Manuela conocía desde hacía décadas y que era diferente a la de cualquier otro arroz con leche que hubiera comido en ningún otro sitio. Más espeso. Con más canela de lo que

pedirías si pidieras canela en cantidad razonable. El arroz un poco pasado de cocción, que era el punto que a Rosario le salía siempre y que a Manuela le parecía el punto correcto aunque no lo hubiera pedido así nunca.

Comió una cucharada.

Rosario la miró comer.

No era un silencio incómodo. Era el silencio de dos mujeres que llevan décadas en la misma cocina los jueves y que saben que el silencio es tan parte de eso como cualquier otra cosa.

Manuela pasó el tarro a través de la ranura del metacrilato hacia el lado de Rosario.

—Toma —dijo.

Rosario cogió el tarro.

Se sirvió con la cuchara que había traído, que era la cuchara de los postres de casa, la de mango azul que estaba en el cajón de los cubiertos desde antes de que ninguna de las dos pudiera decir exactamente desde cuándo.

Las dos comieron el arroz con leche al mismo tiempo, cada una a su lado del metacrilato rallado, en el locutorio que olía a desinfectante, con el ruido del sistema de ventilación encima y el murmullo de otras conversaciones en otras cabinas del fondo.

La canela era demasiada.

Era la cantidad correcta.